



COLEGIO DE BACHILLERES
DEL ESTADO DE SONORA

SANGRE PEREGRINA

Una novela de:
Ernesto Félix Vaal

Ernesto Félix Vaal

COLEGIO DE BACHILLERES DEL ESTADO DE SONORA

Dr. Rodrigo Arturo Rosas Burgos

DIRECCIÓN GENERAL

Dra. Laura Lorenia Yeomans Reyna

DIRECCIÓN ACADÉMICA

Sangre Peregrina

Copyright©2023 por Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora.

Todos los derechos reservados.

Segunda edición 2023. Publicación digital.

Autor:

Ernesto Félix Vaal

Revisión y corrección:

Blanca Rosa López Martínez

María de los Ángeles Orduño García

Coordinación general:

Claudia Yolanda Lugo Peñuñuri

Supervisión académica:

Héctor Manuel Acosta García

Coordinación técnica:

Rubiela Morales Gispert

Diseño editorial:

Yolanda Yajaira Carrasco Mendoza

En portada y contraportada

Fotografía:

Ing. Jesús Alfonso Montaña Durazo

Dibujos a lápiz:

Mtro. Mario Leyva Gastélum

Diseño:

Gilberto Muñoz Coronel

Prólogo y Edición:

Ricardo Rivas Munguía

ISBN: 03-2021-051213420400-01

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin la autorización por escrito del titular, bajo las sanciones establecidas, por cualquier método o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, grabación, etc.

Diseñado en Dirección Académica del Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora.
Blvd. Agustín de Vildósola; Sector Sur. Hermosillo, Sonora, México.

*Para Angélica, San Ernesto, Edwin Iván.
Mis historias cotidianas.*

A nuestros ancestros en su peregrinar celestial.



Prólogo

La vida cotidiana en rancherías y pequeños poblados del noreste de Sonora es la que Ernesto Félix Vaal nos regala en su relato que podemos calificar de histórico. Y es que su obra resulta ser una pintura plena y precisa de paisajes familiares, que suavemente conducen al lector a observar los altibajos de las familias laboriosas y humildes, descendientes de un pueblo ancestral del suelo sonorense, como es la nación Ópata.

Sus referencias atinadas de costumbres y adversidades diarias son proyectadas en un panorama difícil no sólo por el actuar malvado de caciques, sino, además, por los fenómenos a veces catastróficos y naturales del suelo volcánico, combinado con el clima seco y caluroso, que destruye inclemente el entorno material, propiciando un ánimo enfocado a desfallecer al más estoico de los mortales.

El lector comprenderá cómo el espíritu de los pobladores se ve debilitado con los constantes y mal intencionados embates de incontables factores humanos. Y será testigo de cómo y por qué los jóvenes se sienten impelidos a abandonar sus hogares, en busca de horizontes promisorios allende la frontera norte, alejándose dolorosamente de los suyos.

Poco a poco las páginas de esta novela van delineando circunstancias y rincones, ayer escenarios de vidas envueltas en tragedia y desesperanza. Pero una luz brilla en el futuro para quienes con fe acendrada luchan con la esperanza de vivir un milagro. El devenir de cada etapa dibuja sin duda lares visitados por el lector, a lo mejor en sueños o en un pasado cubierto por el velo del olvido o enturbiado por el polvo del desierto, el cual alterna con la sierra alta de Sonora,

enclavado por pequeñas comunidades en medio de mezquites y cactus propios del extenso territorio del centro oriente sonorense.

El transcurso de vivencias de sus pobladores, con todas las eventualidades ya antes citadas son reflejadas con un cincel verbal plagado de colorido, como el autor acostumbra en sus relatos, con un gusto inquisidor del pensamiento y reacciones de sus personajes. En verdad, Ernesto Félix Vaal nos muestra de nuevo su calidad literaria, como en su libro **EVOCACIÓN**, sin recurrir a un vocabulario rebuscado, sino más bien el usual de nuestra gente humilde, de raíces ópatas salpicadas con tintes europeos desde la conquista y sus posteriores migraciones sefarditas a nuestros lares; escudriñando el ayer, es como Félix Vaal logra una novela identificada con los lectores en toda la gama de aconteceres, que a lo largo de la vida pueblerina ha experimentado nuestra gente, o al menos ha observado en vecinos y familiares, muchos ya bajo una tumba enclavada en el silencio del cementerio.

He disfrutado la lectura de estas páginas, con el ánimo inspirado en el amor por mi tierra, que no me cabe duda es el escenario de estas intrincadas peripecias, que dejan al paladar un sabor dulce, como la péchita del mezquite (el llamado QUIET por los ópatas, del que cosechaban vainas o las "pechit," muy apreciadas en los meses de abril y junio para sus guisos), tan abundante en nuestro medio. Y también dejan sabor amargo por las contrariedades propias de las familias humildes, al enfrentar con esfuerzo los retos diarios de la existencia, en el desolado rincón desde el que luchan para alcanzar su destino.

El autor logra una narrativa suave y profunda, que fluye con impactante realidad desde los ojos del lector, adentrándose a la mente y el corazón con penetrante fuego, en cada palabra que envuelve la realidad de los pueblos de la sierra sonorense. Ernesto Félix Vaal deja en estas páginas su concepción más estrujante y cierta, de nuestro difícil y olvidado calvario, vivido por muchas familias de nuestros orígenes, ópata y sefardita.

Por Ricardo Rivas Murguía

*Contigo, mano a mano busquemos otros prados y otros ríos, otros valles floridos y sombríos,
donde descanse, y siempre pueda verte ante los ojos míos, sin miedo y sobresalto de perderte.*

Garcilaso de la Vega



Sangre Peregrina

Una sofocante ola de calor se sentía en el ambiente, la onda cálida entró por la *ramada* y se escurrió por todos los rincones en el interior de la casa. El sol abrasador marchitó las hojas de los cardos. Podía verse con increíble claridad como los adobes exhalaban en forma de vapor, la escasa humedad acumulada durante la noche. A lo lejos se divisaban algunos nubarrones grises custodiados por infinidad de nubecillas claras, casi transparentes.

— ¡*Pinchi* calorón y la lluvia que no llega! — murmuró Emeterio, molesto, mientras se abanicaba con el sombrero. El calor intenso, seco, atolondraba las emociones y distorsionaba los sentidos. Sacó de la bolsa de su pantalón un arrugado pañuelo rojo, descolorido, visiblemente percutido por el frecuente manoseo y se limpió el poco sudor que impregnaba la frente. Fue en aquel instante cuando divisó una nube del desierto que giraba sin control en dirección a la casa, en frenético dinamismo propiciado por el viento. El cerco de ocotillo la detuvo en seco. Las gallinas, asustadas, salieron como *alma que lleva el diablo*, corrían despavoridas entre escandalosos *cacaraqueos*, hasta que se dispersaron por el patio posterior de la vivienda.

— ¿Qué pasa por allí? ¿Qué alboroto es ese? — gritó Rosalía desde la cocina.

— No pasa nada — contestó Emeterio.

— ¡Cómo de que nada, si clarito se oyó que se asustaron las gallinas! — refutó su mujer.

— Es el viento negro, no te amuines.

— ¿Qué es eso?

— *Ansina* les dicen a las ramas secas hechas bola, esas que ruedan como locas... las que parecen nubes pues, — explicó Emeterio.

— Está loco ese *jodido* — dijo Rosalía. Su marido ya no la escuchó.

De pronto, cuando nadie lo esperaba, Emeterio emitió un fortísimo estornudo. Luego, otro y otro más. Se limpió el lagrimeo con el antebrazo y restregó el pañuelo sobre la nariz para limpiarse los mocos. Después se sentó en el banco de madera, se recargó en el horcón de la *ramada* y estiró las piernas cuan largas eran. Fue cuando desvió la vista y pudo ver los costales de mazorcas amontonados en el suelo. Suspiró profundo con cierto aire de frustración, pues recordó que tenía aquella actividad pendiente.

Apenas limpió el primer olote cuando se percató de la terca y molesta ventisca polvorienta que se acercaba, situación que lo obligó a entrecerrar los párpados con la intención de proteger sus ojos de las fastidiosas partículas levantadas por los inesperados remolinos que se formaban y desaparecían con inusitada rapidez, como si fuera arte de magia. Siguió desgranando durante varias horas hasta que se le entumieron las nalgas y se le acalambraaron las *canías*.

Empezaba a oscurecer cuando decidió dar por terminado el trabajo. Una batea rebosante de maíz y un inmenso montículo de olotes era la prueba palpable, evidente, de la labor realizada. Se incorporó con el cuerpo encorvado y, a paso lento se dirigió al interior de la casa.

Empujó la puerta y entró a la estancia, una especie de sala-comedor donde resaltaba una gran mesa de madera rústica con sus cinco sillas. Una olla de barro con agua fresca empotrada en una horqueta y una llamativa poltrona de pino. En una de las esquinas se miraba una mesita, sostenía una cachimba más grande de lo común. Hacia el oriente, se ubicaba la puerta de acceso a la alcoba, un cuarto donde dormían todos los miembros de la familia. Allí, a la derecha, en la pared, lucía un viejo 30-30 colgado de una cuerda. Hacia el poniente de la estancia, al lado izquierdo de la ventana, se veía la puerta que daba a la cocina. Un pequeño *tejabán* donde estaban las hornillas, el comal, el metate, una mesa medio patuleca y un molino rojo, enclavado a prudente distancia, en un tronco fuerte y seco. Aprovechaban los espacios libres de la pared interior para colgar algunos utensilios, sobre todo, los de mayor tamaño. El resto se colocaba, después de lavarse, en una batea circular que se divisaba encima de la mesa.



— ¡*Epa!* — dijo Emeterio al entrar, mientras miraba a su mujer. No hubo respuesta. Se sirvió una humeante taza de café negro, de talega. Sin endulzarlo le dio el primer sorbo, discreto, cauteloso, cuidando de no quemarse la boca. Fue en ese momento, cuando de reojo, advirtió la actitud de Rosalía. Lucía pensativa, ausente, seria, mientras amasaba la masa para las tortillas, a leguas se notaba que su rostro expresaba cierta molestia.

— ¿*Y ora?* ¿Qué tienes? *Trais* cara de pocos amigos — dijo Emeterio.

— Ese padrecito sigue dando lata con lo mismo. ¡Qué dizque no nos casamos con las leyes de Dios!, ¡harta me tiene! — contestó Rosalía, visiblemente enojada.

— ¡*Ah dió!* — exclamó Emeterio, mirándola por encima del hombro.

— Ni te mortifiques, son las tonterías que le mete en la cabeza la mujer de Abundio. ¡Muy de Dios ella!, ¡cómo si *juera* cierto! — agregó.

Emeterio era un tipo corpulento de brazos fuertes y mirada firme, pelo lacio y crecido, visiblemente desordenado. Tenía como costumbre usar un pañuelo meticulosamente doblado, colocado en la frente tal si fuese un cinturón, anudado en la parte posterior de la cabeza. Ocho años antes del gran terremoto recaló a la comunidad. De su propia voz, se supo que venía desde la zona más escondida de la sierra alta. Allá, entre los promontorios de las lejanas cordilleras, en las recónditas cuevas, lo aseguró siempre, vivía aún gente de su estirpe. Con dolor profundo se alejó de un pueblo, donde todavía se resistían a olvidar sus antiguas tradiciones y costumbres por más violentas que fuesen. Algunas de ellas no eran de su agrado. Aunque ya no estaban en guerra, arreglaban sus diferencias a la vieja usanza de sus antepasados. Mostraban su valentía con pruebas de dolor muy singulares, ya sea, auto infligiéndose heridas; o bien, con acciones mucho más extremas, como el hecho de reclamar trofeo de caza, mutilando sin piedad alguna extremidad del contrincante vencido. Emeterio recordó aquello siempre, durante el resto de su vida. *Gente peleonera, hostil...como nos nombraron los pimas, los contrarios...y así se nos quedó,* decía.



Eran aquellos tiempos, cuando los chiquillos se bañaban en los arroyos como Dios los trajo al mundo, caminaban descalzos en el lodazal y por la tierra caliente. Brincaban de piedra en piedra por el río compitiendo con las ranas. Se metían entre el monte con los pies pelones y se quitaban las espinas que se les clavaban, escarbándose la piel con otras espinas más robustas, o bien, con ayuda de agujas metálicas sin esterilizar.

Emeterio se enamoró desde que la divisó por primera vez. Era una chica hermosa de enigmáticos ojos grandes y melancólicos que escondían una diferente forma de amar, los cuales, invitaban a descifrar el misterio escondido en lo más profundo de su alma. Aunque al joven lo que más le gustaba era su bellísima sonrisa. Una sonrisa que provocaba un inusual desajuste emocional, una mezcla de euforia y tristeza reprimida que a Emeterio lo hacía sentir pleno y feliz. No era el único aliciente para amarla, pudo saberlo en tiempos posteriores, cuando las circunstancias adversas de la vida mutaron aquella habitual expresión alegre de Rosalía, en tristes muecas que escondían muy bien su inconfundible sonrisa. Fue entonces, cuando Emeterio comprendió que la amaría por siempre y para siempre, aún con la duda de haber sido totalmente correspondido.

Cuando aquella tarde lluviosa, años antes, Emeterio se presentó en la casa de Rosalía, nadie lo esperaba. Llevaba una hermosa flor de madera tallada con sus propias manos. Fue en aquel momento cuando ella lo decidió, pasaría con él el resto de su vida. En realidad, poco conocía a su pretendiente, salvo por sus habilidades artísticas y el amor que le demostraba. De inmediato, convencidos ambos de su amor, empezaron los preparativos para la boda.

Llegó el momento tan esperado. En aquel singular atardecer, la gente del pueblo se reunió para observar y celebrar el acontecimiento. Los caballeros formaron una fila y enfocaron la penetrante mirada en sus futuras esposas. A la voz de arranque el par de damiselas corrió a toda velocidad; cinco segundos después los sujetos hicieron lo propio. Emeterio rebasó a sus oponentes con relativa facilidad. Viejas costumbres de su casta le permitían quedarse con ambas mujeres, sin embargo, a él solo le importaba Rosalía. En su rostro pudo percibirse una sonrisa de satisfacción cuando su mano logró aprisionar el seno izquierdo de la joven, lo que le daba el derecho de hacerla su esposa según las normas del clan.

Desde la primera noche de amor fue ella quien tomó la iniciativa del proceso pasional. Asumió gustosa las riendas, como lo fue siempre, prácticamente en todo. La tranquilidad de Emeterio se manifestaba hasta en los momentos más inverosímiles. Recostados en el petate, pronto se dieron cuenta que tendrían que descubrir juntos los oscuros vericuetos de la pasión. No fue tan fácil como alguna vez pensaron. Retozaron varias noches sin lograrlo, hasta que, en aquella ocasión, en plena luz del día, sin ni siquiera planearlo, desbordaron sus ansias infinitas y apaciguaron sus almas sin pudor alguno, hasta quedar exhaustos, plenos y satisfechos.

Fueron muchos años de intensa y armoniosa relación. Reforzados a su vez, con frecuentes y prolongados episodios felices. Una complicada empresa dada la complejidad del humano ser. La recién casada aprendió y perfeccionó las técnicas de la buena cocina regional para mantener satisfecho el estómago de su marido. Solía preparar el sabroso pan de bellota, exquisitas tortillas sobaqueras, aguas frescas de saladitos y el codiciado atole de péchita, entre muchas otras excentricidades culinarias de la zona.

Eran el acople perfecto. Para Emeterio era un deleite escucharla. Disfrutaba de aquellas expresiones de su mujer. Tenía todo su apoyo, claro, siempre que sus ocupaciones diarias se lo permitiesen. Nunca olvidó esos sublimes momentos por el resto de su vida. “Parte la leña, acerca la leña, ayúdame a atizar la hornilla, tráeme tres tomates y una cebolla de la huerta y ponlos a tatemar, trae un manojo de cilantro, siéntate a comer, no comas parado, se te va ir la comida *pa* las patas, no te comas la comida fría, come ahorita que después no te la sirvo, aquí se come a la hora, aunque tú no estés; que dejes eso, que deja aquello, tómate un café *pal* calor. Me desespera como hablas, también que no hablas. Ayúdenme con el molino, limpien el frijol, quítenle los gorgojos y las piedras, no avienten nada de comer a los perros mientras ustedes están en la mesa, luego no se los quitan de encima y acercan un mosquero”. Ella terminaba el día sin aire. Él, rendido a sus pies.

Complementaban la dieta al estilo de sus antepasados, al igual que el resto de los descendientes de la misma raza. Con la complicidad del perro, amaestrado para tal fin, el oxidado rifle y las trampas especialmente elaboradas, cazaban liebres, conejos, choles, armadillos y tlacuaches. Ocasionalmente, disfrutaban del exquisito manjar de la carne de venado, sabrosos platillos de ave de corral y, en muy raras ocasiones, de vaca o cerdo.

Su primera costumbre católica y que la familia conservó por varios años, fue venerar a San Isidro Labrador, sobre todo en época de siembra. Santo, que la gente del pueblo comandada por

el cura sacaba a pasear, esperanzados en obtener buena y abundante cosecha, con la inmensa fe de que intercediera con quien tuviese que hacerlo, para que llegara la tan anhelada y necesaria lluvia. Sobra decir que no siempre tenían éxito.

Sembraban maíz, frijol, cacahuete y calabaza. La benefactora naturaleza proveía de tunas, pitayas y quelites como complemento alimenticio... hasta que les cayó la desgracia. Empezó el cacicazgo a controlar las actividades de la gente pacífica.



La puerta se abrió bruscamente, los chiquillos entraron apresurados, agitados, sudorosos. Dispuestos a saciar la sed, Emilio se prendió del bule que estaba colgado en la pared, mientras Emiliano se servía agua fresca de la olla con la jícara de guaje.

— ¡Está pariendo una venada! — gritaron los cuates, al unísono... soltaron una estruendosa carcajada, les causó gracia la espontánea reacción.

— ¡Epa chamacos cabrones!, ¿qué son esos gritos? — Los reprendió Rosalía.

— Así dice mi *apá* cuando llueve con sol —contestó Emilio.

Rosalía respiró profundo, intenso. Sin planearlo siquiera, el propósito fue doble, apaciguar sus emociones y disfrutar el riquísimo aroma a tierra mojada que se filtró desde afuera. En realidad, solo fue una sorpresiva y singular lluvia...breve, escasa y a pleno sol.

La casa en cuestión mostraba paredes de adobe carcomido por el paso del tiempo, techo de tejas ya descoloridas y, en uno de sus costados, al poniente, lucía orgullosa un gran ventanal con marco de madera y cristal generalmente sucio, que permitía al menos, divisar a quien pasara por el camino. Tenía una puerta de acceso al patio posterior arropada por un techo de vegetación, originada de un árbol autóctono de enredadera. Emeterio mantenía dicho tejado natural lo más horizontal posible, colocando horcones y vigas de madera en lugares estratégicos. Eficiente protección de los inclementes rayos del sol, que se convertía en una molestia constante después de los aguaceros. Un goteo tenaz permanecía durante considerable tiempo, después del chaparrón. Podían verse tres bancos circulares y dos bancas, todos de madera; estas, junto a la pared; los primeros recargados en los mencionados horcones. Se divisaban diversas herramientas oxidadas, colgadas sin orden alguno en los muros exteriores de la casa. Un azadón, dos o tres palas, un *wilo*, un rastrillo, dos barras de diferente tamaño, entre otros muchos

utensilios distribuidos en aparente desorden. Una vieja llanta metálica de carreta se alcanzaba a ver, abandonada y triste, al fondo de la construcción. Junto al árbol, en una de las esquinas de la *ramada*, se distinguía una enorme olla de barro, con agua fresca disponible para beber. Encima de la tapadera se veía una pequeña bandeja de guaje. Al fondo, hacia el norte, en el inmenso espacio libre de enredadera, junto al cerco vecinal, instalaron un largo tendedero de ropa. Al oriente, se localizaba el pequeño taller de bateas, donde Emeterio pasaba parte del día. El resto del tiempo lo dedicaba a la siembra de granos y hortalizas.

Una puerta se orientaba hacia el sur, era la fachada principal. Enfrente, Emeterio había construido años atrás una pequeña *ramada*. Para esa época, lucía sus ramas completamente secas, los horcones y vigas ya empezaban a debilitarse.

Dicha casa se ubicaba al extremo sur de una de las tres hileras de construcciones casi idénticas que conformaban la pequeña comunidad, precisamente allí, donde terminaba el poblado y empezaba la esplendorosa colina. Una escarpada colina que se prolongaba hacia la cúspide del cerro. Impresionante, casi vertical. Más allá, a lo lejos, se divisaban otras imponentes montañas, de tal manera que bastaba una simple mirada para imaginar que el día menos esperado aplastarían al pequeño y vulnerable pueblo.

Un terreno plagado de fantasmas según creencia de la gente. Por increíble que parezca, cuando estos hogares fueron construidos por primera vez, durante las obligadas excavaciones, sacaron treinta carretadas de osamentas humanas, enterradas ahí desde tiempos antiguos, cuando los españoles y los indios nativos protagonizaron aquellas épicas y sangrientas batallas que dejaron una cantidad incalculable de difuntos.

En aquella lejana época la población ópata disminuyó drásticamente, situación lamentable, triste, motivada por las hostilidades contra los invasores. De manera similar, por las violentas escaramuzas provocadas por el asedio constante de los temibles chiricahuas, sin olvidar a las enfermedades infecciosas mal atendidas y otras afecciones que llegaron junto con los extranjeros y que resultaron fatales para los indígenas. Sin temor a equivocarse, muchas de las viviendas, sobre todo las que estaban cerca de la iglesia, fueron empotradas literalmente encima de un cementerio ancestral.

Este encuentro de culturas y el inevitable proceso de mestizaje, trajo también como consecuencia, la irreparable pérdida de muchas de sus costumbres. Por desgracia este proceso

fue también factor importante para que se extraviara lentamente y sin remedio, el dialecto original de la mencionada estirpe.



Pasaron los días y aquella calurosa tarde, Emeterio se encontraba, como de costumbre, arropado por la sombra de la *ramada*, frente a la casa. Mientras alternaba chupadas al cigarro y sorbos de café caliente, podía sentir como los chorros de sudor se escurrían por su piel e impregnaban de humedad la desgastada y mugrienta camisa. Una arraigada y curiosa estrategia usada por la gente con el firme propósito de mitigar el agobiante calor que alcanzaba su punto máximo durante la canícula...las pequeñas corrientes de aire refrescaban la piel al filtrarse entre los tejidos de la camisa remojada, lo que provocaba una sensación de bienestar indescriptible.

A dos o tres metros se distinguía un antiquísimo arado incrustado en el suelo. La capa de herrumbre lo hacía ver maltrecho, en lento e innegable desgaste. Lucía granos ferrosos de color marrón, claro y fiel testimonio de los estragos del tiempo. Ahí cerquita estaba una carreta deslucida, descuidada, todo parecía indicar que tenían bastante tiempo sin usarla.

A la derecha podía verse un gran número de erguidos cactus, amontonados, apelmazados entre diversas especies de nopales. Presumían gran cantidad de jugosas y coloridas *pitayas*. Exótico lugar al que arribaban todos los días y a cualquier hora; colibríes, pericos y *chanates*, en inagotable festín. Una infinidad de hormigas de diversas especies subían y bajaban desaforadas, emergían de todos lados del patio. Regresaban cargadas a sus madrigueras. Emeterio las miraba muy alegre. Era señal de lluvias. Tal como se demostró en los siguientes días.

Más allá, al sureste, se divisaba un sinuoso sendero, un caminito angosto flanqueado de maleza, labrado sin piedad alguna por las interminables pisadas de los habitantes de la casa; acogido en parte, por la inmensa sombra de un centenario y corpulento álamo. Dicha vereda, ligeramente empinada, bajaba más adelante hasta llegar al caudaloso río, una fila interminable de mezquites vigilaba muy de cerca su cauce. A lo lejos se divisaban los cerros verdosos, todavía presumían con orgullo su bellísima vegetación saturada de imponentes pinos, hasta que, posteriormente, la tala inmoderada emuló a la ilimitada ambición.

Por aquel sendero, en la subidita, antes de bajar hacia al río, enfilaba en aquel momento una camada de chuchos escandalosos. Lucían flacos, escuálidos, hambrientos. Aparente debilidad,

que, de ninguna manera, representaba obstáculo alguno para renunciar a la disputa por ganarse el privilegio de ser elegidos por la respetable dama canina; quien, orgullosa, erguía su cabeza y revoloteaba la cola con instintivo y desenfrenado coqueteo. Movimiento meramente intencional que liberaba un cúmulo de moléculas en el ambiente y acrecentaba el incurable deseo sexual de los alborotados y testarudos receptores, quienes olían e impregnaban sus fosas nasales con el perfume de las feromonas segregadas por la honorable hembra.

— ¡Eaaaa, a chingar a otra parte! — les gritó Emeterio. Al mismo tiempo, les lanzó una pequeña piedrecilla solo con la intención de ahuyentarlos. Los inquietos y apasionados animales corrieron hacia los arbustos; perdiéndose entre los matorrales. Se rompió el encanto por un breve lapso, los enamoradizos animales regresaron instantes después, con renovados bríos.

— Córrelos otra vez, no los dejes, van a llenar de mierda las matas — dijo Rosalía, cuando los escuchó ladrar.

Era la época en que los chicos tenían prohibido mirar a los animales domésticos durante su acto sexual. Aunque ellos se las ingeniaban siempre para salirse con la suya. Simulaban cubrir su rostro con las manos, pero abrían los dedos de forma discreta. La gente tenía también la creencia que ver a los perros defecar, provocaba que salieran granos en los ojos.

— *Píquenle pa' dentro, tápanse los ojos,* — gritaban las mujeres a los chamacos, desde sus casas.

A lo lejos se escuchaba la cantaleta de todos los días al caer el sol, auténtica sinfonía de las ranas verdes que se posaban sobre las rocas. Era una inmensa cantidad de piedras de diversas formas, curiosos caprichos de la naturaleza que se asomaban a la superficie del río y por mismísima rivera.

Los misteriosos rayos del sol empezaban a perderse. La tarde agonizaba lenta y sin esperanza. Apenas se escuchaban algunos murmullos del aire fresco vagando sin rumbo entre lentos y prolongados suspiros, aunque con fuerza suficiente para remover con delicadeza las hojas del álamo monumental que vigilaba la casa. Parecían tomarse de la solapa en un vaivén armonioso y pendular.



Emeterio García era uno de los pocos sobrevivientes ópatas que figuraron con talento nato en las artesanías. La gran mayoría de sus ancestros encauzó su energía y creatividad en el diseño de armas usadas en la guerra.

El constante ruido del hacha, la escofina y la lima, eran, generalmente, opacados con el *cacaraqueo* de las gallinas, los rebuznos de los burros y los ladridos de los perros.

— Vente a comer, *ora* que las tortillas están recién hechas — gritó Rosalía.

— *Orita* voy — contestó Emeterio.

— Deja eso por un rato, ¡*Pa'* lo que le ganas! ¡y con tanto trabajo! — refunfuñó su mujer.

No quiso escucharla, argumentó su decisión de esperar, con su acostumbrada relatoría filosófica. Parecía cantar, mientras seguía con su labor. “Si el tiempo nos gana, estamos perdidos, junta aquí, limpia allá, raspa aquí, pule allá. No hay que darse por vencido. No lo dejes *pa'* después porque al rato ya es muy tarde, no te dejes derrotar, que el trabajo no se guarde”.

— Pareces loco, nomás con decir, “no dejes *pa'* mañana lo que puedes hacer *ora*”, se te entiende...o, con que digas que te vas a venir a comer cuando te de tu chingada gana... como siempre — dijo Rosalía.

—*Aré* lo que pude — contestó, mientras sonreía. Polémica frase atribuida a Isidro El Labrador. Aquel humilde campesino español que la iglesia hizo santo, más de doscientos años atrás. Emeterio la utilizó con la pretensión de confundir a su mujer. Lo logró. Rosalía no entendió nada. Se encogió de hombros y se fue a recostar.

Siguió hablando solo para él durante un buen rato, mientras se percibía un sonido relajante de los vidrios pulidores. A su derecha lucían tirados tres cilindros de madera y, dos o tres más, que ya evidenciaban una figura cóncava en su área superficial, lateral. Sobre la mesa contigua se veían no pocas bateas de variados tamaños y diferentes usos, ya listas para mercadear. Sobre una mesa más pequeña, colocada en una de las esquinas del local, se miraban algunas otras, encimadas entre sí, grises, por el polvo acumulado, en evidente abandono.

Al principio todo era bonanza y prosperidad. Al paso del tiempo, la demanda disminuyó de manera drástica hasta que la producción se redujo de tal manera que se limitó a pedidos especiales. La mayoría iba a parar a la tienda de los González, a bajo precio, casi siempre en trueque por productos de primera necesidad.

Dos horas más tarde, cuando culminó el finísimo acabado de la batea en proceso, con las manos embarradas de cebo de coyote, se encaminó a la cocina. Un poco molesta, su mujer se levantó a recalentar la comida. Resignada, sin ganas de discutir, puso las tortillas directo sobre las encenizadas brasas y arrimó el sartén al comal.

Hermosísimas bateas de diversos tamaños elaboradas por Emeterio eran presumidas por las mujeres de la comunidad; ya fuese como lavaderos de ropa, o bien, como recipientes para amasar. No faltaron por allí los errantes gambusinos, quienes las utilizaban para lavar minerales, en busca de las preciadas pepitas de oro. Por supuesto, también era experto en fabricar cucharones, platos y tortilleras, entre muchos otros productos.



— ¡Emiliooo, Emilianooo, Emeteriooo...tú, hijo de la chingada — insistió Rosalía. Intentaba hacerse escuchar por su hijo. Estaba sentado apenas unos metros más allá, de espaldas, Asomándose hacia la calle por la ventana.

— ¡Te estoy hablando sordo cabrón! — gritó con más fuerza, notablemente enojada. El frasco de café rebotó en la espalda del chiquillo. Por fortuna, el recipiente era de plástico y estaba casi vacío. Otro factor para pensar en un día de suerte para el chamaco fue el hecho de que, en aquel preciso momento, su madre no tenía el rodillo de madera al alcance de su mano.

— Soy Emiliano — contestó, a punto de soltar una carcajada, al mismo tiempo que se reacomodaba en la silla.

— Pos, ¡te llames como te llames!, eso no te quita lo *guevón*. Levántate, ve con los Godínez y dile a Petronila que me preste una taza de azúcar, explícale que mañana se lo devuelvo y de paso, le avisas al otro baquetón de tu hermano que venga *pa'* que le ayude a tu padre en el taller.

Minutos después, cuando Emiliano regresó, podía notarse una maliciosa sonrisa en su rostro. Mientras sostenía la taza de azúcar con su mano derecha, con la izquierda, hacía diversos ademanes, intentaba darse a entender.

— ¡Esa Concha Godínez! ¡Sí es concha! — expresó, emocionado. En aquel momento, su madre no captó la intención de la frase pronunciada por su hijo. Días después, *le cayó el veinte*. El dizque inocente chiquillo, había percibido muy bien la sensualidad femenina, cuando miró el cuerpo bien proporcionado de la jovencita. No dudó en manifestarlo a su manera. La muchacha

presumía hermosísimas piernas, una señorita de muy buen ver, única hija de los Godínez, quien, a la postre, se convirtió en practicante fiel del oficio más viejo del mundo.

— Qué Dios lo proteja de los falsos amores — pensó Rosalía. Recordó cuando en aquella ocasión, siendo todavía muy pequeño, gritaba desesperado. Pedía auxilio.

— Ayudaaaa, ayudaaaa, está fuera de control — decía, mientras señalaba su *pitirrín* erecto.

Era costumbre de Rosalía vestir a los gemelos con ropas idénticas, al mandarlos a sus clases escolares. Con sus pantaloncitos pochis y sus camisas de manta. Una decisión que los enfurecía. Hasta que urdieron turnarse para robar una camisa y echarla a la mochila. Durante el trayecto, se cambiaba uno de ellos. Cuando llegaban a la escuela, uno lucía su camisa limpia y planchada, el otro, notablemente arrugada y de color distinto.



Al día siguiente, Emilio, su hermano gemelo, aprovechó que su padre se dedicó a la milpa. Se encerró en el taller desde muy temprano. Por la tarde salió con mirada triunfal. Había elaborado una réplica exacta de un 30-30, a base de madera, pulida, brillante.

— Solo falta conseguir que dispare, aunque sea una bala — dijo, orgulloso. No lo logró, al menos en esa ocasión, su obra de arte no sobrevivió mucho tiempo. Días después, decidió llevar su rifle a la escuela, habría una representación de la guerra entre los indios contra los españoles.

A media mañana, cuando salieron al recreo, Emilio dejó el arma recargada en la pared del salón. Jugaba a la rabia con otros chiquillos cuando divisó a Filomeno González, su compañero de clase, un desagradable individuo sobrino de don Abundio. Se internaba entre los arbustos ubicados en la periferia de la propiedad escolar con el rifle en la mano. Emilio corrió en aquella dirección. No logró llegar a tiempo. Solo encontró el artefacto quebrado en tres pedazos. El chiquillo estaba sumamente enfurecido, lloraba de coraje cuando recogió las partes astilladas.

Filomeno no regresó hasta el día siguiente, con actitud cínica y cara de mártir, negó toda acusación frente al maestro. Ni siquiera los jalones de polaca que le propinó el profesor pudieron convencerlo de confesar. Emilio, tremendamente exaltado, frustrado, pronunció una sentencia rara que absolutamente nadie entendió en aquel momento.

— *Chinfigafatufumafadrefeelfedifiafablofotefelofocofobrafarafa* — gritó, al mismo tiempo, señalaba con el dedo índice a Filomeno. Lo dijo tan molesto y apresurado, que se quedó sin aire

durante algunos segundos. Respiró profundamente dos o tres veces con la intención de tranquilizarse, después se marchó. Tanto el profesor como los alumnos presentes se miraron sorprendidos, con clara expresión de *¿qué chingados dijo?* No habían captado el mensaje. ¿Emilio García había inventado el divertido dialecto de la efe? ¿Dónde y a quién lo escuchó? Imposible asegurarlo, lo único cierto fue, que, al paso del tiempo, esta divertida forma de comunicación alcanzó mucha popularidad entre los chiquillos. Una forma audaz de lanzar injurias y maldiciones, sobre todo, cuando pretendían despistar a los adultos..., hasta que, estos, lograron descifrar el código secreto.

A partir de aquel molesto incidente, Emilio volvió al taller, aprovechó todos los ratos libres, de tal manera que, poco tiempo después, logró construir cinco rifles más, esta vez, con todo y dispositivo de disparo. Fue cuando se le metió a la cabeza aquella idea: organizaría una rebelión contra el caciquismo, una decisión que finalmente, lo llevaría a la muerte.

Pasaron algunos años, Filomeno terminó ejecutado durante aquella época libertaria, cuando Villa irrumpió en el poblado y libró a la gente del yugo de los González. El descarriado muchacho, se había convertido en un pistolero más al servicio de su tío.



En la última hilera de casas, al norte del pueblo, vivía la familia González. Abundio, el viejo patriarca, era un hombre alto, fornido, un ópata de piel morena y de un corazón tan negro como su pletórica barba. Presumía bigote poblado y pelo en abundancia, rebosante, de tal manera, que se escurría por abajo del sombrero. Sin pizca de remordimiento, oprimió, explotó y se autoproclamó dueño de casi todas las tierras y voluntades de aquella comunidad semidesértica del norte. Apoyado por un pequeño ejército de secuaces fuertemente armados y por una evidente ausencia de escrúpulos, logró hacer y deshacer a su antojo. Por si faltara agregar algo, irónicamente, representaba a la autoridad, era el mismísimo comisario. Típico cacique de la época, influenciado y respaldado por las autoridades dictatoriales que gobernaban el país en aquellos tiempos.

Abundio, el hijo mayor de los González, fue el único sobreviviente de la familia, cuando aquella tarde de mayo, en aquel escondido rincón de la tierra, el mundo se volvió loco, lo que propició una terrible desgracia en la comunidad y los pueblos vecinos.

— ¡Callen a esos animales! — gritó Rosalía.

Y es que los perros fueron los primeros en percibirlo. Momentos antes del estruendo inicial, aullaban como locos, presentían el peligro que se avecinaba. Emeterio sintió un inusual mareo y un molesto zumbido de oídos. Se apresuró a sentarse.

— ¡Ay jodido! — lamentó. De inmediato se percató que no era el único que lo sintió. Aterrados, sin dar crédito a lo que sucedía, todos percibieron el inusitado fenómeno.

— ¡Ave María Purísima! — exclamó Rosalía y soltó el llanto.

Como cosa del demonio, los sartenes y cucharones colgados en la pared temblaban sin control, finalmente se desprendieron, uno tras otro, hasta terminar en el suelo. Las ollas de barro parecían desmayarse con todo y tinaja. El cerco de ocotillo se culebreó, se enderezó y luego volvió a culebrarse. Dos perros corrían en círculos, se detenían de repente y chocaban entre ellos, hasta que cayeron en una zanja. El oso, uno de ellos, por increíble que parezca, regresó una semana después, muy orondo, como si nada. Un gato negro, desesperado, clavó las uñas en las *canías* de Emeterio. La asequia, cual volcán en erupción, lanzaba fuertes chorros de agua. Las gallinas devolvieron los granos de maíz que apenas se habían tragado. Entre la confusión, las vacas ladran, los perros mugen, los *cochis* relinchan. Rosalía vomitó sobre la mesa. ¡Arrepéguese a la pared! Gritó Emeterio. Los cuates obedecieron, casi al momento gritaron de miedo, al sentir en su espalda, como se cuarteaban los adobes. Una vaca cayó de bruces y rodó sin control hasta caer en un socavón. La mula intentó morder una toronja y se le fue entera, se le atoró en la garganta. La gente enloqueció de terror, imploraba misericordia de sus dioses, mientras la tierra se rasgaba su vestidura y removía con furia sus entrañas. Fue la más grande y triste tragedia en toda la historia de la región, siempre recordada por todas las generaciones subsecuentes, incluso, plasmado en libros editados muchos años después por reconocidos historiadores.

Los cerros se desgajaron, la tierra hambrienta e insaciable abrió y cerró sus imponentes fauces. Con voraz apetito, consumió veinticuatro de las veinticinco casas del pueblo. Muchas personas y no pocos animales fueron devorados de un solo bocado. De repente, el río se secó, sin embargo, días después, inundó los valles y caminos, horas más tarde, recuperó la calma. Transcurrida una semana, abrió un nuevo cauce, escurriéndose entre los vigilantes mezquites de la rivera. La gente nunca comprendió cómo y por qué; pero a lo lejos, en un pueblo lejano,

seguía escuchándose el macabro y deprimente sonido de una campana, aún después de varios meses del escalofriante suceso.

Abundio, era un ópata originario que se casó con una hermosa mulata, una voluptuosa morena que llegó como sirvienta de una pareja gringa que arribó a la zona, años atrás, atraídos por la fiebre del oro. Los desorbitados ojos del anciano pudieron ver como su mujer y dos de los hijos, fueron aplastados por el techo de la casa; instantes después, desaparecieron con todo y escombros. Abundio hijo, el zambo mayor, estaba en la milpa. Para su fortuna, la inclemente furia de la naturaleza no lo alcanzó.

El viejo no pudo soportar la pena. Horas después de que la inmensa ira del planeta cesó, murió de un infarto fulminante en el mismo patio de la que fue su vivienda. Ahí terminó una desgracia del pueblo y empezó otra. Abundio González hijo, se hizo cargo de la comisaría y prosiguió con la escalada de abusos, que duró muchos años más.



Aunque con visibles daños, solo una de las casas quedó en pie. Era la morada de los García Arriaga. Un montón de escombros conformado por adobe, pedazos de madera y tejas quebradas se miraba junto a la vivienda, por el lado donde el sol sale. La pared donde se ubicaba la gran ventana quedó intacta, aunque con el vidrio hecho añicos. Tuvieron que esperar poco más de veinte meses para lograr repararla por completo, esta vez con techo de lámina de cartón. La situación económica no alcanzaba para comprar nuevas tejas. Para ese entonces, los gemelos, sus primeros hijos, ya habían cumplido diez años.

En peores condiciones, el resto de los sobrevivientes se vieron forzados a organizarse para sepultar a sus muertos, reconstruir sus vidas, y de paso, sus casitas, lo mejor que pudieron y con lo que tenían a su alcance.

Por la segunda hilera de casas vivía Gumersinda, la madre de Rosalía. Una sobreviviente más de la ira planetaria, cuyo marido no corrió con la misma suerte. Era una señora *huila* y de mediana estatura, aunque ante los ojos de los demás, lucía demasiado chaparrita. Su delgado cuello hacía más evidente un añejo y prominente bocio.

Muy reconocida como gran artista del barro. Con la paciencia de un santo, elaboraba una inmensa variedad de utensilios artesanales, tales como jarros, ollas, platos, tortilleras y cazuelas.

El proceso lo iniciaba desde la recolección y filtrado cuidadoso de la tierra colorada, especial para tal fin, la cual desprendía de los paredones del promontorio. Después, procedía a formar una mezcla con arena fina y estiércol de vaca... muy seca. Movía y removía una y otra vez el barro formado y, con infinita paciencia, separaba una a una cada piedrecilla.

Rosalía se aparecía por ahí frecuentemente, con la intención de ayudarla. No podía evadir los recuerdos de su niñez. Los regaños de su madre fueron influencia directa en su vida: “te circula la sangre muy despacio, muévete que el tiempo es oro, pierdo más tiempo en estarte arreando que lo que me ayudas, trae más boñiga y chollas, que no se apague el horno, no sabes que marido te de Dios, luego las dejan y no saben hacer nada, aunque te enojas, es por tu bien”.

— No ha cambiado mucho — pensó Rosalía. Cuando la escuchó decir — si piensas ayudar, ya puedes empezar.

Las mujeres demostraban tener la paciencia suficiente para desempeñar esta tarea. Se turnaban para embarrar el barro previamente preparado, en la superficie externa de un recipiente usado, el cual, tendría la función de modelar la forma del nuevo producto. La técnica consistía en girar infinitamente el citado y embadurnado modelo, mientras, al mismo tiempo, con calma, con tesón, pulían toda el área directamente con las manos, al menos al inicio. Según la parte del proceso, requerían apoyarse con olotes, pedazos de baqueta, o bien, con alguna pequeña roca lisa, seleccionada para tal efecto. El objetivo era lograr una finura perfecta.

Los productos terminados pasaban a la etapa de cocimiento, el cual se llevaba a cabo en una especie de horno previamente calentado. Quemaban en su interior boñiga y choyas secas. De ahí la importancia de retirar los gránulos rocosos desde el comienzo, ya que estos, propiciaban una desigual distribución del calor sobre la superficie de las ollas, lo que provocaba, en no pocas ocasiones, resquebrajar el producto.

En el patio de la casa podía verse un gigantesco montículo de dicho excremento, disponible siempre para el propósito mencionado. Esta fue la cruz que marcó el final de la vieja. Una tarde de noviembre, cuando se disponía a llenar una vasija de dicho combustible con la intención de alimentar el horno, la mordió un coralillo. No pudo recuperarse, cinco días después, Gumersinda murió.



Dos días antes de semana santa, los García Arriaga tenían lista la figura humana, Rosalía era la responsable de su diseño y construcción. Retazos de ropa, paja, pelo de elote y otros diversos aditamentos se preparaban con mucha anticipación.

El domingo de pascua, como todos los años, el muñeco humanoide lucía colgado en la parte más alta de un poste previamente instalado. El líder de la pequeña comunidad indígena contó treinta pasos, solo para indicar el lugar exacto desde donde los tres participantes finalistas dispararían sus flechas.

— Quien cruce la línea, será descalificado, ganará quien más veces logre dar en el blanco — gritó.

Era un pequeño grupo conformado apenas por veinte ópatas, en una población mayoritariamente mestiza de aproximadamente ochenta individuos; entre los que, además, podían encontrarse tres zambos, dos negros y un chino. Una esperada fiesta popular a la que todo el pueblo asistía. En singular ceremonia, celebrada a la luz de la luna sagrada, el orgulloso vencedor recibía la cabeza del muñeco humanoide. Una tradición adaptada a las nuevas circunstancias, llevada a cabo la primera vez, años atrás, por los abuelos de Rosalía, con el único afán de mantener unidos a los pocos residentes de ascendencia ópata en la pequeña comunidad.

El *guatequi* estaba en su apogeo, entre hurras y vivas, la gente se divertía, mientras escuchaban el sonsonete de los músicos.

Los enanitos ya se enojaron porque en el baile los pellizcaron...

Entre la variedad de instrumentos, llamaban la atención una flauta de carrizo, una sonaja de guaje y algunos tambores de madera con cuero de venado, otros, de jabalí. Al extremo sur, sentados en las piedras, varios indios tarareaban las canciones, mientras cambiaban la letra a su antojo, animados por el influjo del tejuino.

Estos inditos ya se enojaron, porque a sus viejas las pellizcaron. Cantaban, mientras reían a carcajadas. Varios chiquillos descalzos y con los pantalones *pochis*, corrían divertidos, se perseguían y esquivaban a la gente.

Este singular grupo de indígenas llegó a la comunidad en diferentes momentos; algunos se quedaron, otros siguieron su camino buscando otras alternativas de vida. Peregrinar de la sangre que propició su dispersión por diferentes zonas de la geografía del estado. Poco a poco, a través

de los años, se les perdió la pista. Los ancianos murieron, y con ellos, pereció también el interés de los jóvenes descendientes por mantener la lengua, costumbres y tradiciones. Solo quedó la esperanza, de que, en algún lugar de las escarpadas montañas, o bien, en alguna otra región alejada, la nación ópata estaría dignamente representada, al menos por un miembro de la casta.



Seis años después del sismo, nació Eloísa, una chiquilla vivaracha y llena de energía, sus hermanos ya se adentraban en la difícil etapa de la adolescencia. Emeterio nunca entendió como fue que sus hijos varones se desviaron por otras rutas de la vida, plagadas de complicaciones. Eran sumamente inquietos, audaces, intrépidos. Inventaban cada juego extraño. Como aquella ocasión en que Emilio se paró enfrente de Lupita, una chiquilla de su edad.

— ¿Queteché? — le preguntó, con carita sugestiva y maliciosa, mientras le lanzaba sobre su vestido una pequeña ramita en forma de tallo.

— Un palito — contestó la niña, inocentemente. Emilio soltó la carcajada y salió corriendo, mientras esquivaba las piedras que Lupita le lanzó encorajinada.

No mucho tiempo después, en una tarde cualquiera, Emilio se dirigía a su casa. Empezaba a oscurecer cuando pasó por la vivienda de la familia Godínez. Por mera casualidad, como lo contó luego a su hermano, divisó por la ventana a la Conchita, mientras se quitaba la ropa sin pudor alguno. La luz de la cachimba en el interior del cuarto iluminaba perfectamente a la atractiva joven. Tembloroso y con la respiración agitada, se quedó absorto, agazapado en la penumbra que apenas se asomaba. Trémulo, la observó desvestirse prenda tras prenda. Por un momento, sintió vergüenza y sentimiento de culpa, agachó la cabeza y dirigió la mirada al suelo. Pensó en retirarse, pero desechó la idea de inmediato. Recordó que en algún momento escuchó a un adulto decir que la mejor forma de vencer la tentación era caer en ella, no comprendió en aquel momento, ahora, era diferente, aunque no estaba convencido de tal afirmación. En aquel preciso instante, el púbero jovencito vio por segunda vez en su vida los senos de una mujer. El despertar airoso de su intrépido animal fue *la gota que derramó el vaso*. No pudo contenerse, corrió decidido rumbo al baño exterior de su casa. ¡Ay Conchita!, ¡ay Conchita! ¡ay Conchita!, repetía despacito, cuando entró al mingitorio. Apenas intentó sacar su alebrestada bestia con la firme

intención de estrangularla, cuando su padre, que lo había visto llegar apresurado, encendió la cachimba que estaba colgada a un ladito de la puerta.

— Aunque solo vayas a mear, debes encender la luz, luego remojas toda la letrina — le dijo en tono de regaño. Nunca se percató de la verdadera intención de su hijo. Cabe aclarar, que dicha acción fue suficiente para cortar de tajo su primera inspiración erótica.

Era una época donde las diversiones de la mayoría de los chiquillos eran muy variadas. Jugaban con la pelota de caucho, emulaban a cazadores y granjeros, amarraban cuerdas a las patas de los mayates y controlaban su vuelo a distancia, corrían como locos mientras alborotaban las *bitacheras* de los mezquites y apedreaban a las víboras para salvar a las ranas.

Eloísa, al igual que el resto de las niñas, aprendió a construir collares y pulseras con flores de San Juan. Consumía el excesivo tiempo disponible al deambular por el patio mientras charlaba con su amigo imaginario y apretujaba a su muñeca de paja y vestido de trapo. Le gustaba contar las mariposas que revoloteaban entre el monte. Tres amarillas, cinco rojas, dos blancas...7 amarillas, 8 rojas, 10 blancas...se le escuchaba decir durante buen rato, hasta que se aburría y se daba por vencida, dada la inmensa variedad de los mencionados insectos. Una niña muy inteligente, permanentes signos de interrogación marcaban su carita. Tal como sucedió aquella mañana cuando la familia degustaba el desayuno.

— ¿De dónde venimos los niños? — preguntó, cuando nadie lo esperaba.

— Todo tiene su *queseyó* — contestó su madre. Y se soltó con una retahíla de explicaciones disfrazadas y escurridizas. Al final de cuentas, fue la propia Rosalía quien terminó terriblemente confundida.



Emeterio habría de recordarlo toda su vida, sobre todo, cuando la nostalgia de los tiempos idos se apoderaba de su alma. Lamentó por siempre y para siempre el no haber sido más riguroso con sus hijos. Los inquietos mozalbetes, pronto se transformaron en un par de jovencitos intrépidos, dispuestos a devorar el mundo. Eran *huilos*, escuálidos, podía verse su piel untada en las costillas. Presumían un delgado y curioso bigote, partido exactamente por la mitad. El único rasgo físico que los diferenciaba era el tono de su piel, Emilio era de piel morena, Emiliano, blanco como vainilla.

Crecieron entre los “ve con Abundio y dile”, “ve con Abundio y pide”, “ve al abarroto de los González y dile que me mande una bolsa de azúcar y dos litros de leche bronca”, “dile que me apunte un kilo de hueso, que mañana le llevará tu papá las bateas y la cosecha de frijol limpio...sin piedras y sin gorgojos”. Fue de aquella manera, que los jovencitos comprendieron la situación, de cómo la gente se sometía a los caprichos del cacicazgo.

Fue en esa época cuando Emiliano empezó a experimentar con los artefactos explosivos. Traía evidentes actitudes bélicas incrustadas en sus genes. Muy pronto se aficionó al uso y abuso de la pólvora. La familia nunca olvidó aquel día, cuando se le ocurrió la cruel idea de expulsar un necio gato callejero de la casa. Era un felino obeso, de pelaje negro, oscuro. Sus ojos grandes y rojizos brillaban intensamente en la oscuridad, tal si fueran *copechis* gigantes. La gente decía que dicho animal estaba endemoniado. Tenían contundentes razones para asegurarlo, sobre todo cuando lo miraban devorar pequeñas serpientes. En ágil movimiento, las atrapaba de la cola y las masticaba despacio, sin prisa, mientras el reptil se revolvía furioso luchando por sobrevivir. En su abundante e insaciable dieta; sorprendentemente, incluía de todo, sin omitir a los animales tóxicos. Alacranes, hormigas, sapos, ranas y hasta coralillos, formaban parte de su variada alimentación. Insatisfecho siempre, de apetito voraz, todavía encontraba la manera de escurrirse, noche tras noche, por el interior de la vivienda.

Aquella tarde, cuando el astro rey ya se había ocultado, el mencionado felino fue sorprendido en su habitual incursión clandestina.

— Esta vez no te me escapas — dijo Emiliano. Mientras lo perseguía con la mirada escudriñó en su mente una forma de atraparlo. No esperó mucho. En su intento de fuga, el animal quedó atrapado en la rendija inferior de la puerta, situación que fue aprovechada de inmediato por el inquieto muchacho. Tuvo el tiempo suficiente para amarrarle un cuete en la cola. Luego, sacudió el pórtico con la intención de que el minino saliera hacia la calle. Por el contrario, hizo lo que Emiliano menos esperaba, se desvió hacia el interior de la cocina, en el preciso momento en que la familia disfrutaba de su cena. El aterrado animal corrió despavorido tal si fuese perseguido por el diablo, subió a la mesa de un salto, cayó entre un plato de comida y salpicó de frijol el rostro de los comensales, mientras el terror se les metía entre las tripas. Entre acrobacias inverosímiles, el gato brincó a las hornillas y pisoteó en múltiples ocasiones la comida en los sartenes. Desbocado, derribó la pequeña lámpara de petróleo que estaba encima de la mesita, aquel mueblecillo tembleque que estaba al fondo, en el rincón, allí donde dos de las paredes hacían

esquina. El artefacto luminoso rodó por el suelo y después explotó; una diminuta lengua de fuego agarró fuerza poco a poco y creció lo suficiente para llegar hasta la cortina de la ventana. Fue en aquel preciso instante en que Rosalía reaccionó.

— ¡Virgen santísima, se está quemando la casa! — Gritó aterrorizada. Agarró la primera bandeja que se encontró sobre la mesa y corrió de manera atropellada hacía la olla de agua. Llenó el recipiente y lo vació sobre la lumbre. Iba y venía, como poseída, repitiendo el proceso, una, otra y otra vez. Emeterio, más tranquilo, como siempre, se limitó a lanzar palmadas de tierra sobre la flama, mientras Emilio observaba, *muerto de risa*...dichas acciones, al final de cuentas, lograron apaciguar el fuego. Emiliano ni siquiera se enteró. Arrepentido de su acción, intentaba inútilmente desprender el cuete de la cola del felino, o, al menos conseguir que saliera de la vivienda.

Eloísa se acurrucó en el fondo del cuarto contiguo con la cabeza metida en sus rodillas, temblaba de miedo. Cerró sus ojos y se cubrió los oídos con sus manitas, esperaba la inevitable explosión. Un sollozo entrecortado, temeroso, se percibía muy apenitas. Fue cuando el atormentado gato, notablemente agotado, se agazapó debajo de la hornilla, en el lugar reservado para guardar leña, entregándose sin remedio a su fatídico final. Dos segundos fueron suficientes. Un fuerte estampido se oyó desde muy lejos, un fortísimo ruido equiparable solo a los provocados por las actividades mineras, allá por los cerros. Se abrió un tremendo boquete en el techo con increíble facilidad. Varios cascajos de lámina, una multitud de astillas de madera y no pocos pedazos de adobe pulverizado, cayeron en las casas contiguas. Se distinguía un denso humo y, un intenso olor a pólvora se dejó sentir. Eloísa lo contaba, todavía muchos años después, como un misterio difícil de explicar. Acalambrada de terror, miró claramente el aura del gato, que intentaba inútilmente de reacomodarse, cual fragmentada esencia, mientras se escurría por el agujero del tejado.



Sucedió una semana después, la gente estaba convencida que fue una venganza del demonio. Y no era para menos.

— Deja ese cuete cabrón, sé muy bien que vas a entender hasta que se te revienten los dedos, entonces dirás, ¡cuánta razón tenía esta vieja! ¿Por qué no le hice caso? — dijo Rosalía, muy molesta.

— Emeterio, ¡a ver cuándo les pones rienda a tus chamacos!, no quieren entender, no miden el peligro... ¡San Isidro y la Virgen los cuide! — Agregó.

— *Aré lo que pude* — contestó Emeterio. Rosalía se limitó a mirarlo. No dijo más.

Como casi siempre sucede, el presagio de la madre se cumplió una vez más. Aquella tarde, como era costumbre en el barrio, los chiquillos jugaban en el camino, se dejaba escuchar un constante bullicio entre risas y gritos de escándalo. Algunos gritaban de miedo mientras experimentaban el andar en zancos. Otros, más apaciguados, se apartaban para jugar al trompo. El ambiente pesado se incrementó aún más por el estallido de los cuetes. Los perros, asustados, ladraban sin cesar. Otros, más sensibles, anunciaban la muerte entre aullidos y lloriqueos. Algunos gatos corrían, bajaban y subían como locos por los tejados de las casas.

Al caer la noche, el costo explosivo fue alto y desalentador. Tirados en la vereda, rumbo al río, había dos chuchos muertos; la causa del deceso, infarto fulminante.

Rosalía preparaba la cena cuando escuchó el grito de dolor, reconoció claramente a su hijo.

— *Ave María Purísima* — dijo, mientras se persignaba. Su corazón dio un salto. Apenas se acercó a la puerta, cuando vio entrar al intrépido muchacho, mostraba su mano zurda cubierta de sangre, hecha pedazos.

— *Tenía razón madre* — alcanzó a decir, antes de desmayarse. Su audacia le costó cara. Encendió el pabilo con su mano derecha, mientras con la izquierda, retuvo demasiado tiempo el cuete encendido. Al momento de la explosión intentó reaccionar, evidentemente fue demasiado tarde.

Cuando la gente del pueblo lo vio por última vez, lucía lo que parecía ser un dedo seco y descarnado, aferrado a duras penas de la muñeca. Ese día, sin decir más, avisó a sus padres que se iba para los Estados Unidos. Soñaba con comprarse una mano artificial.

— *Los gringos saben de todo, están muy avanzados de la mente* — aseguraba.

Rosalía lo tomó a broma, pronto se dieron cuenta de su equivocación. Al día siguiente, el muchacho echó sus escasas pertenencias al viejo veliz y ensilló uno de los dos caballos de la familia. Sin dudarle siquiera, se marchó. Emeterio siempre recordó aquel momento, cuando lo

divisó a lo lejos, mientras cabalgaba rumbo al norte, al lado de la diligencia que transportaba el correo entre los pueblos.

En contraparte, Emilio soñaba con ser un gran líder, defendía con valor las causas justas de la gente. Eso fue su desgracia, la rebeldía le costó la vida cuando apenas cumplía diecisiete años. Días antes de ser aprehendido, tuvo un sueño premonitorio, pronunciaba un discurso ante una multitud enardecida, un mensaje elocuente donde proponía soluciones drásticas para acabar con el constante abuso del cacicazgo. Subía y bajaba el tono de su voz una y otra vez con perfecto dominio del arte de oratoria. Cuando despertó, tenía los pantalones empapados de orines. Cada vez que gritaba, durante el sueño, lanzaba con más fuerza el chorro del amoniaco líquido. Al día siguiente, muerto de risa, se lo contó a sus padres. A Rosalía no le causó ninguna gracia. Conocía, por su madre, el significado de algunos sueños.

— Si sueñas que te orinas es porque te sientes reprimido — la escuchó decir en algún momento. Conocía perfectamente a su hijo, tenía la plena seguridad de que reaccionaría en consecuencia. Podía no terminar bien, como al final de cuentas sucedió.



Aquel día, un domingo como podría ser cualquiera, cuando el sol apenas indicaba las tres de la tarde, la gente se asustó...el cielo se oscureció repentinamente, instantes después, caía un torrencial aguacero. Truenos y relámpagos espantaban a los animales. Los perros corrían asustados y se refugiaban debajo de la cama. En ese momento, Eloísa conversaba con su madre. La chiquilla se veía notablemente inquieta, las tormentas la ponían nerviosa en extremo, no eran de su agrado.

— *Si llueve con viento, cierra la puerta y métete pa' dentro* — dijo Rosalía, aludiendo a un conocido dicho popular.

¡Cierra la puerta, no tientes fierro, tapa con una *hilacha* la ventana! ... y vente *pacá* — insistió. Mientras abría los brazos, esperándola, con clara intención de abrazarla.

— No te aflijas hija...mortifícate cuando lo sueñes. Haz de saber que los sueños con nubes oscuras y tormentas de agua revuelta y sucia, más, si son de noche, quieren decir que morirá una persona cercana...que te lo digo yo, del mismo modo pasó cuando murió tu abuela. La chiquilla la miró fijamente y sonrió, su carita reflejaba cierta incredulidad.

— ¡Qué cosas se le ocurren madre! — murmuró, dejándose apapachar.

Esa noche la niña soñó lluvia. Al día siguiente, recordó con claridad, cómo, durante el sueño, abría los brazos y mostraba su cara al cielo.

— Cerré los ojos y sentía que el agua clara caía sobre mi cabeza y luego se bajaba despacito por la cara. Muy lejos, divisé muchas nubes negras, desparramadas en el cielo, arriba de los cerros — platicó a sus papás.



— ¡Vámonos de aquí!, a otro lugar donde esté más tranquilo, donde se pueda trabajar a gusto y prosperar, ¡esto está cada vez más *pior!* — insistió Rosalía aquella mañana. Convencida de que salir del pueblo, sería la mejor opción para alejarse de los problemas y carencias. Tal como lo comentaba en cualquier oportunidad.

— ¡Cómo vamos a dejar esta territa, es muy rendidora! — contestó Emeterio.

— ¿Qué ganamos con eso? Todo lo que cosechas se lo tienes que vender al pinche Abundio. *Pa' rematarla*, lo poco que te paga, se lo devuelves. Su tienda es la única que hay por aquí, por eso compra al precio que le da su chingada gana, ¿*On tá el maíz?*, ¿*on tá el frijol?*, ¿*on tá el cacahuate?* ¿*on tán las bateas* ¿*on tá nuestro hijooo?* ¿Y todavía te parece poca cosa? *Ves el burro cargado de liebres y todavía preguntas que lleva.* Mírate en el espejo de los Torres, aunque los viejos ya murieron, sus hijos siguen pagándole al Abundio, una deuda que, *asegún él*, tenían sus padres. *Ves la tempestad y no te hincas*— dijo Rosalía, entre gritos, sin ocultar su coraje y desesperación.

— Ya estamos en eso vieja, verás que las cosas van a cambiar — contestó Emeterio, muy seguro de su afirmación. Mirándola de reojo, mientras afilaba el desgastado machete. Tenía planeado sublevarse. En aquel momento, ni siquiera imaginó que Emilio ya andaba metido hasta las verijas. Desde tiempo atrás, el muchacho se había dado a la tarea de organizar reuniones clandestinas junto con otros *escuincles* de su edad. Por desgracia, no faltó quien le fuera con el chisme a Don Abundio. El jovencito fue acusado injustamente de abigeato, pretexto suficiente para encarcelarlo. Fueron los últimos quince días de su corta vida.

La cárcel, era una pequeña cueva enclavada poco más arriba de la base del cerro. Protegida con rejas metálicas incrustadas fuertemente en las rocas, vigilada siempre por tres tipos armados

con sus 30-30. El mismísimo calabozo donde encerraron, en varias ocasiones, al intrépido indio Gerónimo.



Aquella tarde calurosa, Emeterio se encontraba sentado afuera de la casa, esta vez en el suelo, recargado en la pared. A su lado, muy cerca, un sueño aletargado e interrumpido por continuos sobresaltos maniataba a Rosalía. Un sueño por momentos extraviado debido al jadeo constante, de igual modo, como si fuera una asmática en decadencia.

Como en casi todos los últimos días, la mujer permaneció allí, postrada en la silla por varias horas, impaciente, esperanzada y triste, con la mirada fija hacia el camino vecinal. Un empolvado sendero que se perdía por el horizonte desértico.

Emeterio la miró, su aspecto descuidado no era ni la sombra de aquella mujer, que apenas unos días antes, lucía orgullosa, fuerte, vigorosa. Recordó cuando quiso evitar a toda costa que se llevaran a su hijo. Se atravesó decidida frente a los caballos, Emeterio apenas alcanzó a jalarla del brazo, antes que los animales se la llevaran entre las patas.

En el suelo, debajo de la silla, podía verse una taza de café, aún sin probar, en clara condición de abandono. Emeterio pasó por enfrente, cuidadoso, levantó los pies con la intención de no tropezar con las piernas de la melancólica señora.

— Anda mujer, pruébalo, aunque sea *pa'* que se te despeje la cabeza — le dijo, con la mirada fija en dirección al olvidado recipiente. Rosalía lo ignoró por completo.

— ¿No volverán verdad? — preguntó, sin mirarlo siquiera. Sus ojos húmedos evidenciaban una profunda tristeza.

— *Pos*, Emiliano ha de estar bien, ya sabes que por eso se fue, dizque *pa'* trabajar. No le ha de faltar que comer, es muy abusado el canijo, tú lo conoces. Segurito que ya se matrimonió con una gringa.

— Con este Emilio, hay esperanzas, pero si está batalloso. Como fue a meterse en dificultades con esos desgraciados, hijos de la calamidad ajena — dijo Emeterio. Después se quedó pensativo unos segundos y agregó.

— Le mandaré otra carta al gobernador.

Tras otra pequeña pausa, concluyó...

— Aunque no sirva de nada.

Tenía la sospecha bien metida en la cabeza, de que el gobernante todo lo sabía, pero se *hacía de la vista gorda* y solapaba todas las injusticias de Abundio González. Pretendió seguir con el tema, pero se distrajo al pisar un pinacate. El inconfundible y desagradable olor inundó sus fosas nasales, cubrió su nariz con el torso de la mano desocupada y pateó con harta muina el apestoso animal.

— *Pinchi* animal asqueroso — maldijo, y se sentó de nuevo en el suelo. De inmediato se envolvió de silencio y divagó por los escondrijos de la memoria. Recordó a Emilio cuando se fue del pueblo, lo vio alejarse montado en el tordillo, a paso lento, en amena charla con el cochero. Como olvidarlo, el joven levantó la única mano que le quedaba para decir adiós, mientras sostenía con el brazo izquierdo la rienda del caballo. Emeterio todavía pensó, aquella vez, que su hijo regresaría más tarde. Sobra repetir lo equivocado que estaba.

— Es lo mejor que pudo hacer, ¿qué futuro le esperaba por aquí?, nada bueno, de seguro — murmuró, entre dientes.

— *Ora* hay que mirar por este otro — agregó, aunque su voz expresaba cierta desesperanza. Fue entonces que le quedó claro, tuvo la plena certeza del futuro incierto, se le vino toda la tristeza junta con un inesperado escalofrío. Recordó cómo se le rompía el corazón cuando lloraban y se moría de miedo por lo que les pudiese pasar. Cuando no dormía por echarles vueltas, solo para confirmar que respiraban. Esa tarde lloró como no lo había hecho en años. Desbordó todo el almacén de lágrimas acumuladas. Solo, sin testigos, escondió su rostro de las miradas curiosas.

A lo lejos, divisó un par de vacas que deambulaban por el potrero. Mordisqueaban el pastizal; una, otra y otra vez. Dos terneros las seguían despreocupados. Cerca, un toro permanecía casi inmóvil, alerta y cauteloso. Los cansados ojos de Emeterio escudriñaron el horizonte por el rumbo del presidio, deseaba con toda su alma ver llegar a su hijo.

Oscurecía, una multitud de pájaros cantaban y brincaban de rama en rama del álamo gigante. Las gallinas empezaban a subir al árbol, una a una, buscaban el lugar más cómodo para pasar la noche. A lo lejos, divisó la silueta de un hombre arreando un burro. A medida que se acercaba, pudo distinguirlo mejor, caminaba lento, cabizbajo, llevaba un machete en mano y el animal parecía estar cargado de leña. No lo perdió de vista, hasta que se extravió por el caserío.



Esa noche, a lo lejos, se divisaba como el fulgor de algunos relámpagos iluminaba las faldas montañosas. Podía escucharse con suma claridad el murmullo del viento sigiloso que se escurría por las rendijas de la ventana, generaba un silbido puntiagudo que laceraba los tímpanos. Rosalía, lo relacionó con el diablo. Sintió como sus fosas nasales se inundaron con el aroma característico del engendro maligno.

— Huele a azufre — murmuró.

— ¿Qué dices vieja? — cuestionó su marido.

— Satanás anda por aquí — agregó. En aquel momento, ni siquiera imaginó que sería la primera de muchas ocasiones en las que captaría el singular olor. Tal como lo percibió años después, momentos antes de su trágica muerte.

— Al menos que pienses que el diablo es tu marido. — Dijo Emeterio, mientras la sorprendía con un abrazo. La apretó fuerte y le susurró al oído:

— Seguramente ese miedo que te traes, no es nada que no cure un café. Conversaron durante un buen rato, mientras remojaban trozos de pan directamente en la taza. Se pusieron nostálgicos y dolorosamente conscientes de la juventud perdida.

Rosalía sonrió. Cerró los ojos con la intención de captar con más claridad el interior de todas las cosas, de todos los vivos, de todos los muertos. Se vio a sí misma, de niña, inmensamente feliz, mientras escalaba la escabrosa montaña y descendía por la colina. Como si estuviera ahí, movió los brazos repetidamente hacia los lados, tal si despejara las molestas ramas.

Una inmensa cantidad de *copechis* se divisaban por la ventana, los parpadeos constantes provocaban que chispazos de luz iluminaran la penumbra nocturna. Parecían avergonzar a la orgullosa luna, debilitada, opacada en parte, por el paso de algunas nubes que buscaban protagonismo en el firmamento estelar.

Un grillo cantaba sin descanso, escondido en algún lugar, debajo de la cama. Parecía empeñarse en arrullar a los durmientes, un rato después lograba su aparente cometido.



Emeterio despertó al amanecer. Un gallo cantaba sin tregua. El perro ladraba, enojado, obstinado en defender su territorio de los pájaros y las iguanas verdes que invadían la *ramada*. Eloísa lanzaba puños de maíz a las gallinas. Aunque Rosalía se sentía adormecida, soñolienta, le pareció escuchar el aleteo de un pájaro.

— ¿Ya volvieron las golondrinas? — preguntó. Su hija entraba en ese momento.

— Si *ma'*, andan por allí, buscan donde hacer sus nidos — contestó la chiquilla. En realidad, Rosalía no asimiló la respuesta. Percibió de nuevo el silencio. En su desvarío, se agobió con tan solo pensar en los polluelos hambrientos. En su mente recreó la imagen de los pajarillos, con el pico abierto, ansiosos, mientras esperaban la comida. No pudo evitar relacionarlo con sus hijos. En ese preciso momento, su rostro se iluminó de alegría. Sus hijos se acercaban a la casa. Reían a carcajadas mientras acortaban la distancia.

— ¡Emeterio, Emeterio, ya vienen! ¡chamacos vagos, *ora* verán! — gritó. Su marido la miró. Triste, preocupado. No era la primera vez que su mujer tenía esas deprimentes visiones.

— Es que estos *lepes* siempre han sido de la chingada con sus travesuras, no se les quita la costumbrita de irse de vagos, nomás preocupan a la gente. Lo bueno es que están bien — dijo despacito. Sonrió complacida, respiró profundo. Segundos después, se quedó dormida. Roncó como poseída por el demonio.

Despertó a media mañana, cuando el candente sol ya calentaba el mundo. Se levantó y permaneció varias horas sentada en la cama, no quiso comer durante todo el día. Tenía la mirada perdida, ausente. Eran las ocho de la noche cuando reaccionó.

— Aquí huele a azufre — dijo. Cenó como si nada hubiese pasado y se fue a dormir.



Era domingo, los últimos rayos del sol intentaban inútilmente de llamar la atención. Una parvada de pericos deambulaba en las alturas mientras presumían curiosas acrobacias. Rosalía dormitaba en la mecedora. Despertó en el preciso instante en que Eloísa le tocó la cabeza con cierta ternura. Su madre solo se reacomodó para volver a dormirse.

— Despierta *ma'*...te vas a caer — le dijo, conocía el trance que conquistaba a su madre. Tenía intención de insistir, pero se distrajo cuando escuchó un clarísimo relinchido, seguido casi de inmediato por el canto de un gallo, el rebuzno de un burro, el graznar de un cuervo, el ululato del búho, un balido de borrego...y otros sonidos más, que no distinguió en el momento.

— Allí viene otra vez ese cabrón con sus payasadas — dijo Emeterio. Era Ezequiel Pérez, aquel simpático gordito *sanchezco*, montado en un burro. Se protegía del inclemente sol con un gran sombrero de palma, deshilachado por el uso y algo renegrido por la mugre de sus manos y el polvo de los caminos. Lucía un poblado y lacio bigote que le tapaba parte de la boca. Era conocido en toda la región por su talento nato y divertido para imitar a la perfección a casi todos los animales, así como por componer versos rimados casi al instante. De su hombro colgaba un gran cuerno de toro, mismo que utilizaba para reproducir alguno de los sonidos. Otros, los conseguía a pura garganta, o bien, emergían al soplar intermitentemente sobre diversas formas de sus manos. Se ganaba la vida de lo que le daba la gente a cambio de su gracia, aunque años después se supo, de su propia voz, que no era la única forma de sobrevivir, practicaba otras, no muy legales, por cierto. Nadie sabía dónde vivía, de la misma manera escurridiza que recalaba al pueblo, así mismo se esfumaba. Por los costados del animal, se divisaban algunas cacerolas y tres gallinas colgadas de las patas, que la gente le regalaba.

—Toma una batea, es de las que sirven *pa'* buscar oro, quien quite y te vaya bien y te dejes de andar del tingo al tango — dijo Emeterio.

— *¡Nooombre amigo!, esto no lo dejo, me hace muy feliz, no soy tan pendejo* — contestó Ezequiel, mientras se despedía con un ademán característico. Emeterio todavía pudo escuchar el *espero entiendas eso*, que Ezequiel gritó más adelante, dando continuidad a sus rimas.

Cuando Rosalía abrió los ojos, todavía tenía el rostro aletargado. Aun así, alcanzó a captar clarito como cantaba un gallo, era Ezequiel Pérez que se alejaba rumbo al río. Seguramente hacia otro de los poblados de la sierra. Se escuchaba el cantar de los grillos y chicharras, sin embargo, eso no le impidió captar el tropel de los caballos. Sobresaltada, levantó la cabeza. Fue cuando los divisó, pasaban por el camino, nunca despegaron la vista de la vieja casona.

— Desgraciados — pensó...Malditos — dijo.

Eran los secuaces de Abundio. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron entre el monte. Un odio profundo se albergó en su cabeza y un vuelco en el corazón le indicó que algo no andaba bien. Esa noche, como muchas otras, tampoco durmió. La pasó en vela, sentada en

la silla de madera, balanceándose sin dejar de pensar ni un solo instante en sus amados hijos. Emilio tenía ya catorce días preso de manera injusta. Misma cantidad de súplicas al tirano, con la esperanza de liberarlo. Más todo fue inútil.



Aquella madrugada, la desesperación superó a la poca cordura que aún le quedaba al muchacho. Tomó la fatídica decisión de escapar. Aprovechó un descuido del guardia, cuando, confiado, se acercó a la reja. Aprisionó su cuello y le giró bruscamente la cabeza, arrebatándole la vida y de paso, la llave de la celda. Para su mala fortuna, el ruido del cuerpo al caer alertó al resto de los gendarmes, quienes platicaban afuera. Abría apenas la puerta cuando irrumpieron. Alcanzó a derribar el primer tipo, pero no pudo esquivar el brutal culatazo del rifle, justo entre los ojos, que le propinó el segundo. Cegado y atolondrado por el descomunal golpe, ya no pudo defenderse. Le llovieron patadas y puñetazos sin piedad alguna. Lo golpearon con saña inaudita hasta que lo hicieron perder el sentido. Nunca despertó. Cuando los despiadados asesinos se percataron que su compañero estaba muerto, sin pensarlo dos veces, le incrustaron un tiro en la cabeza.



Eran las cinco de la mañana, los gallos cantaban sin cesar, la claridad del alba anunciaba el nuevo amanecer. Un amanecer sombrío inundado por una densa neblina. La atmósfera espesa impedía ver con claridad más allá de cinco metros. Fue en aquel instante cuando se escuchó el disparo. Rosalía despertó de su último letargo y empezó a llorar de nuevo. Pensó en su hijo, esta vez con un temor mucho más infundado. Se incorporó rápidamente y llamó insistentemente a su marido.

— *¿Oyites Emeterio? ¿Fue un balazo?* — Gritó. Emeterio salió del cuarto contiguo también con evidente cara de preocupación.

— Si mujer, vente, vamos a ver qué pasó — contestó. No fue necesario ir a ningún lado, precisamente, al abrir la puerta, escucharon el ruido de los cascos. Aunque el polvo y la neblina obstruían la visibilidad, pudieron captar las siluetas de la comitiva de rufianes que se acercaba

hacia la casa. Eloísa se adelantó desesperada cuando vio a su hermano ensangrentado, tirado en el suelo. Su madre la siguió apenas un segundo después. No daban crédito a lo que tenían frente a sus ojos.

La memoria de la niña albergó por el resto de sus días aquel repulsivo instante. Sus pequeños y espantados ojos observaron claramente el cuerpo inerte de su hermano Emilio. Nunca olvidó aquella deprimente escena. Las manchas de sangre en la ropa del muchacho denotaban su triste final. Lo arrojaron como puerco ahí a los pies de su familia.

—Trató de escapar, mató a uno de los guardias, los otros no tuvieron más remedio que defenderse — eso fue lo que dijeron, mientras encañonaban a un enfurecido Emeterio, manteniéndolo pasivo aún en contra de su voluntad. Un poco más allá, a prudente distancia, estaba aquel tirano. Callado, impasible, su mirada hipnótica observaba fijamente a la familia. Montaba a pelo un caballo negro, de crin abundante y esponjosa cola. El animal parecía inquieto, relinchaba repetidamente mucho más débil de lo acostumbrado. De vez en cuando emitía un resoplido cauteloso y removía con fuerza su cabeza.

Sus pistoleros tampoco se inmutaron ante los gritos y maldiciones de Rosalía. Quien, desesperada, daba rienda suelta a su pena. Con las rodillas restregadas en el escabroso terreno, estrujaba y abrazaba a Emilio, tratando de reanimarlo. En el ambiente podía percibirse la infinita tristeza de una madre al perder a su hijo.

Muchísimos años después, en el ocaso de su vida, Eloísa aún recordaba el rostro de aquel sujeto. Nunca olvidó aquella mirada retadora, insolente e incómoda.



Rosalía se agotó de tanto llorar, después permaneció callada, triste, sin derramar más lágrimas, mientras abrazaba a su hija. Emeterio se encargaba de los preparativos que en estos casos se hacen, cuando hay difunto de por medio.

Eran las cuatro de la tarde cuando ocurrió aquel misterioso suceso. La afligida mujer se tornó violenta, se levantó de repente y empujó a su hija. Arrojó a la pared cuanto objeto tuvo a su alcance. Lanzaba frecuentes escupitajos mientras escurría abundante espuma por la boca. Gritaba enfurecida y amenazaba con el cuchillo cebollero a quien osara acercarse. Desconoció de inmediato a su familia. La chiquilla lloraba desesperada. Se escudó atrás de su padre.

Emeterio hizo retroceder a la endemoniada mujer. Entre ademanes y gritos, trataba de hacerla volver a la cordura. Cuando logró que se metiera al cuarto, cerró rápidamente la puerta.

— *Ora* si se le metió el diablo — dijo. Tomó de la mano a la niña y corrieron rumbo a la iglesia, en busca del cura.

Cuando el prelado entró al cuarto, en su mano derecha apretaba con fuerza un crucifijo, con la mano izquierda sostenía una vieja biblia abierta. Rosalía estaba sentada en suelo con la ropa desgarrada y las manos manchadas de sangre debido a los arañazos en la pared. *En el nombre del Padre, del Hijo...* alcanzó a decir el sacerdote, mientras blandía el crucifijo. No pudo continuar, se quedó trabado, anonadado, al ver a la mujer cuando se levantó como resorte. Con increíble agilidad se puso de pie, tensa y amenazante. Casi al instante, todos pudieron ver cuando cayó de bruces, fulminada. Parecía levitar de furia cuando escuchó el *Jesús María y José* del religioso, quien procedió a leer un versículo en voz alta. Contaron después tal si fuera cierto, que lanzaba cucharas por la boca y levantaba la pesada mesa sin esfuerzo alguno.

Emeterio trató de reanimarla acercándole un trapo impregnado de alcohol a la nariz, no lo consiguió. Nunca pudo moverla, estaba increíblemente pesada. Lo único que logró fue ponerla de costado y colocarle una almohada en la cabeza. Durmió toda la noche bajo la permanente vigilancia de su marido quien sostenía a Eloísa dormida en su regazo. Por increíble que parezca, la susodicha señora se levantó muy temprano, preparó el café y les sirvió. Se había cambiado el vestido y se amarró unas chiras en los dedos más lastimados. Su mirada reflejaba tristeza cuando comentó.

— Anoche soñé algo muy feo, estoy segura de eso, pero por más que le hago la lucha de acordarme, nomás no. Por cierto, tiré el vestido porque estaba todo *rompido*, seguro fue por las espinas de las *varañas*. ¿Saben que andaba haciendo por allí? — dijo Rosalía. Eloísa y su padre se miraron, se hicieron los disimulados para no contestar. Nunca más se repitió otro episodio, al menos de esa magnitud. La mujer poco a poco rescató en su mente los sucesos del día anterior, en relación al asesinato de su hijo. Volvió más temprano que tarde a su angustiada realidad. Para la familia fue el día más largo que haya existido jamás en la historia del tiempo. Eran las seis de la tarde cuando llegaron con el ataúd. Lo velaron durante toda la noche. Los integrantes de la familia Godínez permanecieron ahí toda la vigilia. Aunque muchísima gente los acompañó, casi todos lo hicieron de manera intermitente.



Los rayos del sol de la mañana se asomaban cautelosos, rozaban apenas el manto verde de las montañas, cuando Emeterio, con el ánimo destrozado, subió a la vieja carreta un cajón de madera rústica con el cuerpo de su difunto hijo.

— Ni muerto lo dejaremos — dijo — perros asesinos — agregó.

Por esa razón cambiaron las cosas, aunque para mal. Al final tuvieron que irse, de la forma que menos les hubiese gustado. Mientras avanzaban por el pueblo, pasaron frente a la casa abandonada. En aquella vivienda Rosalía pasó su niñez y juventud junto a su familia. Desde ahí, pudo divisar sin problema el barro carcomido. Casi a la intemperie, se veía el molino aún erguido, lucía orgulloso, aunque oxidado; marcado de visibles *lagrimillas* de herrumbre. Distinguió las ollas desplomadas en pedazos, arrojadas de maleza. Allá estaba parte del horno, escondido entre las ramas crecidas. Todavía había indicios del montículo de boñiga, extraviado entre el monte. El techo de la casa estaba desprendido, sucio y sometido por el paso del tiempo. Cerró los ojos y, como si estuviera ahí, escuchó claramente sus propios gritos, su risa. Evocó los momentos felices, el barro, las ollas, su madre, su padre, mientras las lágrimas se escurrían por sus mejillas. Los fuertes ladridos del Oso la hicieron volver a la deprimente realidad.

El pueblo los perdió de vista hasta que se extraviaron en la lejanía. Hartos y tristes, bajaron por la abrupta cuesta, con una pesadísima carga de amargura, imposible de ocultar.

— *¿Pa' dónde vamos apa'?* — preguntó la chiquilla.

— *Pa'l norte, rumbo a la frontera, empezaremos de nuevo* — contestó.

— *¿Y qué haremos con él?* — insistió, desviando su mirada hacia la caja arrojada por una cobija, sin poder contener los sollozos.

— *Le daremos cristiana sepultura* — concluyó Emeterio.

Eloísa percibió un inmenso vacío en su interior. Muchos años después, en sus prolongados momentos de soledad, pudo entender de qué manera influyeron en su vida tales sucesos...y los que estaban por venir.

Se fueron de allí, en ajetreada y melancólica travesía, provocada y acrecentada por la pesadez mental del hijo muerto.



Un viejo rifle, dos bules de agua, una desgastada imagen de San Isidro Labrador y un baúl metálico visiblemente oxidado repleto de utensilios y herramientas, junto al féretro, eran todo el equipaje. En el carcomido asiento, a través del forro plastificado, se asomaban molestos pedazos de resorte, ahí en medio de las dos afligidas mujeres. Tuvieron que secar sus lágrimas y seguir adelante. Se tragaron el coraje y, con el afán de proteger a la niña, se marcharon para nunca regresar. Sin volver la vista atrás, sin arrepentimientos.

Emeterio arengaba al rocinante y resignado animal en múltiples ocasiones, con toda la intención de quebrantar su voluntad. El perro los seguía. Más adelante, decidieron subirlo a la carreta con el fin de protegerlo de los animales. Eloísa, mientras aprisionaba con la axila a su muñeca de trapo, lo amarró con una cuerda.

En aquellos tiempos, la región estaba conformada de un valle basto, nutrido de chollas y muchos otros ejemplares de especies similares. El camino era angosto, formado por las múltiples pisadas de las vacas, burros, mulas, caballos; así como por las llantas de las carretas. La maleza crecida lucía amenazante sobre la vereda. En ciertas partes se acercaban tanto, que, con ayuda del viento, parecían besarse al rozar sus ramas. Cientos de mariposas deambulaban sin rumbo fijo encima del ramaje. Eloísa las contaba cuando se quedó dormida. Podía distinguirse un sinnúmero de mezquites y ocotillos, desparramados por miles, sin misericordia, en toda la zona. Avergonzaban, sin inmutarse, al resto de la flora. No faltaban zonas boscosas de abundante vegetación.

Precisamente se adentraban en uno de estos bosques, cuando, de pronto, se dejó sentir aquel ambiente tenso, escueto. Tan silencioso, que solo se escuchaba el rechinado de la carreta, las lentas pisadas del potro y los latidos desbocados de los pasajeros. Se percibía un fortísimo olor a zorrillo. En ese instante se escuchó el imponente rugido que los tomó por sorpresa. Una desbandada de pájaros huyó atemorizada. Un conejo salió corriendo de entre los arbustos. Rosalía levantó la cabeza y Eloísa soltó el llanto. Emeterio movió la rienda incitando al caballo para apresurarse, mientras con su mano izquierda aprisionaba el viejo rifle.

— Es un oso, no atacará si no lo molestamos — dijo. Tratando de apaciguar a las mujeres.
— Aquí está el Oso — contestó la niña. Señalaba al perro. — Este, se llama Oso... aquel, es un oso — explicó su padre. Pronto se dieron cuenta que el agresivo animal los seguía a prudente

distancia. Dos kilómetros más adelante lo perdieron de vista. A lo lejos, se distinguían algunas montañas, presumían lo que parecían ser cascadas rocosas, *perimetradas* por un sinnúmero de arbustos incrustados en sus tristes y agrisadas peñas. Algunas abruptas faldas de los cerros parecían tragar hilillos de agua, mismos que vomitaban más abajo, emergían de las rocas empotradas en el suelo. los viajeros, aprovechaban estos caprichos naturales para saciar su sed y rellenar los bules.

Sin queja alguna, a pesar del abrasante sol que los atosigaba, avanzaron decididos, resignados, como conejo en cautiverio. Entre tumbos y tumbos de la carreta, conscientes de no tener otra opción, se sobrepusieron al miedo provocado por los constantes aullidos de los coyotes.



Bajaban una pequeña pendiente, cuando divisaron la cabeza de una liebre que sobresalía sobre un matorral seco, aferrado a una cholla de gran tamaño. La colosal sombra del animal se proyectaba amenazante hasta el otro lado del camino. Un poco más adelante, rodearon unas gigantescas rocas. Fue cuando se encontraron con los de la Acordada.

— Solo es una familia — los escucharon decir.

— ¡Sooooo! — ordenó Emeterio al caballo, mientras jalaba las riendas.

— Buenas tardes. ¿Qué *train* por ahí? ¿Armas? ¿Licor? — preguntó quién parecía ser el jefe. Señaló hacia el baúl y el bulto cubierto por la cobija.

— Es herramienta de trabajo y un ataúd — contestó Emeterio. Un tirón fue suficiente para poner la caja al descubierto. — Es mi hijo — agregó. Mostró es ese momento el documento donde se autorizaba el traslado del difunto. El oficial solo le echó un vistazo, sin tocarlo siquiera.

— Lo sentimos...sigan su camino. De todas formas, les recomiendo que pasen con el comisario de este pueblo.

— ¿Estamos cerca? — preguntó Emeterio.

— En *rebuzno y medio* llegan — contestó el policía.

En efecto, apenas cruzaron un pequeño arroyo de caudal modesto, cuando divisaron la iglesia. Con evidente dificultad, la niña intentaba peinarse. Su carita mostraba un rictus de dolor cuando pasó el peine, varias veces, por su enmarañado pelo. Rosalía solamente lo amarró

formando una clásica cola. Entraron al pueblo por el polvoriento camino principal a través de una larga alameda que parecía interminable. Colosales árboles que custodiaban y arropaban cada una de las casas, tal como si fueran fieles y gigantescos centinelas. De inmediato llamaron la atención. En segundos se corrió la voz por todo el pueblo.

— *Traín* un cajón de muerto — un esparcido rumor tomó forma. Las mujeres se asomaban por las ventanas y los chiquillos que jugaban afuera de las casas, se quedaron absortos, curiosos, mientras miraban a los sorprendidos forasteros.

— ¿Nos quedamos aquí?, se siente tranquilo — cuestionó Emeterio.

— Es mejor irnos a la frontera, acuérdate que mi hermano Eliseo vive por allá, él nos podrá ayudar — contestó Rosalía.

La comisaría se ubicaba exactamente enseguida de la iglesia. Una parte de este sacrílego lugar lucía en escombros. El campanario, intacto, mostraba todavía orgulloso a su arrogante campana, en buen estado. La jefatura era una casa grande, con paredes de adobe y techo de teja. Tenía un largo portal, adornado de infinidad de macetas. Casi todas lucían hermosísimas y diversas flores. Se divisaban dos puertas, una con acceso a la vivienda, la otra, al recinto oficial. En la parte superior de este último, podía leerse con claridad, COMISARÍA, con letras de madera, pintadas de cal.

Para su sorpresa, fueron recibidos de forma cordial por el comisario. Estaba sentado afuera, cuando llegaron.

— Está *ansina* desde el gran terremoto, hasta por aquí nos llegó. No hemos podido completar *pa'* reconstruirlo. Como de no creerse, pero a veces, esa campana suena sola. Fuerte, como si la movieran con ganas, — dijo, cuando notó que miraban, con cierto asombro, el santo lugar deteriorado.

La amable señora de la casa los invitó a comer. Disfrutaron con avidez un succulento plato de frijoles recién cocidos, con chiltepín, cuajada fresca y tortillas de harina recién hechas. Mientras, el caballo devoraba un manojo de alfalfa y el perro se empecinaba en acabarse una vasija llena de *machigue*, exquisita mezcla de la comida sobrante. Reposaban la comida, cuando el funcionario les entregó un documento donde daba seguimiento legal al caso del difunto.

— Con esto podrán sepultarlo donde ustedes quieran, sin problema alguno — aseguró. Agradecieron tan distinguido gesto, llenaron sus bules de agua fresca y se marcharon.

— Ya falta poco — dijo Emeterio. Y prosiguieron su camino rumbo al norte.

Apenas pasaron por una senda arropada de alto pastizal, cuando se encontraron con una recua de jabalíes que cruzaba el camino. El perro ladraba enojado desde arriba del carretón. El jefe de la manada permaneció erguido, amenazante, erizado. No se movió del sendero hasta que todos sus protegidos se perdieron en el monte. Fue entonces que el protector cerdo salvaje siguió a los suyos, muy ufano. Avanzaban apenas un kilómetro cuando el chucho saltó. Corrió envalentonado tras los silvestres cerdos. Nunca se dieron cuenta que había zafado su cabeza de la cuerda. Jamás volvieron a verlo.



El sol se miraba sentadito en el cerro, eructaba débilmente sus últimos rayos del día en el instante que escucharon el escandaloso rebuzno de un burro, seguido por los ladridos de los perros que ya habían olfateado su presencia. Al llegar a la cima de la pequeña loma, divisaron el caserío, apenas conformado por siete viviendas.

Los rancheros que allí vivían llegaron años atrás para trabajar en una compañía extranjera instalada muy cerca de la frontera, al otro lado de la mojonera y del endeble cerco de alambre, que delimitaba los dos países. Por la época en que arribó la familia García Arriaga, los fundadores de la comunidad, ya tenían suficientes cabezas de ganado, como para permitirse comercializar con carne y leche, además, cultivaban maíz, frijol, cacahuate y garbanzo... también hortalizas y árboles frutales.

Por esos tiempos, en aquella zona, existía una inmensa arboleda. El río presumía gran cantidad de agua. Llovía mucho, tanto que se respiraba un aire denso, impregnado de humedad. Un fenómeno bastante frecuente, de tal manera, que la gente decía tener la sensación de vivir bajo el agua. Solo faltaban las branquias para confirmarlo. Muchísimos años después, tristemente, dicho afluente se volvió lento, cansado, situación propiciada por el arrastre vergonzoso de los desechos habitacionales e industriales. La maleza impregnada de mierda y algo más, favorecía el deprimente avance, tal si fuera el alma en pena, de un atribulado escarabajo.

Fue allí, por la ligera pendiente donde bajaron muy despacio, en apariencia, con excesiva precaución, como los pies descalzos que le temen a las espinas. Emeterio maniobraba las riendas del caballo con mucha cautela. Y no era para menos, con suma frecuencia, las piedras

sueñas hacían resbalar las gastadas llantas de la carreta. Apenas se aproximaban a la primera casa, cuando Eliseo, cuñado de Emeterio, salió al encuentro. Mientras preguntaba, se apresuró a socorrerlos. Rezaron un rato, después se dirigieron al oriente hasta llegar al supuesto cementerio, donde, por cierto, ya se divisaba una tumba. Una cruz y un montículo de piedras lo evidenciaban.

Un perro gigante seguía a los recién llegados. Ladraba con insistencia y olfateaba el difunto con evidente curiosidad. Una multitud de moscas curioseaba el cajón cuando lo bajaron al pozo recién cavado. El desagradable zumbido de sus aleteos ponía de mal humor a cualquiera. Ahí lo enterraron, junto con sus escasas pertenencias personales, un molcajete con agua y una pequeña porción de pinole, como era costumbre. Fue el segundo inquilino del que sería, con el paso del tiempo, el primer cementerio oficial del pueblo. El tiempo consumía la mitad del mes de julio, el calor era intenso, atosigante, prueba clara y contundente de que la canícula asolaba la región.



Apenas unos días después, Emeterio cercó el terreno de al lado y se dispuso a construir la que sería su nueva morada.

— ¿Estas tierras tienen dueño? — preguntó.

— Eso dicen, veremos después que pasa — contestó Eliseo.

Fue apenas la vivienda número ocho. Una pequeña casucha conformada por una sola pieza. El techo estaba cubierto con lámina de cartón negro, sostenido por paredes levantadas a base de adobe. Seguía, en parte, la tradición de sus ancestros. La puerta principal se orientaba hacia el este, por lo que diariamente, el interior de la casa recibía el tibio sol de la mañana.

Al fondo del patio estaba la fosa séptica; tabloncillos de madera dispuestas en forma paralela cubrían el piso interior. Crujían por efecto del peso, de tal forma, que ponían los nervios de punta al obligado visitante. Encima, estaba empotrado el retrete, el cual, solo consistía en un pequeño cajón rectangular. Las paredes exteriores del cuartucho eran de cartón; la puerta, una indiferente cortina de tela, zangoloteada por el viento, lo que forzaba al usuario a mantenerla quieta, aprisionándola con una de sus manos, mientras el *trono* le concedía temporal alojamiento.

En el centro del corral, una frondosa *piocha apapachaba* un rústico lavadero de piedra. A su derecha, se distinguía un tambo plastificado, grande, rebosante de agua, casi siempre.



— **Hija**, siéntate aquí, hay mucho *quehacer* — dijo Rosalía.

— *Orita ma*, quiero jugar — contestó la chiquilla.

— Qué *orita* ni que la chingada, ven *pa'* que me ayudes, *primero el deber y después el placer...* y no me vuelvas a contestar de esa manera — reaccionó su madre. — ¿Qué es *placer ma'*? — cuestionó Eloísa. — Ya lo verás, ya lo sabrás, *ora* hay que trabajar — contestó.

Recargada a la pared de la casa, en la parte posterior, podía verse una larga banca de madera con patas en forma de “*y griega*” invertida. Allí se sentaron. Emeterio retomó su antiguo oficio; fabricar cucharas, molinillos y bateas. Rosalía aprovechó las enseñanzas de su difunta madre. Con la ayuda de Eloísa, se dedicó al bello arte de la alfarería; ollas, jarros y apastes, principalmente. Apenas al otro lado del cerco, por el entramado de ocotillo, se divisaba a Eliseo. Después de la cotidiana labor, elaboraba cestos, sombreros, petates y tortilleras a base de palmilla entretejida.



— **Agarra** la puerta chamaca, arrejúntala y entretenla en la pared, mientras pasamos esta cochinada — ordenó Emeterio.

Eloísa se sorprendió cuando aquel día entraron a empellones, las tablas chocaban con la puerta y la espalda de Emeterio se restregó en la pared lo más que pudo, para dar paso preferente a la cama carcomida de comejenes que les regaló Francisco Ramírez Rueda, el popular Don Pancho, un vecino de enfrente.

— *Pon* la cabecera *pal'* otro lado, las patas van *pa'* dentro cuando uno se acuesta...acuérdate que los difuntitos salen con los pies hacia fuera. Si la dejas así, es como si invitaras a la calaca *pa'* que venga por ti — dijo Rosalía.

— Te salió en verso — dijo Emeterio. — Son puras ideas de la gente, pero será como tú digas...da lo mismo — agregó.

Esa noche, después de mucho tiempo, los esposos durmieron de nuevo en una cama. Eloísa durmió en el catre de jarcia. En minutos, Emeterio fue vencido por el cansancio, disfrutó de un sueño profundo, no despertó hasta el amanecer. Rosalía pasó una noche complicada, un recurrente acceso de tos la despertó cerca de la media noche, batalló para volver a conciliar el sueño, dormía y despertaba por lo menos cada cinco minutos...hasta que se quedó profundamente dormida.

Lo recordó perfectamente por la mañana, aseguró haber tenido un sueño turbador, dijo haber escuchado amenazantes golpes en la puerta, oyó con claridad aquellos quejidos dolorosos y escalofriantes. Un clamor inquietante, profundamente triste, sin consuelo, que parecía perderse en la noche. — Así merito, como dice la gente que llora un alma en pena — contaba después. — No lograba abrir los ojos, podía jurar que estaba despierta. Apreté los párpados con fuerza, los sentía pegados, atrapados — ¡Emeteriooo, Eloísaaa, Emiliooo, Emilianooo! — les grité, según mi parecer, pero después me di cuenta de que no me salía voz. Intenté inútilmente de moverte. Me sentía atada, inmóvil. Fue cuando te escuché. — Vieja, Vieja — me decías — Sentí que me empujaste el hombro y removiste mi cabello. Más tarde se oyó cuando los gallos gritaban al mundo el arribo del nuevo día. Un misterioso murmullo se arrastraba con el amanecer. A partir de aquel momento lo afirmó con certeza plena. Nunca le quitaron aquella idea de la cabeza — Era el mismísimo satanás — aseguró, sin dudarle ni un momento. — El diablo despierta a los muertos *pa'* que asusten a la gente. Ha de ser *mi hijo* que deambula sin descanso. Nos culpa por no prevenir su muerte — afirmó siempre. — Tanta *pensadera* te volverá loca mujer. Mal duermes, mal comes y hasta mal piensas. No haces ninguna de esas cosas como Dios manda, — interrumpió su marido. — Por eso digo que se te alocó la cabeza con tanta tontería — Insistió Emeterio, encorajinado como en cada ocasión que se abordaba el tema. Era un sentimiento de impotencia y preocupación por la salud de su esposa. Le quería sacar esas ideas de la cabeza. Por desgracia, fue inútil, no lo logró, por más lucha que le hacía. Rosalía caía en frecuentes y cada vez más prolongados episodios depresivos. — Ya déjalo ir mujer, no va a volver, aunque te desgares el alma. Hay que ver *pa'* delante, por tu hija, por tu familia, por ti misma — dijo Emeterio.

— Kak osichi — musitó Rosalía. — Si, era muy joven todavía — replicó Emeterio, también en lenguaje ópata y la abrazó con ternura.

— ¿Te arrepientes? — ¿De qué? — De haberte casado conmigo — No. Se vive cuando se ama...y yo estoy vivo porque te amo — concluyó Emeterio. Rosalía sonrió apenas, o, al menos, fue lo que intentó. Entonces comprendió que había empezado a amarlo.

Emeterio cerró los ojos y la vio sonreír, franca. Así, igualito como el primer día, cuando tuvo la dicha de conocerla.



Al paso del tiempo, fue transformándose poco a poco en un espectro sucio y maloliente. Podía verse su pelo puerco y alborotado. Tan enmarañado, que resultaba imposible pasarle la peineta, sin romperla. Aquella mañana, en uno de sus acostumbrados desvaríos, Rosalía emprendió una larga caminata por el monte y, cuando el cansancio la atrapó y el hambre la atosigó, se sentó a descansar bajo la sombra de un árbol, encima de la maleza. Un chapulín se acercó entre salto y salto hasta pararse encima de una hoja de girasol, ahí frente a sus ojos. Bastó un rápido y certero movimiento para atraparlo. Voraz, lo consumió con todo y extremidades, después, cazó otro insecto, luego otro y otro más, mismos que corrieron la misma suerte. De esa manera logró saciar su apetito. Apenas recuperó energía, deambuló de nuevo. Más tarde regresó a la casa. Cuando su hija la divisó, observó algo raro en su mano, al acercarse, pudo ver uno de aquellos animales, apachurrado, todavía con signos vitales. Por la noche, en uno de sus momentos lúcidos, cada vez menos frecuentes, Rosalía increpó a su marido, culpándolo de la muerte de su chamaco, como lo hacía en muchas ocasiones, en estas circunstancias. — Nunca me hiciste caso, muchas veces te decía que nos *juéramos* — reclamó, mientras las lágrimas se escurrían por sus mejillas. Su histeria se prolongó durante un buen rato, después, visiblemente agotada, se sentó en el suelo, recargada en la pared y las piernas recogidas. Restregó su frente en las rodillas. Recogía puños de tierra uno tras otro y los lanzaba con cierto dejo de frustración. — Solo la muerte puede hacer que mi dolor se acabe. — Murmuró. Eso no impidió que su marido la escuchara perfectamente. — ¡Cállate la boca mujer, tu hija te necesita! — reaccionó Emeterio. — Piensa en lo que tienes y ya deja de pensar en lo que no tienes — insistió, muy acongojado. Rosalía se levantó, denotaba una actitud molesta. Sacudió levemente su ropa y se encaminó a la puerta. Fue cuando recuperó su acostumbrada demencia. — ¡El demonio ha estado aquí, ha venido a buscarme, hay rete harto olor a azufre! — gritó con fuerza. Se tapó la nariz y concavidad bucal

con la palma de su mano izquierda. Su mano derecha señaló insistentemente hacia el interior de la casa. Eloísa se asustó. La convicción de su madre le provocó un intenso temor. El pánico la orilló a salir en busca a su padre. Los gritos de Rosalía fueron escuchados por los vecinos, quienes también se amedrentaron; y es que lo decía con tan increíble certidumbre, que cualquiera podría percibir, sin dudarlo, el inquietante olor a satanás. Emeterio le preparó una infusión de manzanilla y cáscaras de naranja entre otras ramas del monte. Fallido intento por calmar su ansiedad. Buscaba la forma de esfumar sus malos pensamientos. Aquellos que la empujaban hacia el abismo más oscuro de su masa cerebral. Juicios adversos con tinte suicida que la aguijonaban cada vez más. La convencia de tomarlos, su amorosa paciencia entraba en juego. Desgraciadamente, nunca llegó el efecto esperado. Muchos años después, cuando la ciencia médica se abrió paso, la familia pudo saber que los síntomas que Rosalía evidenciaba correspondían casi en su totalidad, a los de una persona esquizofrénica. Esto, agregado a la profunda tristeza provocada por la muerte de Emilio y la creciente incertidumbre por la prolongada ausencia de Emiliano, acabó irremediabilmente con su vida.



Cerró sus ojos y respiró hondo...lento, intenso. Y se dejó acariciar por el susurrante aire fresco de la mañana. — Huele a azufre — murmuró. Esta vez inhaló dos o tres veces, disfrutó el aroma. Abrió los brazos, apretó los puños con fuerza y su mente distorsionada permitió que sus ojos pudiesen ver la imagen nítida de Emilio, quien lucía notablemente feliz, mientras corría a su encuentro. — Hijo — musitó Rosalía. Avanzó apenas un paso, esperaba el amoroso abrazo de su difunto vástago, cuando se entregó al abismo. Un risco casi vertical la vio pasar y las grietas del cerro parecían abrirse tal como se dilatan las espantadas pupilas. Su cabeza chocó con un obstáculo rocoso veinte metros abajo. Ya estaba muerta cuando rebotó, precipitándose más allá, al fondo de la gruta, donde la esperaba un sinnúmero de piedras puntiagudas, mortales, quienes se encargaron de completar la mortífera faena. Una multitud de pericos, cuervos y guacamayas fueron sorprendidos mientras dormitaban entre las ramas. De forma atropellada, uno a uno revoloteó asustado, mientras huían hasta posarse en lo más alto de los árboles, alejándose lo más posible del origen del ruido. Macabros canturreos se escucharon en el mismo instante del choque letal contra las rocas. Un eco ahogado, corto, se consumió sin aspavientos por el

recoveco de la montaña. Días después, la culminación de la búsqueda desencadenó en un episodio extremadamente triste. Desde muy lejos, Emeterio divisó a los zopilotes que sobrevolaban el promontorio. Fue cuando su corazón dio un vuelco retorcido y doloroso. — Es Rosalía — dijo. Un llanto conmovedor se confundía con el incesante canto de los cuervos. — Allí hay un bulto — dijo Emeterio, mientras señalaba hacia los arbustos. — Pues yo no veo nada — contestó Eliseo. — Está metido entre las piedras. Sí, la puedo ver. Esos pedazos de trapo son del vestido que *traiba* cuando salió de la casa. Es ella. O lo que queda, los animales ya se comieron una parte. Tanto que le dije. Déjate de cosas. Nunca hizo caso... todo se le hacía saliva — balbuceaba Emeterio, afligido y confuso por el fatal desenlace. Mientras espantaba a los buitres, desesperado, sin poder aún asimilar la tragedia. — *Pos ni modo, ya no hay nada que hacer...no juntes nada, voy por alguien pa' que atestigüe* — explicó Eliseo. Corrió en dirección al pueblo. No tardó mucho. Regresó acompañado de don Pancho. *Siendo el día 27 del mes de julio del año 1898, se encontró remanente cadavérico perteneciente a la señora Rosalía Arriaga, se procedió a su velatorio y cristiana sepultura. Este papel será celosamente guardado por la familia de la difunta, para cualquier aclaración solicitada, de parte de futuras autoridades. Causa de muerte: suicidio. Firman: Eliseo Arriaga (hermano de la difunta), Emeterio García (marido de la difunta) y Francisco Ramírez (Testigo de los hechos).* Podía leerse en el escrito que firmaron, redactado por Eliseo. Cabe recalcar que en esos tiempos no existía autoridad que diera fe de tan desagradables situaciones. — Hay que juntar lo que se pueda *pa'* darle sepultura — dijo Eliseo, con sus ojos empapados de lágrimas. Los sollozos atraparon a Emeterio, mientras ayudaba en la recopilación de los fragmentos. Un rato después abrigaba con ternura el remanente cadavérico, envuelto en la jarcia. Colocaron el bulto sobre la silla del caballo y se encaminaron a la casa de Eliseo. Fue el curandero del pueblo quien le ayudó a preparar lo que quedaba del cuerpo.



Despertó asustada. Una corriente de aire cerró bruscamente la ventana. El pelo se le alborotó y le cayó sobre el rostro. El sol ya se había ocultado entre los cerros. Casi oscurecía. Se había quedado dormida en la silla. Tal como en muchas ocasiones lo hacía su madre. Tenía una taza vacía en su mano, aún aromatizada de café. El ambiente parecía tener un olor azufrado. Su

memoria escondía fragmentos de un sueño inquieto. Divisó al gato escondido abajo del esquinero. Su mente recuperó la lucidez. Con un leve esfuerzo devolvió a la silla su posición correcta. Escudriñó el contexto y pudo verse a sí misma sentada en la silla endeble de madera, en su mano izquierda tenía la taza, inclinada, sostenida de puro milagro de su dedo pulgar. Aún la sentía tibia y a punto de soltarla. Alcanzó a ver como una última gota de café se estampó en el rostro del gato, quien se había acercado sigiloso, mientras la miraba fijamente... interrogante. Sacudió la peluda testa y corrió asustado hasta detenerse allá abajo de la mesa. Eloísa se incorporó. En ese momento recordó. Esa tarde, cuando se disponía a recalentar el café se preguntaba dónde podría estar su madre. Pensaba en ella, mientras divisaba por la ventana. No era la primera vez, en los últimos días las ausencias de la señora eran más frecuentes y prolongadas. Permaneció ahí durante largo rato mientras observaba como caían las hojas amarillas de la boscosa *piocha*. Curiosa, no las perdía de vista mientras eran estrujadas de manera caprichosa por las corrientes de aire, hasta que se posaban delicadamente en el suelo. En eso estaba, ensimismada, pensativa; cuando se percató que el vapor caliente de la cafetera se abría paso hacia el exterior del recipiente. Llenó una taza y se sentó en la primera silla que se le atravesó. No supo cuando tiempo permaneció dormida. Soñó que estaba inmersa en un denso ambiente, atosigante. El gato maullaba con inusitada insistencia. Lloriqueaba muy bajito, no se sabía con claridad si denotaba tristeza o estaba muy asustado, lo que hacía aún más misterioso el momento. Clarito se notó cuando empujaron la puerta, aunque muy despacito. A medida que la abertura se ensanchaba, podía escucharse un rechinado prolongado y lúgubre. Al mismo tiempo, una sombra se alargaba cada vez más hacia el interior del cuchitril. Cuando el extraño visitante entró a la casa, la chiquilla sintió un pequeño salto en su nobel corazón. Sin embargo, de inmediato se tranquilizó. Era Rosalía, su madre. — Aquí huele a azufre — dijo, al entrar. Esta vez sin aspavientos, contrario a su costumbre. El gato seguía inquieto. Escondió la cola entre sus patas. Miró a la señora y reculó espantado, hasta replegarse en la pared. Una pared carcomida, castigada sin remordimiento alguno por las constantes rascadas y arañazos de Rosalía. Disfrutaba intensamente de su aroma y sabor, varias veces al día. — Estás muy rara *ma'*... ¿Dónde estabas? Preguntó la chiquilla. — Vagaba por ahí — contestó. — Mi papá te ha buscado mucho, está preocupado por ti. — Ya lo vi, platicamos...tengo que irme, alguien me espera, cuídate mucho — le dijo. Fue un dificultoso murmullo, debido al denticular golpeteo. Era una voz débil, cargada de misterio. Una vocecita cansada y tenebrosa, endeble, como si viniera

de muy lejos. Apenas se escuchaba, como si a fuerzas la trajera el viento, arrastrándola de sus ajetreadas patas. Su rostro, demacrado y cadavérico, denotaba una inmensa nostalgia. Una piel tan blanca y transparente, que los rayos del sol que se deslizaban por las rendijas de la puerta atravesaron su cuerpo sin esfuerzo alguno. Sus ojos parecían estar cerrados, no obstante, era indudable que el sentido de la vista estaba intacto. Fue más que evidente, Eloísa vio cuando levantó su pierna para esquivar el saco de papas que estaba recostado en el suelo, con el propósito de alcanzar la silla. Rosalía se sentó, casi al instante quedó atrapada en una fuerte *temblorina* que la obligó a castañear sus dientes. — Tienes frío, el café caliente te hará bien — dijo Eloísa. La chiquilla desvió apenas la vista cuando escuchó los pasos. Volteó rápidamente, quedó petrificada, pasmada. Divisó a su madre tomada de la mano de Emilio, su hermano muerto, mientras se alejaban. Voltearon al mismo tiempo, parecían decir adiós con la mirada. Los vio flotar, como las arañas caminan sobre al agua. Sin noción del tiempo, permaneció ahí. Nunca se percató que la taza *seguía aferrada de su mano*. El hirviente líquido se derramó en su piel y ni siquiera se inmutó. El micho se restregó entre sus tobillos, olfateaba la humedad del café que aún permanecía en el suelo. No pudo evitar un pequeño estremecimiento. La puerta cerró de golpe. Fue en aquel momento, cuando despertó. Eloísa pasó la palma de su mano derecha sobre su rostro y de inmediato retalló su pelo hacia atrás, dos veces. Se acercó a la ventana. Fue cuando escuchó el crepitar de las hojas, como un chasquido de la leña que arde. Era el crujido de las pisadas de su padre sobre la alfombra árida de hojuelas y ramas de los árboles. Aunque el cristal lucía empolvado, pudo divisarlo cuando se acercaba a la vivienda. Con el rostro afligido, le contó que Rosalía estaba muerta. — La encontré en el fondo de los riscos — dijo. Cuatro días habían transcurrido desde que la señora salió de la casa, dizque a vender unos canastos. Nunca regresó. Un estremecimiento inundó el cuerpo de la niña. Lloró durante un buen rato. De repente, se le vino de golpe, se quedó absorta, abrumada. Fue cuando comprendió todo. Su madre, ya muerta, había regresado a visitarla, con la única intención de despedirse. Esa noche, el viento sopló con fuerza, implacable, despiadado contra el mundo. Se escuchaba un zumbido permanente que se acrecentó hasta el amanecer.



Al siguiente día, por la tarde, el improvisado panteón la recibió. Ahí, en el mismo lugar donde años atrás sepultaron a Emilio, su hijo. La gente se fue, Emeterio, desconsolado, no despegaba la vista de la tumba. Un lúgubre y prolongado suspiro emergió de su pecho. Retrocedió dos o tres pasos y se sentó en el suelo, arropado por la sombra de un mezquite. Permaneció ahí durante un buen rato. Un poco más allá se distinguía un nogal completamente seco, tenía un hueco por el cual, una simpática ardilla, se asomaba sigilosa. Al mismo tiempo, metros arriba, un terco pájaro carpintero luchaba por perforarlo. En aquel instante emergieron de su mente los trágicos acontecimientos de su trajinada vida. Su parcela perdida, su casa abandonada, el detestable Abundio, la ausencia de Emiliano, la muerte de Emilio, la locura de su mujer...ahora muerta. Fue entonces que volvió a la realidad. La imagen de su hija regresó a su mente. — Mi niña, mi valioso tesoro, lo único que me queda — murmuró, afligido. Hasta ese momento comprendió cuanta falta le hacía a la chiquilla. Atrapado en su trabajo y las preocupaciones por la salud de su mujer, descuidó a su pequeña. Ensimismado en sus pensamientos, sin planearlo siquiera, se quedó dormido. Soñó a sus hijos muy pequeños, instantes después ya habían crecido. Jugaban con Eloísa, tomaban sus manitas y la balanceaban en el aire, mientras ella no paraba de reír. Pudo distinguir como las ráfagas de viento descubrían sus almas. Aunque nunca logró ver el rostro de los muchachos, notó como de uno de ellos emergía un aura blanca, subía despacio y se suspendía un momento, después desaparecía en la inmensidad del cielo. Comprendió de inmediato que su hijo ausente estaba vivo. Despertó cuando sintió que los rayos del sol se escurrieron entre las hojas del árbol y lastimaron sus deshidratadas pupilas. Se levantó, echó el último vistazo a la tumba de su amada y enfiló hacia la casa. Subió por la colina, rodeó el acantilado y bajó despacio la pendiente. Estaba distraído cuando llegó al llano, por esa razón no pudo evitar tropezarse con una espinosa choya. —*Pinchi* planta de mierda — dijo. En ese momento escuchó los ladridos de *Chaleco*, el perro de su cuñado. El fiel animal corría a su encuentro, el insistente movimiento de la esponjosa cola y su brillante mirada, denotaban su felicidad. Escapó del corral, su amo lo había encerrado con la intención de proteger a las gallinas del asedio de los coyotes, mientras buscaba a su hermana. Era un imponente San Bernardo de color café claro, resaltaban su nariz y las orejas por su color negro intenso. Presumía una mancha blanca en su frente, tal si fuese un corazón mal dibujado. Sus gigantescas extremidades eran

también blancas, de las rodillas hacia abajo. El brusco y cariñoso animal brincó exaltado y puso sus grandes patas delanteras en el pecho de Emeterio. Lo derribó en el césped con suma facilidad y le impregnó de saliva el rostro, lamiéndolo una y otra vez. Esto fue apenas suficiente para lograr que su afligida cara, evidenciara una mueca, muy parecida a una sonrisa. — Chita gue — murmuró... Perro grande — repitió. Era un hombre alto, fortachón, de excelente condición física e incuestionable lealtad con su familia. Cualquiera podía asegurar que se trataba de un ópata, sin temor a equivocarse. Usaba siempre sombrero negro y un almidonado pantalón de campana. El tiempo le curó las heridas de amor. Gozaba de amores furtivos, efímeros, aunque siempre pensaba en Rosalía, como si le pidiera permiso. Despertaba a la hiena de vez en cuando, después, era necesario resucitarla. Hasta que cayó en el hartazgo. Dejó que sus fuerzas se debilitaran y abandonó a su suerte a la lombriz panteonera. Después llegaron los temidos tiempos en los que, casi siempre en sueños, aquel animalejo, escarbaba y vomitaba sus propias inmundicias.



El *Chaleco*, perro increíblemente fiel, dado su historial de sobrevivencia; llegó a la casa de Eliseo meses atrás, en circunstancias muy tristes. La vida del cachorro comenzó bajo el cuidado de una de las pocas familias que vivían en la pequeña comunidad. Alejandrina, era la única descendiente. Una primorosa jovencita de finísimas facciones, sin duda hermosa. Sobre todo, educada, de exquisitas costumbres. A los ojos de la gente todo era dicha y felicidad con la familia. Sin embargo, el perro nunca falta, Alejandrina se enamoró del hombre equivocado, según la percepción de sus padres. El argumento más sólido para respaldar su rechazo era la dependencia del alcohol del mencionado galán. Como era de esperarse, los padres de la joven estaban en total desacuerdo con dicha relación. Por el contrario, como suele suceder en casi todos estos casos, entre más se lo prohibían, más se encaprichaba. El sujeto en cuestión, dueño del corazón de la muchacha, era nada más y nada menos que Eliseo Arriaga, el hermano de Rosalía. Esta situación llegó a extremos insospechados, de tal manera, que, en cierta ocasión, ya con la desesperación más que evidente, la señora, muy molesta e intolerante; increpó a su hija. Ofuscada, escupió una andanada de palabras hirientes e inesperadas maldiciones. — Prefiero verte tendida con cuatro velas que de novia con ese desgraciado — gritó, mientras

señalaba con furia a su empecinada hija. Fue cuando sintió un fuerte latigazo en su pecho. La maldición pronunciada hizo eco en su arrepentido cerebro y descendió sin control hasta su corazón. Percibió un intenso deseo de disculparse, deseo que se disipó de inmediato, cuando divisó a su hija cerrar de manera brusca la puerta de su habitación. Una vez más la reprimenda verbal no funcionó. Fue inútil, el amor encontró nuevos argumentos, imposibles de objetar. La obstinada jovencita siguió imperturbable. Aprovechaba cualquier oportunidad para escurrirse por la ventana al menor descuido de sus padres, muy a pesar de la prohibición. Aquella mañana, Alejandrina se levantó de la cama muy temprano. Sentía molestos hormigueos en sus manos y agobiantes e intensos dolores en los huesos. — Me siento muy mal — dijo. — Te he dicho mil veces que no salgas recién bañada, el cuerpo limpio jala las enfermedades — la reprendió su madre. — Y, por si fuera poco, te acuestas con el pelo mojado — insistió. Lo que al inicio parecía un achaque sin importancia, al paso de los días, fue agravándose. La fiebre no cedía. La falta de apetito y evidente palidez de la chica tenía a sus padres notablemente asustados. Dos semanas más tarde, la situación no mejoraba ni un ápice. Entre la poca gente que entonces vivía en aquel lugar, se regó la noticia del deplorable estado de salud de la muchacha. Llegó a oídos de Eliseo, quien, desesperado, se presentó aquella mañana muy temprano. Armado de valor se plantó en la entrada y golpeó con sus nudillos la puerta de la casa. En cuanto abrieron, pudo ver el rostro encolerizado del padre, quien lo miraba con clara intención de torcerle el cuello. — ¡Lárgate, no quiero verte por aquí! — gritó el viejo, encolerizado. Fue cuando Eliseo escuchó la pausada voz de la señora. — Déjalo entrar, nuestra hija lo necesita. Veinticinco días después, el aspecto físico de la muchacha delataba el eminente final. El ayuno extremo cobraba factura. Lucía un rostro demacrado, seco, descarnado; con la piel untada en los huesos. El poco alimento que consumía era vomitado de inmediato. Se valieron de diferentes menjurjes para intentar reanimarla, recomendados por el curandero de la pequeña comunidad, única persona reconocida de *curamales*. Por desgracia, no pudo hacer nada por la chamaca. Una triste y fatídica tarde, cuando el mes de abril pisaba su punto medio, Alejandrina, el único y eterno amor de Eliseo, pasó a mejor vida. Ahí permaneció durante todo el velorio, parado frente a un ataúd de madera rústica, escoltado por cuatro velas encendidas. Nunca más se enamoró. Nunca más, en el resto de su existencia, probó de nuevo el licor. El tiempo compasivo escondió sus garras, la fidelidad de Eliseo trascendió más allá de lo imaginado. Probó el pecado del sexo sin amor dos o tres veces en su vida, ocasional, solo para no morir sin saber lo que se sentía. Por otro lado, una profunda

depresión fue apoderándose de la madre de Alejandrina, intensificada cada vez más con el paso del tiempo. Nunca pudo superarlo, estaba convencida que el fatal desenlace era derivado de su desafortunada maldición. El deceso de su hija parecía probar dicha teoría. — La desgracia caerá sobre nosotros tarde o temprano, nunca podremos vivir en paz — decía frecuentemente. Un día, presa de remordimientos y sentimientos de culpa, tomó la decisión de marcharse. Se fueron para siempre. No quisieron llevarse nada, absolutamente nada que les recordara tan desagradable situación. También abandonaron a la fiel mascota, muy apegada por cierto a la muchacha fallecida. Desaparecieron sin dejar rastro alguno, nunca más se supo de su paradero. A partir de ese momento, el perro fue adoptado por Eliseo. Terminó por convertirse en su incondicional amigo, hasta el fin de sus días. Al paso del tiempo, el animal formó un fuerte lazo cariñoso con los García Arriaga. Extendió el control de su territorio y arropó las casas de sus nuevos amigos. Un curioso comportamiento llamaba la atención de todos. Reconocía perfectamente el recipiente que la familia usaba para servirle su comida. Nunca se comía las porciones de otros platillos, incluso, aunque tuviese la olla al alcance del hocico, respetaba su contenido.



Al siguiente año, las condiciones financieras de la familia mejoraron. La economía floreció y les mostró un panorama mucho más alentador, lo que también se vio reflejado en el aspecto físico de la vivienda. Podían verse una gran cantidad de floridas y hermosas plantas de rosales, claveles, geranios, tulipanes y margaritas. Resaltaban los radiantes girasoles, preferidos de Eloísa. No podía faltar una nutrida y espaciosa huerta de hortalizas al fondo del patio. Un cerco de ocotillo poblado de hojas verdes aislaba una pisoteada ruta con el lado norte de la misma, en cuyo interior, podían verse una larga fila de árboles frutales; duraznos, manzanos, ciruelos, naranjos, nogales, entre otros aún en etapa de desarrollo. Dos escalones de madera comunicaban al suelo con el piso del porche, cuyo techo de lámina metálica, se engalanaba al conectarse más abajo con algunos barrotes paralelos, espaciosamente colocados. Formaban un elegante barandal de madera rústica. Un espacio donde la familia se reunía por las tardes, con la intención de saborear una humeante taza de café, o bien, un riquísimo atole de péchita. La poltrona era el lugar favorito de Emeterio, a Eliseo le gustaba recargarse en el barandal, casi siempre sobre su costado derecho, castigaba con su peso el antebrazo mientras conversaba. Un

barandal muy fuerte, sin temor a equivocarse, la prueba más evidente era el simple hecho de soportar al monumental cuerpo de Eliseo. Era un tipo moreno, alto y de prominente panza. Sus ojos eran grandes y saltones, podría pensarse que vivía espantado siempre. Presumía un pelo rizado y abundante. Frecuentemente le pasaba un retallón con la palma de su mano izquierda, removiéndolo de su rostro para distinguir mejor, acción que despejaba el área visible. Solía amarrar un pañuelo rojo descolorido en la frente, con el fin de contener el rebelde y desbordado cabello. — No se vayan, *ahorita* vuelvo — decía siempre al retirarse. Aunque, por lo general, su regreso se posponía hasta el día siguiente. Años después, se le dio la oportunidad de asumir las funciones de comisario, el primero del pueblo, compromiso que Eliseo aceptó y llevó a cabo con orgullo. El gobierno y la sociedad civil lo reconocían como un hombre de honor y lealtad a toda prueba.



Apenas dieron la vuelta para entrar a la casa cuando escucharon el rebuzno, seguido de inmediato por el balido de un becerro. No pudieron evitar reír con ganas, sabían de quien se trataba. En efecto ahí estaba parado el singular personaje junto a su fiel jumento. — *Quiubo* Ezequiel, hacía mucho que no recalabas por acá — dijo Eliseo. — *Tas* igualito, no te haces viejo, nomás ya no traes el cuerno de toro que *traibas* antes — agregó Emeterio. — Eso es lo de menos, por poco ya no traigo vida, casi me fusilan por allá en la sierra, me salvó mi habilidad de poeta — contestó muy seguro de su comentario. — *Pos* platica *pa'* saber. Así mero estuvo la cosa...allá por las veredas enmontadas de la sierra me encontré con Pancho Villa y su montón de dorados como les dicen. Luego luego me pusieron a remedar a los animales. Se divertieron gratis los condenados hasta que les dio la gana. Al mucho rato, al general le extrañó que no usara el cuerno. — Por último, quiero que arremedes un animal, pero usando eso — dijo, apuntándolo con el dedo. — No puedo, le contesté. Y le di un montón de explicaciones. Una sarta de mentiras de las que ya no me acuerdo, porque estaba muy asustado. Pero no me creyó ninguna, y *pos*, con un olfato que ya quisieran muchos animales, se asomó *pal* cuerno. Lo *traiba* retacado de balas que pensaba vender por allí, con tal de ganarme unos pesos, que nunca sobran. Apenas vació el contenido en la carreta, gritó: *¡Fusílenlo! Oiga usted mi general, gran caudillo aquí presente, por qué me ha de fusilar, sabe que soy inocente.* Le dije, muy decidido,

pa' que no me notara el miedo. — Se me quedó mirando y luego soltó la risa. — Lárgate, pero si te vuelvo a encontrar con un cuerno, ni lo voy a revisar. Te mato, aunque me la hagas de poeta, dijo, amenazante. — *Posay* tienen que se quedó con mi instrumento de trabajo, y desde entonces siento el balazo en la nuca, ese que pensé que me iban a dar cuando me *juí*, por eso de lo que llaman ley fuga.



Una de esas tardes, los García Arriaga estaban abstraídos en su charla, aunque este hecho no impidió que escucharan al chucho. Un clamor fuera de lo común los interrumpió. Simultáneamente, enfocaron la mirada en dirección al pequeño jardín, contiguo a los escalones de acceso a la casa. Precisamente, *repegado* en la pared que separaba a las dos viviendas, estaba echado el perro. Uno de los lugares favoritos de Chaleco. El animal emitió un tenue y lastimoso quejido y se levantó. Sacudió su cuerpo como para desprenderse del polvo y se encaminó hacia el monte. Intrigados, lo siguieron a prudente distancia. Pronto se percataron que se dirigía a la tumba de la muchacha, su antigua y apreciada dueña. Sorprendidos, en los siguientes días pudieron constatar que, a diario, a la misma hora, realizaba idéntico recorrido. Visitaba el sepulcro y después se dirigía hacia la casa abandonada. Al caer la noche, volvía a la vivienda de Eliseo. Seguía esperando a sus viejos amos, nunca perdió la esperanza. Era ya un perro anciano de caminar lento, muy alejado de la enorme energía que presumía cuando le gustaba perseguir a las gallinas, solo por diversión. Su salud se deterioró y su deseo de vivir disminuyó poco a poco. Fue uno de aquellos postreros días del mes de septiembre, cuando Chaleco terminó su historia. Cabizbajo, deprimido, plagado de melancólicos recuerdos, llegó Eliseo esa tarde con la triste noticia. Había encontrado al gigantesco can entre los escombros de la casa abandonada. Estaba muerto. Su cabeza descansaba sobre un desgastado y descolorido zapato de mujer joven. Murió de viejo. Hasta el último aliento de vida, siempre que sus fuerzas se lo permitieron, día tras día estuvo ahí, en su antigua casa. Además, nunca olvidó visitar la tumba de su hermosa y joven dueña. Los tres miembros de la familia cavaron una fosa, ahí juntito a su amado recuerdo. Nunca dudó que ahí estaba su ama, aunque no pudiese verla. Fue cuando a Eliseo se le ocurrió escribir un epitafio sobre la nueva cruz de madera. *Aquí yace Alejandrina, una mujer que murió por amor. Disfruta el abrazo eterno de un chaleco.*



Hacia finales de enero, en una tarde como podría ser cualquiera, Eloísa se divertía quitándole las garrapatas a la nueva mascota canina. Con el animal *repegado* en su cuerpo, buscó minuciosamente entre el pelaje, las patas, las verijas y en el interior de las orejas. Emeterio la miró desde lejos, cuando, una a una, las arrancó con las uñas, sin el menor atisbo de asco, mientras las vaciaba en un frasco de vidrio. Momentos después las colocó encima de una roca plana y las machacó sin piedad con otra pequeña piedra. Sonreía complacida cada vez que escuchaba el asqueroso *crunch* de los parásitos al reventarse. — Deja ese animal, no vas a entender hasta que se te pegue un mal — gritó Emeterio. Esta desagradable y peligrosa práctica la llevó a descubrir otra técnica para despegarlas del huésped, una maniobra no menos riesgosa que consistía en disolver los residuos de las colillas de cigarro con un poco de agua. Colocaba algunas gotas en las orejas de cuanto perro o chamaco infestado se apareciera por la casa. Esto provocaba que las garrapatas huyeran, en segura ruta hacia la muerte. Allá, al fondo del portal estaba sentada Eloísa, ensimismada en su labor, distraída de la plática, cuando escuchó de nuevo la voz de su padre. — Ya deja esa cochinateda y haz algo de provecho. Agarra ese balde, trae agua del charco y se la echas a las macetas — le dijo, mientras señalaba con el dedo índice el empolvado recipiente de color verde, recostado en el piso. — *Uy apá*, esa agua está muy prieta — contestó la jovencita. — Pues no es *pa'* que te la tomes, es *pa'* regar las matas, chamaca contestona, mal educada — recriminó su padre. Era el paso obligado, allí se detenía el ganado para saciar su sed. Revolvían el agua con las patas al pasar por el charco todos los días. El líquido se volvía oscuro con facilidad. En ese preciso lugar, la tierra era rica en ciertos minerales, cuyas propiedades catalizaban el proceso...oscurecían el líquido más rápidamente. Esta situación fue determinante para que, después de darle varias vueltas al asunto, un mes de mayo del mismo año, cuando la gente decidió bautizar al pueblo, tomaran como referencia la respuesta de la muchacha.



El tiempo inexorable no detuvo su marcha. El nuevo siglo apenas se asomaba, era un soleado día del mes de marzo cuando llegó Eliseo a la casa, muy apresurado y con ganas de mitotear.

— Hay mucha gente arremolinada, un tipo les habla desde arriba de la mojonera — dijo, dirigiéndose a Emeterio. — Han de ser políticos — contestó su cuñado, sin dar mayor importancia al asunto. — ¡Ah dió! — refutó Eliseo — Pues el fulano se subió al mojón *pa'* que todos lo vieran y lo oyeran mejor. Mitote bueno ha de ser, porque todos gritaron bien alborotados, parecían alegres — prosiguió. — Todo dices a medias, hablas a *remolcas*, te la llevas haciendo surcos por el camino y traes los chismes *desacabalados* — renegó Emeterio, presumiblemente molesto. Retorció sus pies, uno a la vez, sin agacharse, sin usar las manos y se puso los huaraches. — ¿Vas *pa'llá*? — le preguntó Eliseo. No contestó. Se encaminó por el rumbo donde se oía la escandalera. Más allá, siguió por el camino que llevaba al río y, más adelante, giró hacia la derecha. Pasó muy cerca del saguaro gigante localizado a la orilla del sendero. Fue cuando alcanzó a ver al *trajeado*, que, entre ademanes, le decía a los que estaban allí amontonados. — Por aquí van a pasar las vías, y después el ferrocarril. Hacía señas con las dos manos, mientras colocaba las palmas en forma vertical y paralelas, prolongándolas imaginariamente hacia el monte, rumbo al sur de la comunidad. — Esto se va a poner bueno. Ahora si habrá trabajo *pa'* todos — murmuró Emeterio. Regresó muy contento a la casa, deseoso de compartir las buenas nuevas. Se habían tardado demasiado. El auge de la minería de los pueblos del sur influyó en gran medida para que el gobierno se decidiera a construir dichas vías. Sin dejar de mencionar, como el desarrollo del comercio en general contribuyó también para que se concretara tal acontecimiento. El ferrocarril empezó a deslizarse a través de los pueblos y el país vecino, facilitando el transporte de productos y materiales que, hasta ese momento, solo era posible a través de las diligencias. Emeterio lucía ya un poco cansado, se untaba el poco pelo que le quedaba con abundante brillantina y lo peinaba hacia atrás, lo que, a su parecer, lo hacía lucir más joven. Una partidura lo separaba de su lado izquierdo y se formaba un camino amplio que desembocaba en un espacio increíblemente circular en la parte más alta de su cabeza, rodeado de rala maleza de cabello. Ante los ojos de los demás, parecía testa de obispo. A medida que el cansancio se apoderaba de su cuerpo, pensaba más en la muerte y como consecuencia, también pensaba más en Eloísa, su hija. Le preocupaba muchísimo dejarla sola. — Si muero antes que tú — le decía a Eliseo, estate pendiente de ella, no permitas que se case con cualquier cabrón.



—Ventura cabeza dura, carretón de la basura — gritaron los chiquillos. Corrían atrás del carromato, comandado por Guillermo Ventura, trabajador del servicio de recolección implementado por la comisaría. Utilizaba un carruaje jalado por una simpática y obediente mula, el cual, lucía atiborrado de desechos, podía verse mientras avanzaba a paso lento por el terregoso camino. — Sr. Ventura, ¿de quién es hija esa mula? — Del burro del comisario — contestó Memo, con sonrisa maliciosa. Los chiquillos soltaron la carcajada, era la respuesta que esperaban. En realidad, la mula en cuestión era hija del burro Meso, propiedad del comisario, resultado del cruce con la yegua de su vecino. Fueron aquellos memorables tiempos, cuando los hermosos atardeceres eran escenarios de felices algarabías y el ruido de la locomotora opacaba el griterío de la gente que recibió con gusto aquel novedoso espectáculo ofrecido por la recién construida plaza de toros. El ojo visor de los inversionistas extranjeros fue pieza clave para la instalación de importantísima empresa, aprovechando el gran impulso del ferrocarril para la economía de la región.



Años después, en uno de esos calurosos días, cerca de las dos de la tarde, precisamente en el último lapso de la canícula, apareció un nuevo vecino. Hasta los oídos de Eloísa llegaron las voces. Curiosa, se asomó por la ventana. Un joven, apenas un poco mayor que ella, escarbaba en el suelo. Intentaba construir, parecía ser, un cerco perimetral en el terreno contiguo. La muchacha no dio mayor importancia al asunto y se regresó a la cocina. Apenas agarró la cuchara de madera para revolver la sopa, cuando escuchó el grito de su padre. — ¡Eloisaaa!, ven acá y trae un vaso de agua...apúrate chamaca — dijo, con clara insistencia y preocupación. — ¿Por qué tanto apuro? — pensó Eloísa, intrigada. Dejó la cuchara en la tinaja y de inmediato atendió el llamado. Al salir al traspatio, se percató que el joven estaba a punto de desmayarse. Sudaba a chorros, jalaba aire como desesperado y lucía rojo como tomate maduro. Eloísa estiró el brazo para ofrecerle el agua. Cuando el muchacho tomó el vaso, el repentino y casi imperceptible roce de sus dedos la estremeció levemente. Fue en ese preciso momento cuando cruzaron instintivamente su primera mirada amorosa. También fue en aquel instante cuando lo reconoció,

era Pascual Rivera, hijo de Apolinar, el viejo panadero de su pueblo originario. A su mente vinieron aquellos tiempos cuando eran niños y se reunían para jugar con las hormigas, recoger quelites y masticar *chúcata* de los mezquites. Eloísa, apenas con catorce años, se había convertido en una hermosa morena piel de caoba. Presumía una nariz ligeramente achatada y, una mirada radiante y coqueta que la distinguía de las demás jovencitas de su edad. Lucía un pelo ondulado que caía en retazos por su frente, como si buscaran atrapar sus pensamientos, escapados a través de sus bellísimos ojos claros. En ocasiones, con soberana paciencia, acudía a la plancha manual para hacer lacio su cabello, calentada sobre la estufa. A partir de aquel circunstancial reencuentro, se convirtieron en inseparables amigos, acercándose más temprano que tarde al proceso de enamoramiento, que duró mucho más tiempo del acostumbrado, en estos casos. Conversaban hasta muy tarde en el pequeño porche de la casa. Pascual insistía en declararle su amor incondicional y Eloísa lo rechazaba una y otra vez, siempre con sutileza, negándose al amor sin lastimarlo, no quería perder su amistad. Emeterio lo empezó a notar. Miraba con el rabillo del ojo la actitud de su hija, reconocía muy bien aquella dichosa sonrisa, por obvias razones lo relacionó con el amor. Pascual se aparecía cada vez con más frecuencia. Emeterio estaba preocupado, interrumpía la conversación de los jóvenes, entre frecuentes salidas con el pretexto de fumarse un cigarro, darle de comer al perro o echarle un vistazo a la luna. A veces, más atrevido e imprudente, escupía frases con mensaje directo “cómo me gustaría ser visita *pa* irme”, decía. Mientras bostezaba y estiraba los brazos. En definitiva, aquel muchacho no le agradaba. — Oye Eloísa, ¡como que ya son muchas visitas! Espero y no sea lo que pienso. A ese sujeto no se le ve buena madera — le dijo aquella tarde, cuando lo divisó por la ventana, en su arribo a la casa. Esa fue la principal razón por la que empezaron a verse a escondidas, entre escurridizas miradas y discretos mensajillos. Como el papel doblado que Pascual introdujo ese día por la ventana. Cuando Eloísa lo vio caer al suelo, reaccionó rápido y antes de que su padre se percatara, ya lo tenía aprisionado en su mano derecha. Esperó paciente hasta que Emeterio se quedó dormido en su siesta diaria, precisamente cuando el sol anunciaba las cuatro de la tarde, como siempre. Con el mayor de los sigilos, trató de hacer el menor ruido posible mientras buscaba un lápiz. Escudriñó el viejo baúl, los cajones de la cómoda, el morral colgado de la viga, la repisa de la virgen... sin éxito alguno. Cuando había perdido la esperanza, retacado en una ranura, entre la horqueta que sostenía la olla de barro, precisamente, en un lugar que nunca hubiese imaginado, encontró un diminuto pedazo de lápiz color verde,

descolorido por el uso, mordisqueado del borrador y la madera. Luego luego se notaba que le habían sacado punta con los dientes, muchísimas veces. Con aire de resignación, lo metió entre sus ropas, arrancó una hoja del cuaderno y se fue a esconder en el patio de atrás con la intención de leer tranquilamente la cartita y después, contestarla. En ese entonces, hacia el oriente, un cerco de ocotillo impenetrable, casi opaco, separaba su vivienda de la casa de su tío Eliseo. Tal como lo había planeado en su mente, al terminar de leer el mensaje de su audaz enamorado, se dispuso a escribir la respuesta, con la adrenalina encaramada en los cabellos. Escribió dos renglones y el cansancio se apoderó de sus dedos, debido a la incomodidad en el manejo del diminuto utensilio. — *Mugrero* de lápiz — dijo muy despacito, con temor de ser escuchada. Sacudió la mano dos o tres veces con el propósito de descansar y siguió con su cometido. Un renglón más, sacudir, descansar. Otro renglón, sacudir, descansar. Fue en el momento de empezar el quinto renglón, cuando escuchó un murmullo muy sutil. Desbocó su corazón por la inquietud, aunque eso no impidió seguir con su narrativa. Terminó un renglón más y de nuevo captó el tenue susurro. Respiró profundo e inclinó un poco la cabeza con la intención de captar mejor, solo percibió un profundo silencio. Con los nervios de punta, su corazón se *corrugó* y la respiración se aceleró, temía ser descubierta por su padre. Titubeante, decidió dar por terminada la carta. Apenas dobló el papel cuando escuchó “*hey, compra lápiz no te emborraches*”. Era el bromista de su tío Eliseo, escondido al otro lado del cerco de ocotillo.



Nació más allá del desierto, en la costa del pacífico. Emigró de su tierra natal para buscar un mejor porvenir y, al mismo tiempo, huir de una decepción amorosa que le carcomía el alma. Realizó sin éxito, varios intentos de establecer empresas por otros pueblos cercanos. En el mes de septiembre, cuando había transcurrido un año de la segunda década del nuevo siglo, Plinio Eliodoro Callejas llegó a la comunidad. Pronto se supo que ya traía la torta de la comisaría bajo el brazo. Era un hombre de cara dura y mirada implacable. Seco, cruel, frío y calculador, adjetivos que resumían de manera perfecta su oscura personalidad. Severo con sus enemigos y una presumible lealtad sin aspavientos con sus amigos. Portador de un altísimo grado de intolerancia y rigidez, la cual mantuvo hasta el exilio, al que fue sometido años después de entregar la presidencia de la nación. Usaba un reloj de cuerda provisto de dos tapas, asido de una

relumbrosa cadena. Lo guardaba siempre en el bolsillo izquierdo de su uniforme militar. En pocos meses, “*se hizo de mulas Pedro*”. Instaló varias empresas, entre los que destacaba un exitoso negocio de abarrotes y ferretería, asociado con el señor Argoncio Fontes. En dicho establecimiento, se ofrecían también muchos otros productos. En el mismo tenor, se hizo de terrenos Plinio, los cuales, al final de cuentas, terminaron en propiedad de sus parientes y amigos, al verse envuelto, poco después, en la yesca revolucionaria. Callejas era asiduo visitante de conocido bar instalado cerca de su casa. Un sitio tan popular, que lo mismo arribaban gringos, vecinos del pueblo y gente de comunidades cercanas. Atraídos por la diversión llegaban a pie, en automóviles y hasta en carruajes jalados por burros, mulas o caballos. Entre los muchos personajes conocidos en la comunidad que se miraban por ahí, estaba el respetadísimo señor cura. No pocos de ellos, lucían elegantes trajes, a estos, el populacho los identificaba, con justa razón, como “los catrines”. En ciertos días, sobre todo los fines de semana, hasta hacían filas para entrar. Ahí se podía comer y beber sin restricciones. Música, baile, presentaciones cómicas e ilusionistas se disfrutaban en dicho lugar. Fue en ese tiempo cuando se puso de moda bailar con ficheras, al menos por estos rumbos, quienes cobraban hasta diez centavos por cada pieza musical. Era un gran salón amplio, rectangular. Podían verse muchas mesas cuadradas acompañadas de cuatro sillas, distribuidas en el amplio espacio. Todo construido a base de madera. Al fondo lucía una hermosa barra, misma que servía también de valla, entre esta y la pared frontal. Dicha pared, presumía una inmensa área atiborrada de cristalería y botellas de licor de diferentes marcas. Eliseo Arriaga también se aparecía por ahí con bastante frecuencia, no consumía bebidas alcohólicas, pero disfrutaba conversar con la gente mientras engullía una refrescante bebida gaseosa. En ese tiempo y en ese lugar lo apodaron “el saco pinto”, debido a las características del traje que portaba; color gris con manchas negras. Fue ahí mismo donde él y Plinio Callejas construyeron una sólida y perdurable amistad. Estrecha convivencia que perduró por varios años. Incluso, cuando el segundo asumió la gubernatura del estado; combatieron juntos en aquel fallido intento del Centauro por apoderarse del pueblo. — ¿Si no bebes licor, qué gusto le hallas al andar por aquí? — Dijo el cantinero. — Es *pa'* amortiguar los recuerdos que trae uno adentro. Cuando se juntan más cosas en que pensar, la mente se ocupa...se distrae pues. — Contestó Eliseo. El cantinero lo sabía, por eso fue que le aconsejó. — Ya sácatela de la cabeza, búscate otra *pa'* que la olvides. Esa noche se reencontró con el desamor furtivo. Con pasión desenfrenada, arremetió feroz y, como bestia en celo, descargó con

ímpetu todo el placer acumulado que le carcomía el corazón, tanto, que su compañera ocasional, pensó, erróneamente, que dicho furor fue a causa de sus técnicas amatorias, tan bien empleadas. Pasó el tiempo, la comunidad fue testigo de aquella desgracia, cuando Eliseo murió a manos de los asaltantes de la diligencia que custodiaba, aquella fatídica tarde, siempre recordada, sobre todo por la ausencia de misericordia hacia los responsables del fatal acontecimiento, por parte de Callejas.



Todo el pueblo lo sabía, Callejas también, aunque siempre se mantuvo firme en su postura, al menos era lo que evidenciaba con su silencio. Por supuesto, no faltaban los metiches y chismosos, cada vez que alguno de estos se lo preguntaba, su fulgurosa mirada era más que suficiente para callarlo, y, sobre todo, insertar en su mente la plena certeza de nunca más volver a mencionarlo. Gildardo Montemayor arribó aquel día para tomar posesión como titular del registro civil. Un joven serio y respetuoso, quien nunca pudo ocultar, aunque lo hubiese querido, el semblante duro, característico de su padre, eran extremadamente parecidos. Desde que fue visto por primera vez, de inmediato, lo relacionaron con Callejas. — Es su hijo, están igualitos, hasta parece que lo cagó — murmuraba la gente, entre risas y miradas indiscretas. Fue el producto del inmenso amor de Callejas con Violeta, su primer gran amor. Una morena hermosa de grandes ojos claros, de ondulado y abundante cabello, que se deslizaba sutilmente por su espalda. Su cuerpo delgado y bien formado a sus escasos quince años era la envidia de las damas y responsable de los interminables suspiros de Plinio. La rivalidad entre las familias y la enorme diferencia entre la situación financiera de ambas, fueron los grandes obstáculos que Callejas nunca pudo superar. Cuando se conocieron, un rayo fulminante lanzado por el arquero del amor atravesó sus delicados corazones. La fresca brisa y las olas del mar, allá en su pueblo originario, fueron testigos de su cariño incondicional. Después de incontables y clandestinas noches de pasión, la chica quedó embarazada. Para mala fortuna, sus padres fueron los primeros en saberlo. Plinio Callejas se enteró muchos años después, sin embargo, nunca lo reconoció como su hijo. Los intransigentes padres los separaron, la casaron en contra de su voluntad. Nada más y nada menos que con el hijo de Carlos Montemayor, un ricachón de la zona, y los enviaron a una prolongada luna de miel al extranjero. Regresaron cuando el chiquillo

en cuestión ya tenía cinco años. Para entonces, Callejas ya había emigrado, lejos de su pueblo, convencido todavía de la traición de su amada. Maldita pobreza, renegaba siempre, sobre todo, durante sus prolongadas vigiliias en horas de la madrugada, cuando los abrumadores recuerdos le espantaban el sueño.



Buenos días — una voz que provenía del camino se escuchó bien clarito aquel día. Eloísa abrió solo un *poquitito* la puerta y se asomó con la mayor discreción. — Buenos días— contestó cortésmente el saludo. — Andamos de casa en casa desde muy temprano. Venimos de parte del señor Plinio Callejas, *usté* ya sabe de quién le hablo, ¡*pos* ni modo que no! — ¿Y? ¿A qué viene todo ese argüende?, ¿Qué se le ofrece? ¿*Pa* qué tanta vuelta? Diga lo que tenga que decir que estoy muy ocupada — refunfuñó Eloísa, entre bromas. Abría los brazos con actitud divertida. — Estamos preparando un terrenito. Queremos sembrar pasto y plantar muchos arbolitos, por allá muy cerca de la comisaría. Al señor comisario, *pos* se le ocurrió la idea de hacer una placita, pero bien bonita, con quiosco y todo. Así como las tienen en muchos otros pueblos. Si ellos pudieron, ¿por qué no vamos a poder nosotros? — Explicó tímidamente el gendarme. Eloísa sonrió, luego dijo: — ¡*Ah dio!* *Pos*, sigo sin entender. ¿Quieren permiso, o qué? — No...nuestra intención es pedirle a la gente que nos ayude, en lo que puedan y con lo que quieran. Lo que sea es bueno, no está demás, ocupamos mucho de ustedes. — contestó el policía, un poco avergonzado ante la actitud de la joven y, sobre todo, turbado por su belleza. En efecto, Eloísa era una linda muchacha de cuerpo menudito, bajito. Aunque con la fuerza suficiente para soportar con entereza sus atributos celestiales. Una piel bronceada del color del pan ranchero, del que nunca se tuvo la necesidad de ponerle azúcar por encima, para comprobar su exquisitez. Consciente siempre y con la sapiencia necesaria para aceptar, que la belleza también es efímera. — *Ta'* bueno...ahorita les llevo una agüita de pitahaya, *pa'* que se refresquen. De algo les ha de servir — concluyó Eloísa. De esta manera, con ayuda de la gente, quien colaboró de distintas formas, logró construirse una sencilla pero hermosa plaza, la cual, con el tiempo, fue testigo de no pocos acontecimientos históricos acaecidos en la comunidad. Al centro, sobresalía el tradicional quiosco, bajo la permanente vigilancia de frondosos árboles, distribuidos al azar por toda el área. Al norte, a doscientos metros, se ubicaba la comisaría. Al oeste, no muy lejos, lucía

imponente, el edificio donde, posteriormente, se firmó aquel documento plagado de historia nacional. Un plan que marcó el inicio de la lucha contra los constitucionalistas y que puso en el escenario nacional, al pueblo de las aguas revueltas.



Aquella hermosa tarde nublada, por los polvosos caminos, avanzaba despacio un automóvil, con exagerada precaución, cauto en demasía. Muchos niños jugueteaban en el camino terregoso, algunos corrían a la par intercambiando impresiones con el conductor. En esos tiempos todavía predominaban los caballerangos, sin faltar los más elegantes, que paseaban en típicos carruajes. Los automóviles circulaban muy poco, aunque en esa época, ya estaban vigentes las leyes de tránsito. En la acera de enfrente, otros chiquillos producían extraños y asquerosos ruidos con las axilas, competían entre ellos para generar el chasquido más intenso. Otros, de temperamento más apaciguado, jugaban a las canicas y al trompo. En la pared lateral, un perro marcaba territorio, mientras otro le olfateaba su trasero. Más allá podía verse un burro expulsando una descomunal descarga de caca, mientras azotaba su imponente animal, dándose eróticos “*golpes de pecho*”, sin misericordia alguna. — *Suben las enaguas, bajan los calzones* — gritaba un vendedor ambulante, promocionando sus productos, “*Las Quince Letras*”, podía leerse en la parte superior de conocida tienda. Afuera, sobre la banqueta, un grupo de muchachas cuchicheaban mientras observaban el recorrido del aparato motriz. En semblante rudo de Gildardo Montemayor se mantuvo inalterable, a pesar de percibir un incesante mariposeo en sus tripas, cuando se percató que una hermosa joven lo miraba con discreción. La chica se ruborizó al sentirse descubierta, desvió la vista hacia sus amigas. Al día siguiente, Edelmira Ramírez, la muchacha en cuestión, limpiaba el mostrador de la tienda, parecía distraída, ausente. A la entrada, su patrón discutía de forma acalorada con un deslenguado cliente, obsesionado con Pancho Villa. — Es un hombre muy querido por el pueblo, hasta Carranza le tiene miedo. Ronda por allí cerca entre los cerros, es un cabrón bien hecho...así como te lo digo, no le teme ni al diablo — decía. — Es *puro pájaro nalgón*, si se atreve a venir por aquí, lo sacaremos a punta de balas y cañonazos — contestó Plinio. — Se oyen rumores que planea atacar el pueblo — insistió en tipo. — Eso lo veremos — contestó Callejas, muy seguro de sí mismo. Lucía inquieto, impaciente. Traía atravesado a Villa y para nada le gustó escuchar elogios dirigidos a su

enemigo. Ensimismados en su conversación, nunca se percataron del instante preciso cuando un mensajero *corbatado* entregó un ramo de flores a Edelmira. — ¿Son para mí? — Preguntó en tono de broma. Esperaba respuesta negativa. Por dicha razón, mayor fue su sorpresa al escuchar al joven emisario. — Si, son para usted, se las manda don Gildardo — dijo. *Con el respeto que usted merece, de parte de Gildardo Montemayor* decía la tarjetilla. Aunque nadie la miraba en ese momento, la joven no pudo evitar ruborizarse. Respiró hondo y se dispuso a colocarlas en la mesa del fondo. Fue cuando escuchó que abrieron la puerta, Eloísa entraba a la tienda en ese instante. — Quiero un paquete de manzanilla y otro de canela entera — dijo. Edelmira le entregó la mercancía, todavía con mirada extraviada. — Son cinco centavos, paga en la caja por favor — dijo, sin mirarla. Eloísa se dirigió hacia el otro extremo del mostrador y echó el dinero en la caja. Al pasar frente a Edelmira, esta le preguntó. — ¿Ya pagó jovencita? — Si, pagué en la caja, tal como me dijiste — contestó. — ¿Cuál caja? — En aquella — contestó. Señaló con el dedo índice hacia el fondo de la tienda. La empleada no pudo evitar una sonrisa cuando comprendió que Eloísa había depositado el dinero en la cajita donde la gente dejaba limosnas, en la cual podía distinguirse una imagen de la virgen de Guadalupe, trazada a lápiz.



Fue en ese tiempo cuando a los oídos de Eloísa García llegó la noticia. El centauro y sus dorados liberaron a la gente del yugo al que los sometían, allá en su pueblo natal. Abrieron la puerta de los calabozos; asustados, los presos se negaban a salir. La mente extraviada solo les permitía ver a los villistas disparar sobre sus espaldas en clásica ley fuga. Los calabozos eran cuevas inmundas, malolientes, deprimentes. La razón era obvia, no tenían excusado. El único acceso era una enrejada puerta metálica. La gente de Villa saqueó la tienda del cacique y repartieron parte de la mercancía entre la comunidad. Fue el mismo Pancho Villa quien arrastró al tirano. Un extremo de la soga lo amarró a sus patas, con el otro, lo sujetó a la cabeza de la montura. A galope tendido, recorrió los terregosos caminos del pueblo, de esta manera acabó para siempre con la insaciable maldad de Abundio González. Todavía tuvo que propinarle un tiro en la frente y otro en el corazón, solo para que los curiosos se convencieran de que estaba muerto. Los revolucionarios acamparon allí. Cuando descansaron suficiente, se marcharon. Pero se llevaron los mejores caballos. A las mulas las cargaron de provisiones. No pocos pobladores se sumaron

a la causa. Rodearon la sierra con el propósito de bajar más adelante hacia la frontera, con muy malas intenciones. Esa noche la viuda cerró puertas, ventanas y todos los espacios que pudo con tal de no escuchar el alboroto de la gente, festejaban la muerte del cacique. Lloró hasta la madrugada, no por la muerte de su marido, tampoco por miedo a la soledad. Lloró de rabia con la gente mal agradecida. Estaba convencida de que Abundio era un santo. ¡Cómo no podría serlo, si les compraba sus cosechas y productos! ¡Y les tenía siempre disponible lo que necesitaran! Al día siguiente se levantó muy temprano, limpió sin ayuda cada rincón de la casa, con esmero e inusitada paciencia, mientras esperaba que llegaran con su difunto. Ordenó que colocaran aperitivos y café para la gente. Reservó un lugar espacioso para colocar la inmensa cantidad de flores que, a su parecer, habría de recibir. Horas más tarde, los empleados de los servicios funerarios dejaron el cuerpo y se marcharon. Ella, pulcra, elegante, con su vestido negro deslumbrante, aunque con un aire de grandeza y una soberbia imposible de ocultar, se paró junto a la entrada principal para recibir a los visitantes. Pasó el tiempo y nadie se aparecía. Impasible, no se movió de su lugar, mantuvo la esperanza durante todo el día. ¡La gente no podría ser tan ingrata! Pensaba. Nadie fue. Nadie se apareció, ni siquiera el cura. Por la tarde, lo sepultaron. En el cortejo solo iban sus dos criados y los empleados de la funeraria. Esa noche lloró de nuevo, otra vez de rabia e impotencia y con unas ganas infinitas de morir. Escribió una carta a su único hijo que estudiaba en el extranjero. Le explicó lo que pasaba y le imploró con todas sus fuerzas para que regresara y pudiese hacerse cargo de los negocios. Dos semanas después recibió respuesta. De nada valieron sus súplicas. Su hijo le explicó su decisión. Nunca regresaría. Estaba muy bien por allá. Describió a detalle los edificios imponentes con sus vitrales inmensos, las calles cubiertas de asfalto, el mar infinito y espectacular puerto. Describió los grandísimos barcos, donde podían transportar automóviles y hasta animales. Tenía un negocio propio que le redituaba buenas ganancias. No cambiaría aquello por nada y mucho menos conociendo las injusticias de su padre. Se despidió, no sin antes invitarla a vivir con él, que abandonara todo y viajara hacia el primer mundo. Con un resentimiento metido en sus entrañas, la viuda se encerró en la casa durante mucho tiempo. Agobiada y convencida de vivir en un mundo al revés, de cabeza, como lo estaba también su hijo. Le renacieron las ganas de morir. Dios no se lo concedió pronto. La muerte llegó cuando le dio la gana y cuando menos lo esperaba, cuando ya se había olvidado de pedirla.



Meses después rumbo al río, al otro lado de las vías del ferrocarril, Gildardo Montemayor construyó una ostentosa casa, donde a la postre, viviría con su amada Edelmira el resto de su existencia. Al paso del tiempo, y con la mejor de las intenciones, logró consolidar una familia ejemplar. Una curiosa costumbre ante los ojos de los demás, tenía lugar en dicha familia. Diario se leía. Al final de cada una de las tres comidas, era el momento dispuesto para tal fin. El responsable de iniciar el momento literario era Gildardo. Abría el libro, daba un sorbo de café e iniciaba la lectura, proseguía de igual manera, cada uno de los comensales. Al paso del tiempo, el pueblo fue testigo del cómo se propiciaron ciertas situaciones para que los descendientes de Callejas, a través de la familia Montemayor Ramírez, emparentaran con ilustres sucesores de la dinastía kafkiana, refugiados en México, muchos años después, durante la segunda guerra mundial.



Pascual Rivera, un sujeto hostil y de mirada retadora, tenía fama de recurrir a los golpes para solucionar conflictos. Como aquella noche que pasó en la cárcel. Horas antes se enredó en una pelea con un tipo alcoholizado que le gritó “mataburros”. — ¡Ay Dios de los hombres y yo de las mujeres! — Gritó Pascual. Ignoró por completo al belicoso tipo con toda la intención de molestar, hecho que indignó aún más al agresor. El bravucón sujeto, se acercó a la mesa y la golpeó fuertemente con la palma de su mano derecha, mientras sostenía una cerveza con la mano izquierda. El líquido ambarino se escurrió y buscó el camino más corto, hasta caer sobre el regazo de Pascual. Sus pantalones quedaron impregnados de cerveza. Los recipientes se vaciaron entre medios giros sucesivos, uno tras otro, hasta estrellarse en el piso. Sin voltear siquiera, Pascual se inclinó un poco hacia adelante, solo para retroceder repentinamente hasta encontrarlo con el codo, exactamente en la boca del estómago. El pendenciero individuo se inclinó para amortiguar el dolor. Apenas levantó la vista, cuando una fuerte patada en la mandíbula lo estampó de espaldas en el suelo. Ahí quedó tendido. Pausado, sin prisa, Pascual recogió algunos pedazos de cristal y los lanzó al recolector de basura. Después se retiró, rumbo a la salida. Horas más tarde lo despertaron, fue requerido para pagar los daños y como castigo,

durmió en el calabozo, una vez más. Pascual Rivera tenía una excéntrica costumbre, le gustaba comer alacranes. Con suprema elegancia, tomaba el animal de la cola, abría su boca al máximo e inclinaba su cabeza, de tal manera que la descansaba sobre la nuca. Con peculiar estilo, lo acercaba lentamente, mientras el escorpión se revolvía desesperado. Un solo bocado era suficiente, para después masticarlo, sin prisa, saboreándolo al máximo. En sus dedos podía verse el venenoso aguijón aprisionado. Con actitud triunfal, lo lanzaba al suelo. Era un espectáculo digno de un acto circense. Los chiquillos atrapaban estos tóxicos animalillos y se los llevaban gustosos. Verlo realizar tal hazaña, era la mejor recompensa. Entre vítores y aplausos se mostraban complacidos. Trabajaba en el único rastro de burros en la región. Los animales eran sacrificados para elaborar machaca. Un producto muy codiciado por la gente. Pascual Rivera era el encargado de matarlos, asestándoles un descomunal y certero marrazo en la frente.



Estaba pardeando la tarde cuando Eliseo llegó a la tienda. Empujó la puerta en el preciso momento que Pascual charlaba entre gritos con un par de muchachas. Alcanzó a verlo cuando sacó de la bolsa el perfume, roció su pañuelo, lo sacudió dos o tres veces con cierto aire triunfalista, lo guardó en su bolsillo y se marchó. — ¡Qué bien huele este Pascual! Pero habla como perico — dijo una de las damas. Y es que Rivera era un tipo de escandaloso hablar, aunque de actitud bonachona. Excelente jinete y experto en jaripeo. Le gustaba usar “*agua de Florida*” como perfume. — *Ta’ loco ese jodido; peleonero, mataburros, amansa caballos y come alacranes, sabrá Dios como irá a acabar,* — comentó Eliseo. Las chamacas soltaron la carcajada, al escucharlo. Tal como Eliseo lo imaginaba, muchos otros, lo aseguraban; algún día moriría envenenado por la autoimpuesta dieta de escorpiones, o bien, por alguna letal patada propinada por un burro. Con el pronóstico en contra, terminaría su vida años después, de una forma que jamás nadie hubiese imaginado, lo mataría una inesperada pulmonía, provocada, según la gente, porque se rasuró cuando estaba resfriado. En una más de incontables veces, aquella noche, Pascual Rivera declaró su amor incondicional a Eloísa. Esta vez fue diferente, la chica no opuso resistencia. — ¿Qué me ves? — dijo. Con aquella sonrisa que descuartizaba el corazón. — Cómo te miro, deberías de saberlo — contestó Pascual. — No lo sé, dímelo — replicó. Era el reto más dulce y prometedor, que el muchacho hubiese escuchado jamás. No se lo dijo, al menos

con palabras. Tomó tiernamente sus manos y las aprisionó entre las suyas. Rozó apenas con sus labios las yemas. Hizo lo propio con cada una de las coyunturas de sus hermosos dedos, largos como pianista... sus muñecas, su brazo. Podía escucharse el crujido sutil de los huesos, cuando llegó a su hombro. Ella ya respiraba diferente, jadeante. Sus palpitantes labios, temblorosos, incitaban al beso. Sin prisa, condimentaron sus cuerpos, después sus almas. Juntos se sirvieron el manjar exquisito del placer con amor y se devoraron lento y sin cuartel hasta quedar exhaustos. Desnudos, hicieron huir despavorido al viento fresco de la madrugada bajo la mirada complaciente de la luna llena. Las estrellas fueron testigos de cómo se debilitaron las fuerzas. Despertaron cuando los tibios rayos del sol se escurrían por las rendijas, solo para confirmar el acto sublime de dos enamorados. Fue así, a escondidas, como Eloísa García a la edad de veintitrés años, se casó con Pascual Rivera... por leyes naturales. Fue hasta el amanecer cuando supieron lo cerca que estuvieron de la muerte. Esa noche de noviembre, ocurrió el enfrentamiento más letal en la historia del pueblo, cuando Plinio Eliodoro Callejas dirigió la batalla contra El Centauro y sus dorados, quienes pretendían apoderarse del pueblo, y de paso, del ansiado control del ferrocarril. Emeterio nunca se enteró de la singular unión. Tres semanas antes sucedió la tragedia. En lo que parecía ser una tarde común y corriente, en las inmediaciones del pueblo, murió de un fuerte latigazo en el cabeza, propinado por el delgado brazo de un árbol cortado por el mismo, cuando recolectaba leña para la estufa. Sin precaución alguna, asestó un machetazo a la rama atrapada entre el tronco, al cortarla, le *chicoteó* la cara y lo lanzó al barranco. Ya no tenía signos vitales, cuando lo sacaron de la quebrada.



Narcisa Rivera García fue la primera de sus hijas, una niña morena de características ópatas y de abultados cachetes. La vida y las circunstancias la convirtieron en una muchacha excesivamente egocéntrica. Tenía un espejo *acelestinado* del que dependía, en gran parte, su felicidad. El objeto reflejante acrecentaba el amor por su ficticia imagen delgada y sensual, que contrastaba de manera evidente con su divertida y siempre obesa, imagen real. Una morena hermosa de abultados senos y autoestima encaramada en las estrellas. Se casó muy joven, cuando apenas arribaba a sus catorce primaveras. Fue seducida por un gringo de gruesa cartera que le triplicaba la edad. La convenció en una de tantas ocasiones en la que el tipo llegó en

busca de Eliseo con el propósito de negociar la compra de ganado y diversas mercancías. Era un individuo alto y muy delgado, usaba sombrero de ala corta, botas puntiagudas y colorida camisa vaquera, siempre desabrochada de los primeros tres botones. Le gustaba mostrar con orgullo su lampiño y descolorido tórax. Por su inusual actitud y sus peculiares características físicas se ganó diversos apodos; *Gringo Huilo*, *Gringo Coqueto*, *Lata Parada*, *El Zancudo*, entre otros. Este último mote, fue el más divertido y, además, su preferido. Cuando la gente le preguntaba la razón por la que lo llamaban con tal sobrenombre, — *Poroque onde pico dejó rrooocha* — contestaba siempre, con cierta dificultad para pronunciarlo, mientras sonreía de satisfacción. En realidad, le aconsejaron su mejor respuesta. Nunca lo supo, cuando aquella calurosa noche, tiempo atrás, después de unas copas de más, sus compañeros de parranda lo convencieron de ponerse un pantaloncillo corto. No se quitó las botas. — Parece zancudo — dijo uno de ellos. Aquella tarde, El Gringo Coqueto llevó a Narcisa a dar un paseo por las calles del pueblo, en forma muy cortés, abrió la puerta de su flamante Ford y la invitó a subir. Su mirada lasciva, entremezclada con ciertas pizcas de amor, mostraba sus verdaderas intenciones. La joven captó el mensaje; a pesar de ello, aceptó gustosa y se encaramó sin dudarlo al aparato motriz. Esa noche, Narcisa no llegó a la casa. Sus padres ni siquiera se percataron de su ausencia. Eloísa se durmió al mismo tiempo que las gallinas, predijo una noche de juerga muy larga, como las que acostumbraba su marido. Al día siguiente volvió por sus pertenencias. El gringo la esperó en el auto mientras la joven entró a la casa. Sonreía maliciosamente cuando su madre la miró de reojo. Eloísa no se levantó de la silla, siguió con su tarea, separaba las impurezas del frijol, armada de paciencia, sin inmutarse. Minutos después, la chamaca se acercó a la puerta de salida, llevaba las chiras de ropa en bolsas de plástico. Fue en ese instante cuando escuchó a su madre. — Bonita te vas a ver con ese pinche güero flaco, está tan *huilo* que parece lata parada. Al menos harán un diez perfecto — dijo. Sin la menor intención de pedir permiso, Arthur Connor, El Lata Parada, tuvo la osadía de llevársela muy lejos, internándose tierra adentro, por la extensa geografía estadounidense. El tipo volvió al paso de algunos años, siempre solo, en calidad de comerciante. Le gustaba pasar por la casa de su suegra. Como aquella mañana que se apareció de sorpresa. Clarito se escuchó el fortísimo portazo. — Acábatelo, al cabo que es tuyo — dijo Eloísa. Connor se paró enfrente del portal con el puro en la boca. — Morning — dijo. Tenía los ojos entrecerrados. Los protegía del humo del cigarro que aprisionaba en su boca. Sus manos estaban suspendidas del cinturón, solo con los pulgares. —

Pasa gringo, *pa'* que tomes café y desayunes — dijo Eloísa. Mientras disfrutaba de la comida, les contó maravillas de su mujer. Sin omitir detalles, relató la fascinante y ostentosa vida que le daba. Se jactó de su riqueza y, orgulloso, les describió los lujos de los que gozaba. — Vive como una Reyna — dijo. Y sonrió complacido. — Tiene un auto nuevo y nuestros hijos estudian en las mejores escuelas. ¡Con decirles que además del español, hablan inglés y francés! Un día los voy a traer, para que los conozcan — agregó. Nunca cumplió su promesa. Las visitas del gringo fueron extinguiéndose poco a poco. Los años pasaron y el tiempo logró extravíar los recuerdos. Entre ausencias cada vez más prolongadas, se los escondió la memoria. Murieron lentamente, los mató el olvido. En esos tiempos, Martina, la segunda hija, ya estaba bastante crecida. Era tan hermosa como su madre. Un parecido sorprendente. Solo se diferenciaban por un coqueto hoyuelo que la chiquilla presumía en cada una de sus mejillas. Las hermanas crecieron en mutua complicidad y confianza durante muchos años, hasta que Narcisa decidió marcharse. A raíz de este suceso, Martina se volvió un poco huraña, meditabunda, ausente. Muy acostumbrada a la compañía y complicidad de su hermana mayor, le costó bastante esfuerzo asimilar su soledad. Este comportamiento se acrecentó notablemente, debido a decisiones extremas tomadas por su madre, no mucho tiempo después.



Años después sucedió, los forajidos fueron colgados en la plaza por órdenes de Don Plinio Callejas, cuando ya despachaba como gobernador del estado. — ¿Qué hacemos con los prisioneros? — preguntó en aquella ocasión el teniente de la Acordada. — ¡Cuélguenlos, en caliente!, ¡qué sirva de escarmiento! — contestó Callejas, sin dudarle siquiera. Su rostro reflejaba un intenso coraje, clarísimo de percibir en su ya de por sí, endurecido semblante. ¡Y cómo no! Si uno de los muertos era Eliseo, su mejor amigo. Le había encomendado la misión de patrullar la diligencia que se dirigía a la capital. Custodiaban gran cantidad de monedas de oro, recaudado por la aduana fronteriza. Los asaltantes los tomaron por sorpresa, no alcanzaron a reaccionar. Los mataron a todos, junto con el administrador de dicha oficina pública, quien también era muy amigo de Plinio. Cuando le dieron la fatal noticia, el señor Callejas no la pensó dos veces. Se fajó la pistola, apretó con fuerza el rifle y se hizo cargo personalmente de la búsqueda. Dicha expedición, fue la que, al final de cuentas, atrapó a los responsables de tan sonado episodio. Al

despuntar el día, cuando la gente pasó por la plaza rumbo a la labor diaria, pudo observar aquel histórico y macabro espectáculo. Sin juicio alguno, la condena fue clara y contundente. Los reos amanecieron colgados en los árboles de la plazuela, construida apenas unos años antes. Esa noche, sopló un viento abrumador, podía escucharse un quejido macabro, escalofriante. La voz se corrió como reguero de pólvora y propició que la gente se arremolinara durante tres días para observar aquel espeluznante cuadro. El olor a muerto empezaba a desparramarse cuando los bajaron. Los aventaron al carretón y se los llevaron, nadie supo dónde fueron a parar. El nauseabundo aroma se dispersó por el pueblo durante semanas, hasta que, poco a poco, fue desapareciendo. El sabor agrio en el paladar tardó mucho más tiempo en esfumarse.



Las veinte casas de la comunidad lucían solas, abandonadas. Situación que trajo a la memoria aquel histórico momento en el que Pancho Villa intentó apoderarse del pueblo. Aquel funesto día, casi todos los habitantes huyeron, al menos los que no participaron en la defensa del pueblo. Se resguardaron en el país vecino por unos días, mientras se diluía tal enfrentamiento. Eloísa García Arriaga recordó siempre la conmemorativa fecha. ¡Cómo podría olvidarlo!, si en una de aquellas noches tuvo su primero e imborrable encuentro pasional con su amado Pascual. En esta otra ocasión, el motivo fue completamente distinto, aunque no menos importante, se trataba de despedir al amigo. Por esa razón, las calles lucían solas, abandonadas, la gente se agolpó en la casa del difunto. — ¡Cómo vino gente al funeral de mi tío Eliseo! — dijo Eloísa, con mirada suspicaz, mientras se abanicaba con un pedazo de cartón. — ¡Imagínate en el tuyo! — agregó. Dirigía su vista en dirección a Plinio Callejas, sin malicia aparente. — ¡Yo si voy a ir eh!, con el favor de Dios — insistió la mujer. El duro rostro de Callejas vislumbró lo que parecía ser una sonrisa. Una mueca forzada, con evidente molestia. No le hizo ninguna gracia escuchar tan desagradable comentario. — Tal vez venga yo a tu velatorio — murmuró entre dientes, con la intención de no ser escuchado. Tomó el pañuelo de la bolsa de su saco y lo pasó dos veces por la frente para secar el sudor. De inmediato se incorporó, tocó con sutileza el hombro de la mujer y se alejó sin despedirse. Y es que el día que Eliseo murió, la casa se abarrotó, no cabía una persona más. Las autoridades en turno, incluso el gobernador del estado, estuvieron presentes, definitivamente era una persona muy querida en el pueblo. Lo sepultaron junto a la tumba de su

amada eterna y su querido Chaleco. Actualizaron el antiguo epitafio. En el nuevo, muy clarito se leía: “*A fin juntos*”.



Una semana después llegó una nueva tragedia. Días antes se había escuchado una insistente noticia en la radio. — Se muere mucha gente por todo el mundo — se rumoreaba. El comisario dirigió personalmente una especial campaña informativa, a petición del gobernador en turno. Por medio del ferrocarril llegaron boletines impresos, que, a su vez, habían sido encaminados por diligencias desde la capital del estado, con el firme propósito de convencer a la población de quedarse en sus casas, en la medida de lo posible. La gente no le dio la importancia debida a tan importante asunto, todo se escuchaba tan lejos. — Ese bicho no llegará por estos rumbos, ¡ni que fuera tan fácil atravesar el mar! — decían. Incrédulos, la mayoría de la gente minimizó la situación emergente de salud. Como aquella ocasión en la que cierto policía increpó a Pascual Rivera, cuando lo vio sonarse la nariz en plena calle. — Oye amigo, ¡no seas tan cochino!, ¡mira que desparramar los mocos en el suelo!, ¡que los vaya a pisar alguien y se lleve el virus a su casa! — dijo, en tono de regaño. — ¡Ah dió! ¿cochino por qué?, a ver, ¿tú cómo le haces? — lo cuestionó. — Pos, me sueno en el pañuelo. — *Tas* peor de cochino, tú te lo llevas en la bolsa — concluyó Pascual. Sobra mencionar lo equivocados que estaban. Mucho tiempo después, la gente aún recordaba aquel otoño negro, donde, a lo largo del territorio nacional, pereció una gran cantidad de personas. Aunque mucha gente se contagió, la comunidad en cuestión enterró solo a tres difuntitos, un comerciante chino y una pareja de jóvenes esposos. Una enfermedad mortal ocasionada por un virus importado del otro lado del océano, la gripe española, le decían. El primer contagiado fue una persona que asistió al funeral de Eliseo Arriaga, un soldado que formaba parte de la escolta que acompañó al gobernador desde la capital del estado. La memoria colectiva en la comunidad fue testigo de uno de los casos más tristes en referencia a esta cadena de muertos. Tanto algunos curiosos, como parientes lejanos, observaron aquel funeral a distancia. Por decreto de la autoridad se prohibió que la gente se aglomerara. Orden estricta que se cumplió al pie de la letra, con ayuda de la fuerza pública, durante algunos meses. El pequeño salón de la funeraria local lucía amplio ese día, inmenso. Más aun por estar tan desocupado. No sillas, no bancas...nada. Solo aquel cajón de muerto, no, cajón de muerta debe

decirse porque allí adentro estaba Cuca Pérez. Eso les dijeron, ni hubo chance de comprobarlo. Un cajón bien cerrado, más cerrado que de costumbre, como si tuvieran miedo de que se escapara el difunto. Nadie trajo flores, pensó el marido. De inmediato recordó que no se los permitieron. Allá, bastante retirado, se miraba el ataúd. Postrado en evidente abandono sobre una mesa de madera. Parados, a cinco metros, dos almas extraviadas tomaban forma de cuerpos maltrechos, tristes, sin consuelo. Lloraban bien bajito, tan quedito que los sollozos se ahogaban en el abismo de tres metros que los separaban. También llorar les prohibieron. Bueno, podían llorar, pero ¡ay de ellos que soltaran lágrimas! — Son fuente de contagio — aseguró el comisario. No podían tocarse, mucho menos abrazarse. Ella, apenas una niña, lucía desconsolada. Diez años y ya sufría de aquella manera. El, su padre, sobrepasaba los treinta. En los últimos quince días, su deprimente aspecto denotaba más de sesenta inviernos. Una barrera de tres metros los separaba, un guardia envuelto en un traje blanco los vigilaba a distancia. Apenas el día anterior les habían confirmado. Cuca se había contagiado de aquel virus maldito. Solo les permitieron ver el ataúd desde lejos. De todas formas, acercarse no servía de mucho, de nada — ¡cinco minutos! — les gritaron. Sí, el virus les cambió la vida — y la muerte — pensó Nicandro. Recordó cuando apenas el año pasado murió su madre. A ella sí la velaron, pudo acariciarle sus manos, sus arrugas, su cara, sus canas. — Hasta parecía sonreír — se acordó bien clarito. No escuchó nada, pero alcanzó a distinguir la punta del rifle que le indicaba la salida, su hija ya no estaba. No supo en qué momento se la llevaron. Como lo fue durante los últimos diez días. Más tarde, durante el sepelio, volvió a verla. Igual, a distancia. Pudo sentir su presencia como un leve sobresalto, un pequeño toque eléctrico, un escalofrío. ¡Escalofrío!... — Sí, ya viene — dijo asustado. Lo esperaba, lo sabía, lo sentía. A lo lejos, pudo escuchar el ruido de la pala al recoger la tierra. Después, casi al instante, oyó el sonido seco, sin eco, de la tierra sobre el cajón. Cerró los ojos, respiró profundo, ya no supo más. Despertó en un lugar desconocido. Era un cuarto pequeño, una puerta abierta dejaba ver una taza de excusado, sucia, maloliente. Se sintió muy solo, profundamente triste. Fue cuando empezó a llorar. Esta vez con lágrimas. Recordó las fotos, palpó en la bolsa de su pantalón el pequeño paquete. Sentado en el piso, recargado en la pared, abrió la ultrajada bolsa de plástico y sacó una a una las fotografías. Sonreía, lloraba...sonreía, lloraba...sonreía, lloraba. Una última gota que salió de su ojo izquierdo mojó aquella foto. Alcanzó a verla muy apenas...borrosa. Eran los tres, fundidos en un hermoso y apretado abrazo. Sonrió, lloró de nuevo, esta vez sin lágrimas...ya no tenía, se le

acabaron. Al tercer día, en el mismo salón sin sillas y sin flores, se divisaba un cajón de muerto. A lo lejos, una niña sola, triste, sin consuelo...lloraba sin lágrimas. Muchos años después, dicha niña se transformó hasta llegar a convertirse en una bella y respetable mujer. Contrajo nupcias con un judío que llegó desde Europa. Huía de los nazis, poco antes del fin de la segunda guerra mundial. Doña Juanita, como se llegó a conocer, fue una dama de honor y altos principios morales, aún después de la muerte de su esposo. Disfrutó de la buena lectura hasta que su vista se lo permitió. Conforme la enfermedad avanzaba, los farmacéuticos hicieron su agosto, aumentaron exageradamente los precios de sus brebajes. Los medicamentos sugeridos por los médicos fueron inalcanzables para la gente pobre, a quienes no les quedó más opción que recurrir a los remedios a base de yerbas. Era común que los vecinos y compañeros de labor, recomendaran la ingesta de té de canela mezclado con aguardiente y limón. Las autoridades ordenaron el cierre de la cantina, restaurantes y algunos otros negocios. Desinfectaron con alcohol los lugares públicos. Por doquier podían leerse anuncios y recomendaciones: *lavarse las manos frecuentemente, cambiar de ropa al llegar a casa, no saludar de mano ni de beso, taparse con pañuelo al estornudar o toser, no compartir platos, ni cucharas, ni vasos; evitar cambios de temperatura, etc.* Meses después, desapareció el problema. Todavía sin entender a lo que se enfrentaban. Nunca supieron que fue lo que acabó con la enfermedad.



Una magnífica etapa de bonanza económica llegó el siguiente año. La ley seca en el vecino país obligó a varios negocios del otro lado de la frontera a cerrar sus puertas. Fue cuando decidieron establecerse en la comunidad. Fue en esa época cuando a raíz de la muerte de Pascual, Eloísa se volvió intolerante. Arropó a su hija con un aura de protección enfermiza, llegó al grado de espantarle los pretendientes de cualquier forma y a cualquier precio. A pesar de ello, el amor siempre encuentra recovecos para infiltrarse hasta llegar al corazón, tal como sucedió aquella mañana de domingo, al salir de misa, cuando un chiquillo se acercó a Martina y le entregó una hermosa y radiante rosa. —Te la manda don Gregorio — le dijo. Aunque se mostró sorprendida, agarró la flor sin decir una palabra y al avanzar unos pasos, antes de que su madre se percatara, con actitud claramente temerosa, la dejó abandonada en la primera banca que encontró en su camino. Más adelante, sin poder resistir la curiosidad, miró por encima del hombro y sonrió

tímidamente. Allá, a la distancia, pudo distinguir a Gregorio, parado frente a la banca. La miraba fijamente, había recogido la flor y posaba con ella en su mano. A partir de entonces, una multitud de cosquilleos amorosos hicieron presa de la joven. Diariamente, durante toda la semana, el enamorado rondaba la casa con la esperanza de mirarla, aunque fuese de lejos. Ella misma propiciaba ser vista, en más de una ocasión, al salir al jardín con el pretexto de regar las plantas.



Había llovido desde el amanecer, eran las cinco de la tarde y apenas había escampado, se respiraba un aire húmedo, denso. Las nubes se disputaban el honor de opacar los pocos rayos del sol que aún se aferraban a mantener su presencia en el firmamento. A lo lejos, se distinguía un bellissimo arcoíris, esplendoroso, nítido, brillante. Martina lo divisó extasiada a través de la ventana. Desde ahí podía ver claramente el jardín, lucía completamente diferente, lo notó de inmediato. Una multitud de rosas habían brotado después de la copiosa lluvia. Como si fuese arte de magia, seguían emergiendo una tras otra. Martina despertó del éxtasis y disfrutó de aquel espectáculo esplendoroso, majestuoso...florecente. Era un oasis del que emergían miles de flores hermosas. Aunque idénticas, tenían diversos tamaños. En ese momento, imaginó que alguna de ellas podría ser la que tuvo en sus manos, su primer regalo de amor. Distraída como estaba, apenas se percató cuando aquel colibrí se inmovilizó en el aire con el afán de suspender el tiempo, allí frente a sus ojos, como si la invitara a sonreír. En realidad, no le costó mucho trabajo, su carita se iluminó y albergó una sonrisa llena de esperanza, cargada de ilusiones. El siguiente domingo, antes de entrar al templo, el mismo chiquillo le entregó un diminuto papel minuciosamente doblado. Estaban en la *meritita* puerta, el prelado recibía a los feligreses. El Jovencito aprovechó el preciso instante en que Eloísa besaba la mano del cura, para darle el recado a Martina. Fue la ceremonia religiosa más larga de su vida, el sermón pasó totalmente desapercibido, nunca prestó atención. Ansiosa, cerraba con fuerza el puño y apretujaba el papel con la clara intención de ocultarlo de su madre. Cuando salió de misa, divisó desde lejos a Gregorio, estaba sentado en la banca donde el anterior domingo había dejado la flor. A medida que se acercó, su corazón se aceleró paulatinamente, hasta terminar desbocado, acelerado. Al pasar frente a él, de reojo, con la cara roja de amor y vergüenza, pudo distinguir que tenía en sus manos una radiante y hermosa rosa. Apresuró el paso, dejó a su madre metros atrás. Fue

cuando la escuchó. — Espérame chamaca, no puedo caminar tan apurada. Martina apenas se detuvo, casi de inmediato, se apresuró de nuevo. — Adelántate pues y ponte a limpiar los frijoles mientras llego... ¡ah ¡— recordó — No se te olvide hervir el agua *pa'* cocerlos. Lavas los platos que se quedaron cochinos y barres el patio con la escoba de palmilla. Después echas a remojar la ropa con jabón, *pa'* que los laves más tarde. Amasas la harina para las tortillas del mediodía, acuérdate que son más buenas recién hechas. Piénsale bien *pa'* que alcancen *pa'* todos. A los frijoles le echas un pedazo grande de cebolla y un pedazo chiquito de manteca. No le eches sal hasta que estén cocidos — Dijo su madre, casi sin respirar. Terminó agitada. Martina ya no la escuchó, se quedó en “*calentar el agua*”; estaba ida, atolondrada. Llegó muy apurada a la casa. Su madre, como siempre, se había quedado en el chisme con las vecinas. Aún no aparecía cuando desmadejó el dichoso papelito. Una labor difícil, dado su diminuto tamaño. — *Quiero todo contigo, pero a la buena... ¿tú que dices?* — pudo leer, mientras lo retenía en sus temblorosas manos. Un mensaje brusco y decidido como no pocos caballeros de la época lo acostumbraban. Fue el inicio de sus penurias. Sabía que su madre no lo permitiría. Esa larguísima semana transcurrió sin aparentes cambios, entre sus labores diarias y visitas al jardín, esperó con ansias el siguiente domingo para poder verlo, puesto que su madre le prohibía terminantemente salir de la casa, solo le permitía asistir a misa y nunca sin su compañía. *No la dejaba ni a sol ni a sombra.* Además, tenía prohibido relacionarse con los vecinos, mucho menos con los hombres. A Martina solo le llegaban noticias del pueblo mediante chismes contados a conveniencia de su madre. — Suéltala un poco — le decía su comadre. — Si la suelto, se me encarama, ¡ya ves lo que pasó con la otra! — Déjala volar, si no, cuando sienta un poco de libertad, volará tanto y tan alto que correrá el riesgo de caer en el despeñadero — Dios no lo quiera comadre Rutila — contestaba. Gregorio Martínez Robles era un tipo solterón y adinerado que presumía ser Marqués, que la gente lo llamara de aquella manera lo ponía de muy buen humor. Curiosamente, su mano derecha lucía seis dedos. El sexto, pegado al meñique, lo usaba para sacarse la cerilla de sus oídos. La gente decía que era un defecto congénito, causado por la ira de Dios, dizque porque sus padres eran primos hermanos. Conoció a Martina, dos años atrás, cuando en compañía de su hermana paseaba por la plaza. De inmediato se interesó por ella, sin embargo, pronto entendió que la empresa no sería nada fácil. Sobre todo, cuando Narcisa se fue y su madre se empeñó en mantenerla encerrada en la casa. A pesar de todos los obstáculos nunca se desanimó. En su mente albergó la idea fija de conquistarla.



En ese tiempo, al otro lado del todavía caudaloso río, cerca de aquella larga y densa hilera de moras frondosas vivía un chiquillo de escasos diez años, bajo la tutela de sus padres, una pareja aún muy joven, por cierto. Un atrabancado chamaco conocido y reconocido por su muy particular actitud emprendedora. Se llamaba Rodrigo, y era nieto de Guillermo Ventura, aquel divertido y legendario sujeto que años antes desempeñó la función de recolector de basura, dependencia a cargo de la comisaría, auxiliado, como bien recordaban los viejos, de un destartalado carretón, jalado, a duras penas, por una *quijotesca* mula. El jovencito era hijo único de una de las dos descendientes de Guillermo. Se valía de una vieja y oxidada bicicleta como su instrumento de trabajo, una ocupación muy solicitada y provechosa que consistía en “llevar y traer” algún recado y/o mercancía, a cambio de cinco centavos. Lo mismo costaba traer un refresco del abarroto de la esquina que llevar un chisme hasta el otro extremo del pueblo, a petición del contratante. Iba y venía una, otra y otra vez por los ajetreados caminos del pueblo entre eternos pedaleos, exquisitos mordiscos de chorizo crudo y tragos de refresco. La gente se sorprendía al verlo manejar su velocípedo, solo con su mano izquierda, mientras usaba su mano derecha para empujar la botella de su refrescante bebida azucarada. Tiempo después, cuando ya contaba con quince años, laboró como chofer de un carruaje al servicio de mujeres adineradas, ofrecía también recorridos por el pequeño pueblo a turistas extranjeros, sobre todo durante la época de bonanza, por cierto, un año después de la construcción de la aduana fronteriza. En posteriores tiempos, un fatal error lo llevó a un final inesperado, como nadie lo hubiese imaginado. Desapareció misteriosamente, nunca encontraron su cuerpo. En complicidad de Rodrigo Ventura, que, dicho sea de paso, era recompensado de forma más que generosa, Gregorio Martínez enviaba y recibía recados amorosos a su amada Martina, uno tras otro, los cuales se escurrían por las rendijas de la ventana...aunque no por mucho tiempo. Poco después, los dichos enamorados diseñaron juntos aquel exitoso plan, que culminó con la fuga de la muchacha.



Aquel día, en una de tantas veces que su madre la llevó a misa, Martina aprovechó el menor descuido y logró escabullirse hasta la casa de Rodrigo. Su nueva morada, era una casa de tamaño irregular comparada con el resto de las viviendas. Presumía interminables portales, vastos jardines e inmensa variedad de bellísimas flores, sin faltar, como era común en casi todos los hogares, una gran cantidad de árboles frutales. Mandarinas, naranjos, peras, duraznos, nogales, membrillo y ciruelos; lucían a lo largo y ancho de la propiedad, repletos del codiciado producto. Muy cerca de los arcos que adornaban los larguísimos portales, resaltaban grandes ejemplares de *piochas*, pinos, álamos y mezquites, entre muchos otros árboles autóctonos de la región. Allí vivió Martina Rivera García durante muchos años, inmersa en un ambiente de bonanza que parecía no tener fin. Hasta dicho lugar, en aquellos momentos, decidió llevar a Eloísa, su madre. Desde aquella hacienda entraban y salían autos y carretas. Compradores procedentes de todos los confines del estado y del país vecino. Cargados de fruta, ganado, queso y leche. Sin olvidar el eficiente servicio prestado por la locomotora para el transporte de dichos productos. Al fondo, alejado de la casa, estaban las caballerizas y el centro de ordeña de vacas, chivas y burras. Más allá, se distinguían gran cantidad de cabezas de ganado, rodeadas de extensas llanuras de bellos pastizales. Al principio todo fue dicha y felicidad para Martina. El tipo la trataba con especial cariño y respeto colmándola de regalos y atenciones. Después de algunos años la situación empezó a cambiar radicalmente. El alcoholismo se apoderó de la voluntad del sujeto. Eso propició que, casi todos los días, al llegar embrutecido a la casa, tratara a su esposa con inusual violencia, sin razón aparente. No conforme con tan reprobable comportamiento, sostenía también, descaradamente, amoríos con otras mujeres. En cierta ocasión, llegó sumamente enojado a la casa. Que sea la última vez que molestas a mi mujer, dijo. — ¿Tu mujer?, se supone que soy tu esposa — contestó Martina. — Tú eres mi esposa, ella es mi mujer — dijo Gregorio. En aquella piltrafa humana se convirtió Gregorio Martínez, aquel hombre que años atrás había hecho hasta lo imposible por conquistarla. Ahora, su amor incondicional se había convertido solo en un hermoso recuerdo, para su abnegada mujer. La infidelidad de su marido era de sobra conocida en el pueblo. El influjo de drogas y alcohol lo volvieron descarado y mujeriego. Lía de la Rosa fue la más popular entre sus amoríos. La chica se obsesionó con él, de tal manera que luchó por todos los medios habidos y por haber para quedárselo. Para

conseguir su objetivo, se valió de múltiples artilugios recomendados por los brujos y brujas que oficiaban en la región. Fueron muchas las ocasiones que tanto las plantas del huerto, como las del corredor, amanecían impregnadas de aceite quemado. Era común encontrarse con pequeños montículos de sal, acomodados intencionalmente, formando un círculo; tabaco desparramado y hasta hojas de laurel en las puertas de acceso a la propiedad. No pocas veces, en horas de la madrugada, caían estruendosas piedras sobre el techo de la casa. Cuando Martina les contaba a sus amigas sobre estas molestas situaciones. Siempre le respondían entre disfrazadas sonrisas... *es la Lía buscando líos...* No contestaba, se quedaba pensativa un par de segundos cuando mucho, y después cambiaba de tema. Al paso de algunos años, poco a poco y sin remedio, Gregorio Martínez acabó con su fortuna. Para entonces, ya tenían tres hijos: Amaranta, Adipina y Cayetano. Su alma se volvió oscura. Incluso los mismos animales no estaban exentos de su desprecio, sobre todo, cuando ya no tenían la fuerza suficiente para la carga y el arado. Su mujer lo empezó a notar desde aquel día en el que decidió expulsar del potrero al burro viejo. Optó por abandonarlo, ya no le servía y solo se comía la pastura de los más jóvenes, afirmaba el sujeto. El pobre animal mendigaba alimento por la vereda, al exterior del cerco. Ningún reclamo lo convenció de cambiar su postura, terminó por afectar sin piedad al anciano animal. No solo los animales de carga eran víctimas de su desprecio. Tenía un gato como mascota, por cierto, muy querido. Por desgracia para el minino, descubrió, lo que, al parecer de su amo, sería un gran defecto, era malísimo para cazar. Esta simple particularidad, era muy desagradable para Gregorio. Un día, lo amarró al mezquite y practicó el tiro al blanco con él, hasta culminar con su vida. Transmutó en el ser más ruin, los vicios y el negro corazón lo transformaron. Para complacer su desenfreno, empezó a vender lo poco que quedaba, despilfarró el dinero sin control. Los bienes empezaron a perderse. Para colmo de males, en ese tiempo, una sequía sin precedente se prolongó demasiado y ocasionó la muerte de casi todas las cabezas de ganado. Por si fuera poco, aquella tarde después de la jornada, llegó el capataz muy preocupado. En sus manos tenía un par de mazorcas, podían verse varias manchas blanquecinas entre los granos del maíz. — Ahora si nos cayó el *chahuistle* — gritó. Literalmente, fue así como lo dijo. La temida y devastadora gallina ciega atacó de nuevo. No hubo defensa, la cosecha se había perdido una vez más.



Cayetano fue un chiquillo muy inquieto. La familia siempre recordó aquel peculiar episodio, cuando, supuestamente, se robó la gallina favorita de su madre, siendo apenas un chiquillo de escasos ocho años. Era una gallina blanca que Martina le compró a Josefina Antúnez Chaura, aquella vieja astuta y disimulada, famosa por los sabrosos tacos de papas y tortillas de harina que vendía a los mineros y ferrocarrileros. — *Óyete* — preguntó Martina. Por allí donde *trajinas*, ¿no has visto plumas de gallina? — *Pos sí, si las he visto* — contestó el chamaco muy asustado, tragó saliva con desesperanza el *canijo*, se sintió descubierto. — Entonces sí es lo que me figuré, segurito se la comió el coyote — dijo la vieja, con cara de resignación. — Tanto que le tenía querencia — agregó. Eso sí era la pura verdad. Martina quería mucho a su gallina. Un ejemplar hermoso, blanco, brillante, de cresta roja. La llevaba a pasear todos los días amarrada de la cabeza con un pedazo de mecate, como se saca a pasear un perro. Los vecinos las divisaban por la ventana, siempre muy divertidas, mientras caminaban orondas y despreocupadas como grandes amigas, en aparente conversación amena y provechosa. — Allí va ese par de locas — murmuraban. El obediente animal caminaba a su lado y solo se detenía a curiosear o picotear algo comestible, si sentía la cuerda floja. Sabía perfectamente cuando podía hacerlo, para no tener que importunar a su ama. Con exquisita elegancia, daba dos o tres rascadas en el suelo, después, proseguía su marcha. Se llamaba Cola, Pico fue el nombre del gallo, su padre, al menos era lo que se decía. Lo que Martina nunca supo, fue que el cabrón de Cayetano le mató a la Cola para comérsela. Bueno, bueno; él lo negó hasta el cansancio, aunque todos dijeran lo contrario. — Parece que lo oigo todavía — dijo Amaranta. Como para no creerse. Estaba tan a gusto en la plática con su hermana Adipina, cuando divisaron a Cayetano doblando la esquina. — ¡Hey, Cayetano!, ven a contarnos como estuvo lo de la gallina... la Cola pues. No le dijeron dos veces, porque rapidito se acercó y empezó a platicarles, como si fuera la primera vez que lo contaba. — Yo no tuve que ver. Iba por la orilla del cerco, cuando Rodrigo ya la había matado. Clarito me acuerdo, porque ya *pa'* entonces tenía dos gallinas en pedazos en una olla de barro con agua caliente. Hasta una hornilla de piedras se fabricó. Rapidito la reconocí, la tenía en la mano izquierda mientras con la derecha, le arrancaba las plumas. ¡Cómo no la iba a conocer, si la miraba todos los días! Cuando le vi los ojos, me puse de nervios, parecía como si me pidiera ayuda. ¡Cómo te voy a ayudar, si ya estás muerta! le dije, quedito. Rodrigo no me oyó. Porque

luego luego me dijo, anda vente, vamos a comer. Yo no quería, le dije *munchas* veces que no, pero cada vez que me negaba, me salía más débil la negativa, se oía más bajito, a leguas se miraba que hasta la voz tenía hambre. Era un sabrosísimo aroma de los dioses. ¿Quién se va a negar? Y menos con las tripas retorciéndose de coraje cada vez que me oían decir un no. Me mordían la panza y encorajinadas me daban coletazos. Como si reclamaran por no tenerlas en consideración. Fue cuando el cabrón del Rodrigo se quedó callado un rato. No hablaba nada, puso la *cola* encima de una piedra... ¡a la gallina pues! Y se puso a comer bien sabroso, se relamía los bigotes el desgraciado. Y a mí, pues se me llenaba la boca de saliva. Lo vi otra vez, deseando con toda mi alma que me volviera a decir, pero nomás no. Ya me voy, señalé, ya casi resignado, volteé de reojo, por si hacía algún ademán. — Cómete un hígado *manque sella* — me gritó. — O la molleja, o lo que quieras, antes que te vayas — agregó. — Ya se han de figurar lo que pasó. No le dije nada. Las tripas me convencieron. Agarré un hígado y luego un pernil y... ya no me acuerdo de que más me aproveché. Porque los remordimientos se me arremolinan en la cabeza y me confundo todo. Por comer robado nomás... ¡que no es poca cosa. Eso sí, de la *Cola*, no probé nada... ¡la gallina pues! gritó...cuando las escuchó reírse. — Cuando nos acabamos lo que había en la olla me fui, ya con la panza llena. Si, deveras...por esta — decía con certeza plena, mientras hacía una cruz con dos dedos de su mano derecha, acercándosela a la boca, hasta besarla. — Ni la maté, ni me la comí — recalcó.



En aquella ocasión, Cayetano intentaba ordeñar a la *Choquiles*, una de las vacas consentidas de la familia. Pretendía tragar leche tibia directo de la ubre. El intrépido chamaco confió en la sumisión del animal y omitió amarrarle las patas. Fatal error. Apenas se inclinó un poco, recibió una fuerte patada en el testículo derecho. Se retorció de dolor un rato, sin embargo, no fue suficiente razón para abandonar el objetivo. Se aseguró de que no se repitiera el incidente y siguió con la ordeña clandestina. Ahí, de cuclillas, incómodo a veces, reacomodándose continuamente para distraer el cansancio de sus piernas, aprisionó alternadamente cada una de las tetas de la *Choquiles*, dirigió el chorro de leche hacia la boca y tragó leche hasta saciarse. Minutos después, cuando sintió su estómago satisfecho, intentó pararse. Fue cuando sintió un intenso dolor en sus partes nobles. Al revisarse, pudo ver el testículo exageradamente gordo,

notablemente inflamado. A duras penas, con las piernas abiertas, en un compás tan amplio como le fue posible, caminó hacia su casa. Martina lo divisó desde el jardín. Curiosa y preocupada observó sus cautelosos movimientos. Iba despacio, muy lento, en su rostro se marcaba un rictus de dolor imposible de ocultar. — Mira nada más, tu sí que no tienes remedio — le dijo su madre. Mientras el muchacho le contaba su aventura con la *Choquiles*, Martina le ayudó a recostarse en la cama, entretanto, no paró de regañarlo. Apenas le vio la inflamación; exclamó: — ¡Ave María purísima! — ¡Amarantaaa! — gritó acongojada... ven rápido *pa'* que me ayudes. — Calienta agua y échale un puño de sal, *pa'* ponerle *jumentos*. Busca una *chira* limpia en el ropero. En el otro sartén le preparas un té de romero con canela. — Adipinaaaa, corre y busca al Chon Pérez, dile que venga a revisarlo, lo más pronto que pueda. El carismático Chon Pérez, único médico y farmacéutico del pueblo, le recetó algunos medicamentos y preparó un menjurje especial. Quince días después, surtió efecto. El testículo regresó a su tamaño original. — ¡Qué manera tan jodida de acabar con la descendencia! — dijo el doctor, mientras cerraba su maletín. Durante los siguientes días, Cayetano visitó al médico varias veces, allá en su consultorio, para su respectivo seguimiento del problema. Aquella vez, una jovencita apenas un poco mayor que él, quien hacía las funciones de enfermera estuvo presente. Cayetano se sintió incómodo, avergonzado, la piel de su cara enrojeció y agachó la cabeza, fingía mirar al galeno, mientras hacía su labor. — ¡Levanta la cabeza, el que va a revisarte el *guevo*, soy yo, no tú! — dijo Chon Pérez, en disfrazado regaño. La muchacha sonrió maliciosa, mientras de reojo, dirigía rápidos vistazos hacia la parte afectada. Solo ellos supieron de qué manera influyeron tales avistamientos, para que, posteriormente, dicha joven se convirtiera en su esposa y madre de sus hijos. Cayetano vivió con la incertidumbre mucho tiempo, temía haber provocado su esterilidad. Esa fue la razón, por la que, años después, cuando se instaló un laboratorio de análisis en la comunidad, acudió presuroso a pedir informes, como el primer paciente. — ¿Qué necesito traer para un estudio de fertilidad? — preguntó. La joven recepcionista sonrió. — Semen — dijo. Con actitud de obviedad. — Pero debe estar fresco, no más de quince minutos— agregó, en tono malicioso. Al siguiente día regresó con el frasquito, su semblante mostraba evidente timidez. — Aquí le traigo la muestra — dijo. Entre dientes, como si pretendiera no ser escuchado. — ¿Cuánto tiempo tiene? — preguntó la muchacha, mientras removía el pequeño recipiente para revisar el contenido. — Diez minutos — contestó Cayetano. Notablemente sonrojado. Nunca olvidó aquel momento. Siempre lo consideró como uno de los momentos más vergonzosos que le hicieron pasar en toda su vida.

Aunque físicamente era muy parecido a su padre, en su actitud y comportamiento siempre marcó la diferencia. Después de algunos meses de ausencia en los Estados Unidos, el trabajo duro y el espíritu de ahorro rindieron fruto. Regresó para casarse con la enfermera de Chon Pérez, se hizo cargo de la propiedad de la familia y remodeló una parte de la casa abandonada. En el solar contiguo a la casa, implementó su novedosa estrategia de cultivo. Lo dividió intencionalmente en dos partes, un año sembraba en una de ellas, y en el año siguiente, sembraba en el otro pedazo de tierra. Lo peculiar de dicha técnica exitosa, consistía en limpiar minuciosamente el área de sembrado en turno. Después, distribuía y enterraba la basura, en la superficie en espera.



Al sur de la propiedad, en aquella sección del portal, frente a una multitud de girasoles, radiantes y hermosos, se divisaba un frondoso lugar que opacaba casi en su totalidad la luz del sol. Era el lugar favorito de Eloísa, allí disfrutaba sentarse. En ese tiempo se había convertido en una madura y distinguida señora, sus rasgos físicos aún recordaban su belleza de juventud. Al paso de los años se transformó en una ilustre dama, respetuosa de las actitudes de los demás. Totalmente alejada de las ideas y costumbres conservadoras con las que educó a su hija Martina, muchos años atrás. Al principio se movía por la casa sin requerir ayuda, después hicieron estragos los años. Por su avanzada edad fue estrictamente necesario el auxilio de su hija y sus nietos, sobre todo, para acercarla y sentarla en la silla mecedora donde pasaba la mayor parte del día. — Lleven a su nana, bañen a su nana, muevan a su nana, saquen a su abuela al sol, metan a su nana que se está asoleando — era la diaria cantaleta de Martina. Los chiquillos se convirtieron en su principal compañía. Sentarse cerca de su abuela era su adoración. Además, era para ellos un deleite escucharla contar aquellas interminables historias de su pasado. Tan tristes como heroicas, tan alegres como venturosas, mientras les limpiaba la carita, con su viejo delantal. Un campito para los mocos, otro campito para los ojos, un campito para la frente, después de darles su besito y otro para su boca antes de dárselo. Sí; el mismo delantal que hacía manojos para espantarse las moscas. Los chiquillos iluminaban su carita con aire de esperanza y buenaventura cuando la hermosa anciana les daba su bendición, cada vez que se retiraban, sin importar que dicha acción, se repitiese varias veces al día. De aquella forma fue como se enteraron, aún sin comprender del todo, cómo llegó al pueblo. Curiosos y en total

silencio oían con absoluta seriedad, una y otra vez, la descripción detallada de aquella larga travesía por el monte, entre tumbos y tumbos de la carreta. Su concentración era tal, que podían escuchar con claridad, junto con ella, los rechinidos de las llantas oxidadas y aullidos de los coyotes, entre muchos otros relatos. Con singular lucidez, les platicaba del aura del gato que se reacomodaba por el agujero del tejado. Eloísa todavía recordaba cuando mataron a su hermano. A su mente emergía el desagradable momento cuando lo arrojaron al piso con la ropa ensangrentada, nunca pudo olvidar el rostro de Abundio González, su mirada implacable, su semblante asesino y los gritos desesperados de su madre tratando de reanimarlo. Se ponía muy melancólica cuando contaba los detalles de la muerte de Rosalía, su madre, su locura, su triste final. — Kak osichi — murmuró muy despacito. — Era todavía muy pequeño — repitió, pensando en su hermano.



Aré lo que pude — dijo Martina. Gregorio no entendió ni jota. Mucho menos con la mente alcoholizada. La miró con desdén, como si sus palabras no significaran nada. Ese día se fue. Como se van aquellos que nunca piensan volver: con sigilo, sin aspavientos, sin hacer ruido. Para ese entonces, ya se había dado cuenta de que el amor por él ya no servía ni se servía. Un amor que se había perdido en los escondrijos de la memoria. Tan bien escondido, que nunca más pudo reencontrarse con él. Para ese tiempo, solo quedaba la casa grande y un pequeño terreno aledaño. Se vislumbraba un deprimente panorama como consecuencia de las actitudes de Gregorio. Las impagables deudas de juego y la dependencia de las drogas cada vez más fuerte, ocasionaron el desastre. Martina, su madre y sus hijos, regresaron a la casa vieja. A su memoria volvieron aquellos días cuando se enamoró perdidamente de Gregorio y se escapó con él. Al morar de nuevo aquella humilde vivienda que construyeran sus abuelos, provocó que la nostalgia y amor por sus orígenes se acrecentara. Estiró los pocos ahorros que tenía y la reconstruyó. Lucía un amplio patio, paredes de adobe y techo laminado. Solo y sin dinero, Gregorio decidió irse del pueblo. Llegó a la costa con la intención de buscar una fuente de ingreso. Nunca esperó que el trabajo estuviese tan escaso, además, proliferaba una descarada discriminación por parte de los patrones, hacia los trabajadores foráneos. Los pocos que conseguían trabajo eran explotados, de forma tal, que, les pagaban un sueldo miserable, indigno.

En los momentos críticos, recurrían a los tomates como su única fuente de alimento. Durante las largas jornadas, se veían en la necesidad de robarlos, al menor descuido de los capataces. Por la tarde, en el comedor de la compañía, Gregorio consumía un plato de frijoles y un par de tortillas duras. Por dicho manjar, pagaba un peso. El patrón le rentaba un petate a peso por día, lo tiraba en los portales de las caballerizas, allí pasaba la noche, dormía a ratos, soportando los resoplidos de las bestias y el penetrante aroma a estiércol. Ratones, cucarachas y escarabajos le pasaban por encima. En ocasiones la espera por trabajo se prolongaba demasiado, mucho más allá de lo humanamente permitido. Las pocas oportunidades las acaparaban los jornaleros locales, preferentemente, sindicalizados. Esas épocas fueron muy difíciles, donde sobrevivir era un milagro. La gente pernoctaba donde se le hacía de noche. El hambre y la sed hacían estragos. El mar, en complicidad con el ardiente sol, escupía un calor intenso, húmedo, agobiante. Fue durante en una de esas temporadas cuando decidió volver a su pueblo. Apenas logró completar el dinero suficiente para el pasaje, regresó a la casa. Sin dinero, sin familia y muy débil, apenas logró sobrevivir unos cuantos días.

Aquella fatídica y calurosa tarde del mes de agosto, Martina pasó frente a la vieja casa, le extrañó ver la puerta del patio abierta. Se acercó a la entrada principal y tocó de forma insistente, nadie respondió. Un leve presentimiento alteró su ritmo cardíaco, se dirigió hacia la parte trasera y se introdujo por la ventana. Fue cuando lo encontró. Estaba recostado en el suelo, junto a la cama, en posición fetal, la mano derecha en forma de puño parecía presionar su estómago, la derecha se encontraba estirada en toda su longitud, en dirección a la ventana. Había muerto solo, suplicó ayuda débilmente, sin fuerzas. Nadie lo escuchó, nadie pudo ayudarlo. Fue una de las muertes más tristes y deprimentes en la historia del pueblo. Cuando le realizaron la autopsia, los médicos concluyeron que había muerto de inanición. En su estómago solo encontraron múltiples pedazos de papel periódico que masticaba cuando el hambre lo atosigaba y perdía la cordura. Después los tragaba con avidez. Su cansada y atrofiada mente los confundía con sabrosos filetes.

Algunos años después, en los tiempos en que se expropió el petróleo a las compañías extranjeras, Plinio Heliodoro Callejas era ya un exiliado en tierras norteamericanas. *¡Viva Lázaro Cárdenas!* Podían escucharse gritos intensos de la gente, mientras subían a los vagones del tren, gallinas, chivos y puercos, entre otros animales y productos. El destino era la capital del país, como apoyo al gobierno en su decidida lucha contra empresas petroleras establecidas en

el país, originarias en su mayoría de Estados Unidos. En uno de esos momentos, Martina caminaba por la acera rumbo a la iglesia, acompañada de sus hijos. Devota fiel de la virgen de Guadalupe y a San Isidro Labrador hasta su muerte, siempre estuvo pendiente de que los chiquillos recibieran los santos sacramentos. Escuchó todavía los vítores a lo lejos, el eco se extraviaba entre las colinas. El jubileo se perdía entre el monte, junto al sonido de la pesada máquina, restregándose sin piedad sobre los resignados rieles. — Saluden hijos — ordenó — Buenas tardes — dijeron al unísono, los tres jovencitos. Una hacendosa joven con pelo recogido y sonrisa contagiosa contestó con amabilidad el saludo. Podía verse complacida y con sobrada actitud positiva. Barría la banqueta frente a la conocida y reconocida tienda denominada *La Sorpresa*, aprovechaba el tibio sol de la tarde. Al otro lado de la calle, un grupo de niños jugaban al *matarile*. Formados en dos filas frente a frente en movimiento continuo y circular, cada una de ellas de cuatro *chilpayates*, tomados de la mano. Todos los que conformaban la primera; cantaban al unísono: *qué quiere usted matarile rile rile...* de inmediato, la otra fila contestaba: *quiero un Marqués matarile rile rón*. Un juego infantil muy popular y divertido que se podía prolongar durante mucho tiempo con solo cambiar el sentido de preguntas y respuestas. Martina y sus hijos estaban ya retirados de los chiquillos y aún escuchaban diversas frases, *qué quiere usted, escoja usted, escojo a ella, qué oficio le ponemos, le pondremos barrendero, ese oficio no le gusta*, todas culminaban con *matarile rile rón*. A lo lejos, el horizonte presumía muy orgulloso un cielo rojizo, nubes dispersas reflejaban los rayos del debilucho sol. El aire fresco y apacible se hacía presente aquella tarde dominical. *Matarile rile rón*, repitió Martina, mientras se alejaba. Evocó con lucidez y nostalgia sus juegos de niña. Todavía al amanecer del día siguiente, repetía el mismo sonsonete...*matarile rile rón*.



— ¿Ya cogió usted? — preguntó gentilmente, Eloísa García. El cura se quedó impávido, avergonzado. La cara se le puso como tomate maduro. — Si no ha cogido, pues coja — insistió Eloísa, mientras señalaba una canasta repleta de mandarinas colocada sobre la mesa. — Le digo porque están sabrosas, muy dulces y jugosas. Las acaban de bajar del árbol ¡Ande, coja usted una! O las que quiera—insistió. Con clara intención de infundirle confianza. El sacerdote respiró hondo. Sonrió en forma discreta. — Gracias — dijo. Y se aproximó a la mesa. Al

susodicho padre lo apodaban *El Mandarín* por su desmesurada afición a comer mandarinas. Eloísa tenía la inusual costumbre de conjugar el verbo en cuestión de dicha manera, muy correcta, por cierto. Algunos amantes del mal pensar, encontraban siempre un significado diferente y divertido a ciertas frases o palabras, era para ellos un motivo de diversión. — Oiga, ande cuénteme el asunto del radio — le preguntó el comisario en aquella ocasión. — Ya te lo conté, como te gusta preguntar lo mismo — contestó Eloísa. Y empezó de nuevo la historia de aquel radio de pilas, cuando muy extrañada, divagó acerca de la captación de señal de dicho aparato. Sin malicia, como siempre. — Eso me pareció muy raro, aquí en la casa, no cogía...pero si me subía a la loma, si cogía... nunca entendí.



Llegó aquel día como un alma en pena. Su rostro denotaba un inmenso sufrimiento. La ropa lucía como andrajos percutidos. Descalza, arrastraba los pies ampollados, descarapelados, sangrientos. Amaranta la divisó cuando se acercó a la casa. Asustada, corrió para avisar a su madre. Cuando regresaron, ya estaba ahí, frente al portal. Martina la reconoció en el preciso instante que escuchó su voz entrecortada. Era Narcisa, su hermana. — Agua — dijo, con voz apagada, apenas audible. Se había convertido en una delgada sombra de lo que, en un momento fue, cuando decidió marcharse con el gringo. Flaca, endeble, con la poca carne que le quedaba, pegada a los huesos. Hablaba una sarta de incoherencias, ausente de la realidad. Después de un minucioso baño de infusiones y ropa limpia, la llevaron con el viejo y experimentado Chon Pérez, quien le preparó una medicina reconstructiva a base de romero, salvia y anís, especial para mente dispersa. Pasaron los días y la salud no mejoró. Una intensa depresión la mantuvo acorralada. Dormía entre catorce y dieciséis horas diarias. En esporádicos momentos de lucidez, preguntaba por sus hijos, estallaba en sollozos y perdía de nuevo el juicio. Evidenciaba un claro y contundente desamparo mental. Seis meses pasaron antes que la familia comprendiera el motivo de su locura y dolor. Amaranta se empeñó en descubrirlo, se le ocurrió la idea de anotar cada una de las frases que le escuchaba decir. Aquellas que su tía balbuceaba en sus brevísimos instantes de cordura. Un día, recortó cada una de las palabras que en su cuaderno tenía escritas. Las desparramó en la mesa y, tal si fuera a armar un rompecabezas, fue dando forma poco a poco, sin prisa, a cada una de las ideas que se asomaban a su mente, buscándoles sentido.

Transcurrieron varios días, cuando estaba a punto de darse por vencida, un pensamiento lógico se albergó en su cerebro. Fue en aquel preciso instante cuando se escuchó a sí misma, bien clarito, leyendo aquella lamentable frase. — *El maldito bastardo mató a mis dos hijos y después se suicidó.* Casi al instante, rompió en llanto. Esa tarde, el reloj marcaba las cuatro en punto, Narcisa se fue a dormir. El tiempo transcurrió lento, muy lento. Fueron las horas más largas en la historia del tiempo. Al siguiente día, al salir el sol, se percataron que ya nunca más despertaría. Un sueño profundo se apoderó de ella y le abrió la puerta hacia los confines del universo. En el cementerio, la familia colocó tres cruces, una grande y dos pequeñas. *Narcisa Rivera García e hijos*, podía leerse. Sin poder nombrar a los vástagos, a quienes, nunca conocieron.



Cuando la familia apenas pasaba la etapa de duelo, llegó el Sr. Moreno a visitarlos. El reconocido y querido empresario llevó personalmente una especial invitación. Un festival artístico callejero iniciaría aquella tarde, frente a su negocio. Fue el primero de muchos eventos más. Un espacio de sano esparcimiento donde la gente se reunía para disfrutar del singular espectáculo, transmitido, por cierto, en la radio local. Un simpático borrachín entretenía a la gente contando chistes, lo apodaban *el chango*. El atractivo principal de dicho espectáculo era que el susodicho individuo tenía la osadía de masticar puños de vidrio. — ¡Apenas se puede creer!, ¿vieron cómo *mascaba* el vidrio? — decía Martina, muy sorprendida. En esa época murió Eloísa. En una de sus interminables conversaciones con los chiquillos, mientras contaba historias de su juventud, de sus hermanos, de su padre, de su madre, de Pascual, del viejo Abundio; se quedó dormida, para nunca más despertar. Sin darse cuenta, durante las siguientes tres horas, la familia siguió con sus actividades cotidianas. El ajeteo y los escandalosos gritos de la *plebada* que iban y venían persiguiéndose, dando vueltas alrededor de la vieja, eran habituales; por lo que la situación pasó desapercibida durante un buen rato. Sin saber lo que ocurría, algunas de las *lepas* la peinaban de diferentes estilos, hacían y deshacían trenzas con su canoso pelo, una y otra vez. Murió sentada en la poltrona, ahí frente a sus amados girasoles, tal como le hubiese gustado. La paz y tranquilidad se reflejaba en su rostro aquel melancólico atardecer, cuando dejó de respirar. En el techo se distinguían varios nidos de golondrinas, sus polluelos inquietos, hambrientos, vociferaban sin control, clamaban por comida. Cayetano podaba uno de tantos árboles, ya sin

hojas, cuando la divisó con la cabeza recargada en su hombro, dormida en apariencia. Bajó rápido y se acercó, mientras le hablaba de manera insistente, solo para confirmar su muerte. Al siguiente día, por la tarde, en el camino al panteón, durante el cortejo fúnebre, Amaranta miró extrañada a un anciano de caminar lento, aunque con rapidez suficiente para mantener el paso de quienes cargaban el ataúd. En su extremidad izquierda lucía un garfio plateado, con su mano derecha empuñaba un bastón de madera pulida, brillante. Cuando el féretro descendía, el extraño viejo de mirada apacible desvió su mirada hacia ella. Amaranta distinguió con claridad cuando los labios del anciano se movieron. No tuvo dificultad alguna para descifrar la frase emitida. — Soy Emiliano, tu tío abuelo — murmuró Amaranta, sin percatarse de ello. El ruido seco de la primera palada de tierra sobre el ataúd provocó una pequeña distracción. Por instinto, volteó hacia el origen del sonido. Cuando su vista regresó a buscarlo, había desaparecido. Nunca más volvió a verlo. Durante el trayecto a la casa, les contó del extraño visitante. — Es mi tío. Fue a saludarme cuando ustedes estaban en la funeraria — dijo Martina. El rostro de la mujer estaba marcado con una melancólica pero agradable sonrisa.



Un veinte de noviembre, durante cierta fiesta en el pueblo, las hijas de Martina regresaron a medianoche. Amaranta traía marcada en su rostro una hermosa carga de ilusiones. Había conocido un apuesto caballero, quien, según ella, era el amor de su vida. Los siguientes meses fueron de zozobra y preocupación. La incertidumbre sobre posibles situaciones ocultas de parte del individuo crecía cada vez más. Sobre todo, por sus constantes ausencias y reiterada negativa para visitarla en su casa. Cuando Adipina le dijo que el varón estaba casado, se le impregnó el alma de dolor profundo. Sin embargo, no desistió en el empeño de quedárselo. El amor la cegó. Siguió viéndose con él, aunque ahora con actitud mucho más discreta. El tiempo pasó y aquella mañana, durante el desayuno, las náuseas la hicieron levantarse rápidamente de la silla, cuando aún no probaba bocado. Amaranta se dirigió apresurada al baño. Apenas regresó al comedor, sintió la mirada penetrante de su madre. — Tengo dolor de estómago — se apresuró a decir, sobándose el abdomen con cierta delicadeza, de arriba abajo, varias veces. — ¿Y qué nombre le vas a poner a tu dolor de panza? — contestó Martina con mirada inquisidora. La sangre se le subió rapidito hasta los cachetes. Sin contestar, Amaranta se encaminó a su cuarto. — ¡Seré tía!

— exclamó Adipina. Mientras levantaba los brazos jubilosa y movía la cabeza de un lado a otro.

— ¡Cállate babosa! — le dijo Martina. Su rostro denotaba una evidente molestia. De esa forma, fue como llegó un nuevo miembro a la casa grande. Rosendo Medina, a escondidas de su familia, reconoció a Miroslava, dándole su apellido. Por confesión del mismo sujeto, Amaranta se enteró, que, años atrás, cuando se conocieron, Medina ya tenía dos hijos. De hecho, tiempo después nació el tercero; por cierto, en fecha muy cercana al nacimiento de Miroslava. Los doctores, sorprendidos, observaron cómo la bebé recién nacida los miró fijamente. No esperó nalgada alguna y lloró sin lágrimas durante treinta y ocho segundos. Después, con un poco de esfuerzo, giró su diminuto cuerpo y les dio la espalda. Tenía un pequeño y negruzco lunar, exactamente donde se localizaba uno de los hoyuelos que lucía cada una de las mejillas. Era una chiquilla extraña. A los dos años ya conversaba con Fito, su amigo imaginario. Incluso se empecinaba que, en la mesa, se colocara un plato extra de comida. Aquella tarde, un domingo como podría ser cualquiera, los visitaron los Rivas, sus vecinos. Los adultos se encontraban concentrados en una charla politizada, cuando de repente, Miroslava exclamó: — ¡Niño, deja esos juguetes o Fito se molestará! Su familia se había acostumbrado a que tuviese un amigo imaginario, más no les pareció nada tranquilizador que apareciera otro en escena, los Rivas habían llegado solos a la casa. Los visitantes no se inmutaron. Una sonrisa complacida se dejó ver en sus rostros. — ¡Ella también lo puede ver! — dijo la señora. — No se preocupen, este niño siempre nos acompaña, son pocas las personas con el don para poder verlo — agregó el señor Rivas. — Miroslava es una de ellas — concluyó.



Quando Miroslava cumplió tres años, Amaranta se fue de la casa, quería disfrutar a su nueva conquista amorosa. Aunque siguieron frecuentándose, la chiquilla quedó bajo la custodia de su abuela. Pronto se adaptó a vivir con su nana. Tanto, que, al poco tiempo la reconoció como su madre. Aquella noche despertó inquieta. Se mostraba muy irritada, la desesperación le impidió conciliar el sueño. El insomnio se prolongó varias horas. Se revolvía enojada, buscó inútilmente la posición correcta, aquella que le permitiese encontrar la paz suficiente para recuperar el sueño extraviado. Fue en aquel instante cuando lo vio, estaba de pie frente a la cama. Tenía la cabeza inclinada y dirigía su mirada hacia el sombrero aprisionado con sus manos. La silueta lucía aún

más misteriosa debido a la luz de la luna que brillaba a sus espaldas. Una escurridiza ola de frío saturó poco a poco el ambiente de la habitación. Desesperada, abría y cerraba los ojos, una y otra vez, como si quisiera despertar de una pesadilla. Con la ferviente esperanza de que fuese una alucinación. Sin embargo, el espectro siguió ahí. Con voz temblorosa...muy asustada, gritó: — *Mamáááá*. Casi de inmediato entró su abuela. Todavía alcanzó a ver la macabra figura cuando retrocedía hacia la ventana. — Deja en paz a la niña, hijo de tu chingada madre — ordenó Martina, enérgica, sin pensarlo dos veces. Miroslava miró con suma claridad cuándo la cortina se movió y quedó un espacio libre. Momentos antes, la misteriosa figura había desaparecido. Nunca volvió. La gente decía que la única manera de alejar a los fantasmas de la casa era mentándoles la madre. Martina estaba completamente segura de quién se trataba. No era la primera vez que el espectro osaba rondar la casa. Las características físicas correspondían con las de su difunto marido. — Ya no volverá — dijo la niña. La increíble seguridad de sus palabras preocupó a su abuela. A partir de aquel momento, los sucesos más importantes en la familia fueron, de alguna manera, anticipados por la chiquilla. Incluso, predijo con exactitud la muerte de su nana. — Será cuando tenga trece años, por la madrugada. Soñaré mucha agua sucia y nubes negras que cubrirán el cielo, cuando despierte, estará muerta — dijo.



Adipina Rivera era una muchacha alegre y dicharachera. Gordita y chaparrita. Estaba convencida de su supuesta belleza. Evidenciaba su felicidad cada vez que escuchaba un “*que delgada estás*”. Aunque el espejo insistiera en manifestar lo contrario, ella lo convencía con tantos argumentos, que al final, el resignado artefacto le mostraba la imagen que la joven deseaba. Heredó las actitudes y características físicas de su tía Narcisa. Por mérito propio, Adipina logró convertirse en la mujer más chismosa del pueblo. Con estilo único y conversación adictiva lograba embaucar a cuanta gente le prestara atención algunos minutos. A raíz de este desagradable talento, dividía familias enteras mientras inventaba situaciones a veces inverosímiles. Ese día, por la tarde, Adipina conversaba con su novio en turno. — Me alejaré hasta la esquina, después voy a pasar frente a ti. Quiero saber si también me miras como a las otras muchachas que pasan — dijo. El joven la vio extrañado, sin embargo, se abstuvo de hacer algún comentario. Cruzó los brazos y esperó. Sin decir más, la chica se retiró. Fue hasta el

momento que regresó cuando el tipo en cuestión entendió el motivo de la sorpresiva reacción de Adipina. Tenía la urgente necesidad de expulsar un nauseabundo gas, agolpado en el intestino. Nunca pensó que, al regresar, mantendría aún el pestilente olor impregnado en la ropa. Era una chica de corazón compartido, cambiaba de novio con frecuencia. Incluso prefería a quienes tenían trabajos alejados, solía aprovechar estas ausencias prolongadas para enaltecer y posicionar los respectivos cuernos. Cuando por fin se casó y se fue de la casa, Martina parecía descansar, aun tratándose de su propia hija. Por el contrario, a distancia, Adipina siguió con su andanada de mitotes, ganándose poco a poco, el desprecio de la gente.



— Ven, acércate, no podré morir en paz sin contarte un secreto — le dijo. Adipina, muy intrigada, se aproximó a la moribunda. — Cuando muera, dile a mi hija que ya no busque a su hijo, yo lo maté. — Pero... ¿por qué me dice eso señora?, es una broma, supongo... o, ¿qué pasa? — Tuve que hacerlo, lo sorprendí cuando abusaba de su propia sobrina. — Jura que lo harás, por favor — insistió. — Sí, se lo diré — contestó. Estaba ida, ausente, la inesperada noticia la dejó abrumada. Pudo ver como un par de lágrimas emergieron de los ojos de la vieja. Alcanzó a escucharla cuando dijo: — Perdón — muy despacito, con la mirada fija en el techo. Parpadeó dos veces y se quedó completamente quieta. Había muerto. La muchacha se quedó perpleja, anonadada, sin reacción alguna durante varios minutos. Estaba tan absorta que ni siquiera se percató cuando Leticia Ventura y su hija irrumpieron en la habitación. Adipina alcanzó a reaccionar cuando, en el ajetreo, una de ellas le pisó los dedos del pie derecho. Despertó de su letargo y se apartó un poco de la cama. Entre llantos y lamentaciones escuchó como hablaban maravillas de la difunta mujer. Este fue el motivo por el que nunca tuvo el valor para cumplir su promesa. No quiso destrozar la engrandecida imagen que las mujeres tenían de su querida patrona. Aquella noche, durante el velorio, Adipina se acercó al ataúd. Como si la difunta pudiese escucharla, mientras luchaba por contener los sollozos, dijo: — Usted tiene que dispensarme señora, pero la he pensado muy bien y pues...no podré decirle nada a su hermana, no tengo corazón *pa'* mortificarla más de lo que ya está. Leticia Ventura la divisó desde lejos, le pareció extraño que la muchacha se cubriera la boca al hablar. Se acercó con marcado sigilo, sin embargo, no pudo escuchar con claridad. — ¿Qué pasa Adipina? ¿Estás bien? — Preguntó. —

Sí, me estaba despidiendo de la señora, ¡era tan buena! ¡la extrañaré tanto! — contestó. Casi al instante se escabulló entre la gente. Habían pasado veinte años desde la desaparición de Rodrigo Ventura, Adipina fue contratada mucho tiempo después, tenía como responsabilidad mantener limpia la casa, de igual forma, la ropa de todos los miembros de la familia. En muchas ocasiones ayudó en la búsqueda del muchacho. Ahora, era la única persona que sabía con certeza que aquel individuo estaba muerto, incluso conocía el lugar donde se encontraban los restos, también el arma utilizada. Irónicamente, por primera vez en su vida, había decidido llevarse un secreto a la tumba.



Un pequeño canal rebosante de agua pasaba por atrás de la propiedad, pegadito al cerco de púas, su destino, regar las parcelas. Además, era una magnífica oportunidad para que Miroslava se remoajara con suma frecuencia, sobre todo en los tiempos de intenso calor. Martina se empeñó en darle educación a su chiquilla. Todos los días sin excusas ni pretextos, la enviaba a la escuela. Privilegio que ella nunca tuvo. Miroslava creció en un ambiente relajado, de amorosa compañía. Aunque si se trataba de corregirla, su abuela lo hacía a la manera antigua, sin pensarlo dos veces, con el cinto en la mano. A la jovencita le gustaba caminar descalza por los calientes rieles del tren, tal si fuera equilibrista de circo, con un puño de *péchitas* en la mano. Mientras avanzaba, extendía los brazos para mantener la estabilidad y, de vez en cuando, se daba sus mañas para *descascarar* la fruta y metérsela en la boca. Era tan flaca que parecía flotar como una hermosa mariposa amarilla jugueteada por el viento. Cuando su abuela la divisaba *brincotiar* en las vías, decía. — Parece una tripa con alas, si sigue con esas fachas, acabará tragándose sola. El tiempo les dio la razón a medias, en ocasiones parecía tragarse sola, al menos en retazos disimulados. Cuando deglutía el último sorbo de café, le apetecía rellenar la taza con agua fresca, directamente de la olla. Se la bebía de un solo trago, sin respirar siquiera, después exhalaba un profundo ¡ah!, de infinita satisfacción, tragándose sus propias babas. — Es como comerse sola — susurraba — como dice mi abuela — agregaba. No le gustaba que la mandaran a encender la lumbre en la estufa de leña. Por dicha razón, en aquella ocasión, estuvo a punto de quemar la casa. En un inusitado arrebató de furia, asestó un golpe al tubo de escape de la chimenea, utilizó el leño que tenía agarrado en ese momento, zafó el ducto de la pared. Dicha acción provocó que

humos y chispas escaparan amenazantes. Su reacción fue instantánea, aprisionó el conducto a dos manos, con la intención de colocarlo en su lugar, pero el intenso calor le quemó los dedos. Natalia y Aliria, sus primas, estaban de visita. Las hijas de Adipina corrieron y no pararon hasta llegar a la orilla del cerco, ahí merito donde empezaba la colina. Desde ahí, podían ver como salía el humo por la ventana. Poco les importó su prima, lo verdaderamente importante era salvar su pellejo. Miroslava, como pudo, que, por cierto, nunca en su vida supo cómo lo hizo, colocó el tubo en su lugar. Después salió de la casa, tranquila, pero muy preocupada. Tenía algunas ampollas en ambas manos. El intenso ardor era lo de menos, más importante y mucho más doloroso sería la *cintariza* que le daría su nana en cuanto se enterara de lo que propició el incidente. Se sentó al fondo del patio sobre una cubeta de plástico colocada boca abajo para tal propósito. Su abuela la divisó desde la cocina dos horas más tarde. Su actitud le pareció sospechosa. — ¿Qué tienes *lepa* cabrona? ¿Qué *hicites* ora? — gritó. — No por nada bueno estás allí, ya tienes rato, algo *trais* que no entras a la casa. La cara de la chiquilla se puso blanca como pan crudo. Se metió las manos entre el vestido, como queriéndolas esconder. — Nada — contestó... y empezó a llorar. — Déjame ver tus manos... ¿Qué escondes? — insistió su nana. Miroslava mostró las palmas de sus manos. Fue en aquel momento cuando la vieja descubrió que estaban quemadas. Su reacción resultó inesperada por la chiquilla. Con ternura infinita, le curó las heridas. Aplicó pulpa de sábila sobre las ampollas y después le colocó una delgada capa de miel de abeja. Lavó las heridas y repitió el procedimiento dos o tres veces, consiguió calmar el dolor. Más tarde la hizo beber una pequeña porción de aspirina en polvo, disuelta en agua. La chiquilla durmió hasta el amanecer. Miroslava no lo olvidó nunca, años después aún lo platicaba con lujo de detalle, tal como si acabase de pasar. Era una larguirucha jovencita de ojos vivarachos y mirada coqueta que escudriñaba el contexto circundante aún sin percatarse de ello. Desde que se asomó al mundo, disfrutaba el exquisito aroma de la tierra mojada. Siempre que llovía, inhalaba y exhalaba en repetidas ocasiones, hasta impregnarse los pulmones con el sutil perfume. No conforme con eso, fingía distraerse al regar el patio, solo con la intención de mojar la pared exterior de la casa. Ya húmeda, le rascaba una y otra vez con disimulo y después se lamía los dedos con avidez inusitada. Tal como lo hacía su tatarabuela. Poco a poco se notaron pequeños surcos en los tabiques descoloridos. Todos los días, al regresar de la escuela, cortaba gran cantidad de nopalitos tiernos, con suma paciencia los privaba de espinas. Era un ir y venir al pueblo contiguo, en el camión de pasajeros o en los vagones del tren, donde vendía su

delicioso y codiciado producto. Las vías urinarias se encaprichaban en convertirla en asidua visitante del inodoro. Por tal razón, su abuela le decía en forma divertida, *la de la vejiga caída*. Una anomalía urinaria que, al paso de los años, se mantuvo impasible. Una muñeca de trapo era su juguete favorito, en realidad, fue también el único. Martina la fabricó a base de retazos de tela y lana que le sacó a las *cuiltas*. Difícilmente se alejaba de ella, incluso al cortar las *péchitas*, lo hacía solo con su mano derecha. Su mano izquierda aprisionaba el brazo de la mona. La gente aún la recuerda, cuando, le fascinaba encaramarse en los árboles. Un viejo pino y un frondoso nogal fungen aún como testigos de aquella arriesgada e intrépida costumbre.



Un sol resplandeciente empapaba la enorme pared de cristal, de forma tal, que el reflejo obligaba a entrecerrar los ojos. Dicho fenómeno no impidió que el galeno pudiera ver de reojo a la traviesa niña y su singular movimiento de cadera. Bailaba al ritmo de un son tarareado por ella misma. Movía sus manitas de tal forma que parecían blancas gaviotas aprovechándose del viento para emprender el vuelo. Con aquellas divertidas acciones, la chiquilla provocó la risa de las personas que se encontraban por ahí en ese momento. Más allá un grupo de chiquillos jugaban a la *bebeleche*, no se distinguían con claridad sus movimientos, pero clarito podía escucharse la clásica cantaleta *declaro la guerra contra mi peor enemigo que es...* el doctor Casimiro sonrió. — Esto es un espectáculo de primer mundo — murmuró, con expresión divertida. La puerta del nosocomio se abrió, el médico entró y saludó de manera muy cortés, solo levantando su mano derecha. Algunos empleados contestaron con una pequeña reverencia, otros, ni siquiera se percataron. En seguida, se introdujo a su consultorio. Apenas terminaba de ordenar su mesa de trabajo, cuando escuchó un tímido toquido en la puerta. — Adelante — dijo. De inmediato entró una joven señora de la mano de su hija. Era la chiquilla bailadora. El galeno la miró sorprendido. Se asombró aún más cuando se enteró del motivo de la consulta. — Se tragó una aguja de coser — explicó Amaranta. — Ayer por la noche — agregó. — ¿Cómo es que no la trajo antes? — preguntó Casimiro, con evidente extrañeza. — Pues...como no parecía enferma, decidí esperarme — dijo, asumía una actitud de *muy sin embargo*. Con la posibilidad latente de un fatal desenlace, dejaron a la pequeña en estricta vigilancia. Cada vez que evacuaba, revisaban

minuciosamente el excremento. Hasta que, al amanecer del tercer día, por fortuna, expulsó el puntiagudo artefacto sin causar en absoluto ningún problema en la salud de la jovencita.



Aquella noche fue larga, los amigos y parientes estaban en la casa, Martina tenía varios días enferma. Miroslava durmió poco, quedó atrapada en un sueño inquieto tal si fuera un mal presentimiento. Soñó que le faltaba el aire, se levantó de un salto, se paró frente a la ventana y abrió los brazos. Cuando se asomó, una multitud de gotas golpearon su rostro. Poco le importó, entrecerró los ojos con la intención de protegerlos. Podía ver como el arroyo crecía y crecía, cada vez más amenazante. — El cielo es el mar y se está desbordando — dijo, en voz baja. Abundantes chorros de agua golpearon sin piedad el suelo, con tal fuerza que lo hacían crujir, mientras emitían quejumbrosos sonidos. El cielo resplandecía entre una vistosa danza de luces, seguidas una a una, de los sonidos impresionantes de los truenos, tan fuertes que podría asegurarse que se emitían en el mismo patio de la casa. El nivel del amenazante líquido subía y subía cada vez más, sin control alguno. Sus ojos, asustados, pudieron ver como los borbotones de agua se acercaban hacia la ventana abierta. Con increíble claridad miró cómo el agua arrojó las llantas de los carros estacionados enfrente. Salió apresurada a recoger la ropa que estaba en el tendedero, pero al instante quedó sumergida en un charco profundo de agua turbia, negruzca y sucia, que le llegaba hasta el cuello. Temblaba de miedo y frío cuando despertó, jalaba aire con desesperación, era más que evidente su angustia. — Se está ahogando — gritaron al unísono. Y corrieron para auxiliarla. Rápido se recuperó. Abrió los ojos tan grandes eran y miró a su alrededor. Ahí estaba toda la familia, algunos sentados, otros parados, unos pensativos, otros conversando en voz baja. Esperaban el irremediable y fatal desenlace. Fue en aquel momento exacto cuando vino a su mente la fatal profecía. Trece años, el sueño, el despertar... — mi nana está muerta — gritó. De inmediato, rompió en llanto.



Ahí empezó el nuevo viacrucis, Miroslava vivió muchos años entre un mundo convulsivo y confuso, perdida entre el supuesto amor de un padre ausente y una indecisa madre distante. La jovencita insistía en conocer a sus medios hermanos y que, por supuesto, la conocieran. Logró lo primero muy fácil, lo segundo fue mucho más difícil. Con la aceptación resignada de su esposa, Rosendo Medina le permitió una convivencia discreta. Concertaban cita con frecuencia en las bancas de la plaza. En más de una ocasión, cansada de esperar enfilaba hasta la casa, donde su presencia estaba prohibida. — Vete de aquí — le decía la señora...Rosendo te buscará más tarde. El tiempo, amigo fiel, limó asperezas. Con andar firme, lento pero seguro, abrió otros caminos entre continuos desencuentros y reprimidas esperanzas. Las heridas sanaron despacito y la caprichosa vida despejó algunas inesperadas rutas para Miroslava Medina Rivera. Por ahí, entre sus banquetas y edificio antiguo, caminaba sigilosa aquella tarde, atravesó el polvoso camino, subió a la banqueta y avanzó por la acera. Miró a lo lejos un edificio en ruinas y los recuerdos emergieron de su mente. Mientras avanzaba hacia la plaza, evocó las andanzas que vivió al lado de su madre, de su abuela, lo que ellas mismas le contaron de sus ancestros. No pudo evitar soltar una *lagrimilla*, sintió que desde lo más profundo de su alma emanó un prolongado suspiro. Se sentó en una de las bancas, descansó un poco. Fue en aquel momento cuando abrió los brazos y dirigió su mirada hacia el infinito celestial. Se sentía plena y feliz, agradecida, a pesar de las penurias que había pasado. — *¡Te amo Bachicui!* — gritó eufórica. No lo sabía, pero era la sobreviviente más joven de la gran Nación Ópata en aquella comunidad fronteriza.

Fin



“ Divisó a su madre
tomada de la mano de
Emilio su hermano muerto,
mientras se alejaban.
Voltearon al mismo tiempo, parecían
decir **adiós** con la mirada.
Los vio flotar, así: como las **Arañas**
caminan sobre el agua. ”

Una novela de:
Ernesto Félix Vaal



COLEGIO DE BACHILLERES
DEL ESTADO DE SONORA